

PÁGINAS
LITERARIAS

POR

CARLOS MONSALVE



BUENOS AIRES

—
Imprenta de Ostwald y Martínez, Calle Florida 136.

—
1881

PAGINAS LITERARIAS

PREFACIO

§

En fin, cederé ante la decision de la mayoría, ya que mis amigos, aconsejándome que escribiese un prólogo para este libro, han llegado á convencerme de que debia hacerlo ; pues, segun dicen ellos, es tradicional que lo lleve toda primer obra literaria.

Hago esa salvedad para tranquilizar mi conciencia, que siempre me ha reprochado el cometer tal delito.

Sin esceptuar las cartas, no conozco nada, nada tan difícil y enojoso como los prefacios, y, al hacer éste, renuncio con dolor á uno de los grandes fines de mi vida: no escribir prólogos.

Sirva esta declaracion de remordimiento para los que me aconsejaron.

§

Bajo otro punto de vista, era necesario hacer alguna advertencia que me disculpara del *coraje de publicar un libro en este país*, como dice Cané, en la introducción á los ENSAYOS.

Mi justificación es fácil y aprovecho esta oportunidad para presentarla.

Si á los veinte años es disculpable conservar alguna ilusión, lo que sucede con frecuencia, respecto al amor inmortal y demás bellas concepciones metafísicas ; por qué no se ha de conceder que, encontrándome en esa época de la vida, tenga las mias, tratándose de libros ?

Por otra parte, bien sabéis que lo moral, como lo material, está regido por leyes fatales ; si os preguntara porqué un líquido en calma conserva el nivel ó porqué el fuego quema, indudablemente contestaríais: *porqué sí*, y de igual modo, si fuese interrogado sobre los motivos que tengo para escribir un libro, daría esa misma respuesta, con la seguridad de que, en este caso también, era la única posible.

Todavía una razón más: el espíritu agobiado por repetidas conmociones, desborda el exceso para restablecer el justo equilibrio de sus facultades,

así como cuando vertemos en una copa mas de lo que puede contener, el resto se derrama y cae, trasmitiéndose á lo que lo rodea.

Ved, pues, que al escribir este libro he satisfecho una necesidad de mi alma.

§

¿A qué escuela pertenezco?

He ahí otra pregunta que me ocurre.

Clásico, romántico ó naturalista, (nunca he tratado de darme cuenta de ello,) he seguido siempre mis propias inspiraciones, sin tomar á nadie por modelo. Buena ó mala está es la obra, cuyo único mérito consiste en manifestar un esfuerzo hácia la suprema aspiracion del arte: lo bello en todas sus manifestaciones. ¿No lo he conseguido? —enhorabuena,—las alas de Icaro no han sido creadas para esas alturas; pero, al menos, debeis disculpar la audacia del intento, en atencion á la nobleza de los fines.

A otros, de los que como yo pertenecen á la *nueva generacion*, les está reservado el premio de a victoria, y ya que la época del trabajo ha llegado, sacudamos la inercia, apartemos el egoismo, combatamos el aislamiento y avanzando unidos en prosecucion de un mismo ideal, llegaremos á dar

á la patria nuevos días de prosperidad y de gloria.

Los indiferentes y los rezagados que se hundan en el olvido, con el desprecio de todos.

§

Entre nosotros, el arte se halla aún en el período de la infancia: balbucea su lenguaje de armonía.

El cincel empieza á romper el bloque, modelando formas mal definidas; el colorido se extiende sobre el lienzo para bosquejar asuntos apenas meditados, y la música busca la combinacion de sonidos que hablen al sentimiento; únicamente la literatura cuenta ya con nombres conquistados para la gloria, y sin embargo, de ella, podemos decir con Sara Bernhardt: *quand même!*

Todos esos embriones saldrán por fin á la vida.

La nueva generacion llega. Abrid paso! Viene á reconstruir y á crear á nombre del pensamiento moderno.

C. M.

LA BOTELLA DE CHAMPAGNE

Tu veux cesser de vivre; mais je voudrais bien savoir si tu as commencé.

Tu t'ennuies de vivre et tu dis : « La vie est un mal. » Tôt ou tard tu seras consolé, et tu diras : « La vie est un bien. »

J. J. ROUSSEAU.

....mais, le lieu du suplice c'est le cabinet, c'est l'intérieur de l'homme, le plus profond de l'ame.

BALZAC.

Era una noche de invierno, fria y lluviosa.

Asaltado por mil ideas sombrías, transitaba por una calle oscura y solitaria; tiritaba, llevaba frío en el alma, quiero decir en el bolsillo, porque el bolsillo es el alma de la época.

Hacía cuarenta y ocho horas que no habia comido; cuarenta y ocho siglos que sufría el tormento del hambre.—Del hambre ¡fantasma terrible que arrastra al individuo al vicio, al crimen, á la tumba!

Caminaba sin rumbo, sin objeto, tambaleándome y manchado de lodo; el agua caía sobre mí, implacable como la desgracia, helada como la indiferencia, pero yo no la sentía, pues la desesperación embargaba todos mis sentidos, absorbía todas mis facultades.

¿Dónde encontrar un pan? He ahí el gran problema que torturaba mi alma. Para resolverlo no veía más que dos recursos, la mendicidad ó el robo; esto es, el oprobio ó el crimen.

Los pobres que siéndolo no lo parecen, los que se ven obligados á *guardar la forma*, son los más dignos de lástima; no pueden exclamar ¡hermano, una limosna, por amor de Dios!

Yo pertenecía á esta clase de párias, que se ven condenados si roban, escarnecidos si piden.

¿Dónde ir? ¿Qué hacer? Todas las puertas se cerraban ante mí, todas las manos se retiraban, todos me huían.

Nada debo esperar de los hombres,—me dije,—llamemos al cielo ó al infierno, sí, llamemos, la mansión de la muerte está siempre abierta. Vamos...

Y el fantasma del suicidio cruzó por mi imaginación, sonriendo de una manera siniestra. Loco, delirando, imploré su ayuda: solo él podía arrancarme del Calvario de la vida. No era culpable; la

sociedad habia sido mi verdugo y mi juez impasible—yo no era el criminal, era la víctima.

¡Qué caos de ideas sin nombre, sin forma, bullian revolviéndose en mi espíritu! ¡Qué crueles torturas, qué supremas angustias, acompañaban mi agonía infinita! ¡Óh! no culpeis al suicida, no insulteis mi memoria; compadecedle, respetadla.

Llegué á la orilla del rio; mejor dicho, él habia venido á mi encuentro y se habia detenido á mis piés.

Contemplé por un instante aquella inmensa sábana de agua, de agua que dá la vida al dichoso y la muerte al desgraciado; sus olas se arrastraban astutamente, produciendo rumores insinuantes y me contemplaban al pasar, queriendo leer en mi rostro los sentimientos que batallaban en mi alma. Parecióme que en cada onda flotaba un espíritu que me reprochaba la cobardía de permanecer aún entre los vivos, y cediendo á la fascinacion dí un paso para precipitarme en aquel abismo, pero tropecé con un objeto y me detuve. Palpé la superficie del objeto y creí reconocerlo, era una botella. Fuíme al farol mas próximo y á favor de su luz agonizante lo examiné; no me habia engañado.

Era una botella llena, intacta. ¡Una botella de Champagne!

Cojila y estrechándola contra mi seno para evitar que se rompiese, en caso de tropezar, emprendí el regreso hácia mi habitacion, hácia mi guarida.

Yo no vivia solo, no, jamás hubiese podido conseguirlo—el hombre aislado es un ave sin alas. En mi refugio, pequeño como el alma de un egoista, moraban séres cuya ocupacion era martirizarme; íntimos enemigos de los que no podia escapar, á quienes no podía vencer ni dejar de combatir.

¡Cuántos hay que no los conocen! Sin embargo ¿hay alguno que no los haya oído nombrar?

Por la mañana el cansancio, el desaliento; á la noche, el hastío, el tédio; á la hora de comer, la desesperacion, el hambre; al tiempo de dormir.... ¡Oh! Al tiempo de dormir!. el insomnio, muriéndome de sueño.

Detúveme en el dintel de la puerta procurando sondear la oscuridad que pesaba sobre los objetos de mi cuarto, como una atmósfera maldita. Coloqué á mi lado cuidadosamente la botella, tan cuidadosamente como una tierna madre deposita en la cuna el fruto de sus placeres y dolores; en seguida saqué un fósforo, lo froté en la pared, estendí el brazo hácia dentro de mi habitacion, y á su luz incierta, amarillenta, huyeron espanta-

das las sombras, atropellándose confusamente y desvaneciéndose al instante.

Volví á coger la botella, avancé y encendí una miserable vela de sebo, cuya luz dudosa iluminó tímidamente un espacio cerrado por cuatro paredes recamadas, con lujo, de telarañas, en cuyo centro se destacaba un lecho semejante á un ataúd y una mesa cubierta con un tapete negro, remedando un túmulo.

Aproximé una silla á la mesa, tomé asiento, atraje la vela hácia mí, y cogiendo la botella con ambas manos, cubrila de besos, despues de contemplarla con ternura. En seguida levantéme con presteza, traje un vaso, volví á cogerla, y dando un violento golpe en el borde de la mesa, con su cuello, lo rompí produciendo un sonido vibrante y melodioso.

El Champagne surgió instantáneamente con el ímpetu de la lava que se lanza rugiendo por el cráter; como ella líquido, como ella hirviente. Al verterlo dentro de la copa, herido por la indecisa luz de la vela, parecióme que derramaba una cascada de topacio en un cáliz de diamante, y al apurarlo creí gustar el néctar de la felicidad.

Entre tanto, el resto del vino, convertido en ténue espuma de oro, se escapaba incesantemente

por los bordes de la rotura; quise estender el brazo para evitar su derrame, pero no pude; un desfallecimiento dulcísimo, seguido de un sopor profundo, se iba apoderando de mí.

Todo giraba á mi alrededor con vertiginosa rapidez, la cama, la mesa, las paredes. La botella y la luz de la vela se habian multiplicado infinitamente y daban vueltas tambien, como satélites al rededor de su planeta.

Cerráronse mis ojos y me encontré rodeado de tinieblas.

¡Qué sueño tan horrible!

Nadaba, perdido en la inmensidad de un mar fantástico ¡de un mar de Champagne! seguíame un espectro, el espectro del suicidio que hacía esfuerzos sobrehumanos para alcanzarme, pero las olas gigantescas se interponian como barreras insuperables. No intentaba huir; pero las mismas olas me arrastraban suave, muy suavemente, lejos de él, que luchaba con marcada rábía contra aquellas montañas líquidas que se oponian á su paso. Yo le perdía de vista insensiblemente, y miraba como estendía hácia mí, con desesperacion infinita, sus largos brazos de blanquecinos huesos.

Por fin, borróse á los ojos su silueta y llegué á una playa defendida por colosales murallas corta-

das á pico, donde iban, cantando, á morir las olas de aquel mar.

Una mano desconocida me asió con fuerza y me levantó al nivel de la playa, poniéndome en el suelo. Al incorporarme ví con asombro que estaba completamente seco; en seguida busqué con la vista á mi salvador.

En ese momento, algun espíritu encendió el fanal de la noche, que esparciendo su melancólica luz de plata iluminó á mi estraño compañero; parecióme un hombre disfrazado de botella ó mas probablemente una botella disfrazada de hombre; tenia una especie de bonete de corcho, encima del cual se adaptaba una tela metálica dorada, que cubriéndole el rostro [si lo tenía] le caía hasta mas abajo de los hombros; su traje negro y lustroso parecióme de cristal, reduciéndose á una simple túnica que se ensanchaba en su estremidad inferior; además, á la altura del cuello, dibujábase una cicatriz muy particular, en la que ví algo semejante á espuma.

Preguntéle quien era, pero en vez de contestarme echó á andar hácia el interior de aquella tierra, que no sé si era de este mundo ó de otro; le seguí, poniendo mi pié en cada una de las huellas

que imprimiera su planta. Así llegamos al linde de un bosque.

Mi guía se detuvo un instante, como indeciso, pero al fin se resolvió á atravesarlo, volviendo á emprender la marcha con un paso que me helaba la sangre: no era el de un hombre, sinó el de una máquina, regular y acompasado como el oscilar de un péndulo. Seguile tambien con movimiento mecánico, que no emanaba de mi voluntad que habia perdido su dominio sobre mis piernas. Si hubiese querido detenerme ó apresurar la marcha, indudablemente no hubiese podido conseguirlo: el misterioso personaje tenia la virtud de atraerme.

Llegamos al centro del bosque.

¡Qué árboles tan estraños! Si hubiera podido admirarme de algo, seguramente el asombro se habria apoderado de mí en esos momentos, pero yo lo contemplaba todo con naturalidad, con indiferencia; los vapores de aquel mar estravagante habian amortiguado mi sensibilidad.

Un huracan contínuo, como el de las pasiones, reinaba en aquella selva, produciendo rúmore indefinibles; los troncos de sus árboles parecian hombres petrificados y su ramaje sostenia hojas informes, de brillantes colores en la parte superior,

pero que agitadas por el viento, dejaban ver la segunda faz, semejante á un andrajo: repugnante y monstruosa.

Algunas plantas se entrelazaban á otras que oprimian y aniquilaban; muchas, de estraordinarias proporciones, azotaban con sus ramas á las mas próximas y débiles; todas parecian poseídas de las mismas pasiones y afecciones que los hombres. En el estrambótico follaje titilaban transparentes gotas que no eran de rocío, ni de resina, sinó que mas bien parecian lágrimas, lágrimas de dolor.

Interrogué, al pasar, á mi guia, sobre tan raro espectáculo, pero, como la vez primera, no obtuve contestacion alguna. Entonces fijé en él mi atencion y noté que su forma era..... ¡la de una enorme botella de champagne! ¡la de la que me habia encontrado! ¡de la que habia bebido!.....

Miré su cuello y la cicatriz que viera antes, la contemplaba ahora, pero mas distinta, brotando mas espuma. ¡Era la misma fractura que yo habia hecho al golpearla contra el borde de la mesa!

—Perdido estoy, — pensé tranquilamente, — se vengará de mí.

En ese instante detuviéronse mis piernas súbitamente; la botella habia hecho otro tanto.

Estábamos al borde de un abismo profundo, insondable: me incliné hacia él, escudriñé su fondo, y allá, á lejana distancia, apareció una sombra tan inconcebiblemente negra, que oscureció las mismas tinieblas del antro.

Retrocedí horrorizado,—esa sombra era la mia. Entonces se efectuó otro prodigio: la botella habló.

Con voz clara y solemne, cuyo timbre parecía el sonido de dos copas al chocarse, me dijo, haciéndome temblar:

—*Suicida: ese bosque es tu mundo, este abismo es tu conciencia.*

Abrióse su cicatriz, y la espuma á torrentes, á mares, á diluvios, cayó en el abismo y fué subiendo, subiendo hasta cubrir sus bordes.

Despertéme horrorizado y me encontré debajo de la mesa, cerca de una botella rota y vacia.

La idea del suicidio no volvió á halagarme, pero en mi alma quedó una duda:

¿Fué sueño ó realidad?

IBRAHIM

Alguien ha dicho: Constantinopla es el caos, y pregunto ¿quién puede pintarlo?

No seré yo quien intente describir con todos sus cambiantes de colorido y sus contrastes de luz, esas colinas de Kadi-Kioi, Pera, Gálata y Stambul; que se alzan espléndidas, bañadas por el mar de Mármara, el Cuerno de Oro y el Bósforo, cuyas aguas de un azul profundo, chispean bajo los rayos del sol de Oriente. Ni me es dado retratarlas coronadas en desorden de la base á la cima, con una aglomeracion de casas multicolores, kioskos, palacios, bazares y mercados; sombreadas por innumerables jardines y por bosquecillos de ciprés y plátanos; entrecortadas por puentes, terraplenes y acueductos y hermoseadas por las cúpulas de las iglesias y los minaretes de las mezquitas; divididas en cuarteles de los que cada uno representa un pueblo y una religion distinta y cruzadas por calles y caminos en que circula una muchedumbre compuesta de individuos de todos los continentes.

Se sueña con Stambul, es cierto, pero viéndola en otra época muy lejana; cuando era mas deslumbrante, perfumada y bulliciosa; cuando aun no la habia invadido la gris y fria corriente de la civilizacion europea, que produce sonido de monedas y exhala miasmas de corrupcion; cuando era el baluarte del mahometismo y el terror de la cristiandad.

Sí, pensando en el pueblo de esos tiempos he llegado á soñar con uno de sus mas oscuros príncipes, con Ibrahim, el que ha señalado para su patria la era de la decadencia.

*
* *

Hace algun tiempo que en Stambul, sentado de bruces en el umbral de mi casa, contemplaba con melancolía el enorme edificio del serrallo antiguo, cuyas cúpulas resplandecientes se dibujaban con precision sobre el fondo azul del cielo.

Era la tarde. El sol iba á hundirse trás de las colinas; el firmamento en el ocaso, parecía cubierto de polvo de oro y teñido con inmensas pinceladas de fuego; la atmósfera estaba tranquila; los hombres volvian silenciosos á sus hogares y las aves, en bandadas, regresaban con algazara á los lejanos

nidos. Era una de esas tardes en que acuden deseos indefinibles al corazón é imágenes voluptuosas al cerebro; una suave penumbra daba indecisa forma á los objetos y la noche avanzaba callada, oscura y tibia; el aire era cálido y perfumado como el aliento de una mujer amante; habia confuso ruido de suspiros y cierto vago rumor de besos.

De pronto, el sol desapareció detrás de la última cumbre, hácia la parte de la Grecia, y desde lo alto de los alminares resonó la voz lenta, sonora y penetrante del muezin, que con el rostro vuelto hácia el cielo anunciaba, á los cuatro vientos, la puesta del astro y la oracion de la tarde. Sus palabras, estendiéndose por las serenas capas del aire, fueron á morir confundidas en una vibracion, en un gemido, con las otras que partian al mismo tiempo de lo alto de todas las mezquitas, haciendo pensar en el Profeta, en el Paraíso, en las huríes.

De ellas, siguiendo la gradacion de mis ideas, pensé en los placeres, en el Serrallo, en las odaliscas, y despues, repasando los sultanes que habian abusado de los deleites, se fijó en mi memoria el recuerdo de Ibrahim.

Así fué como la imaginacion, volando á través del tiempo, pudo contemplar las escenas del último dia de su reinado.

*
* *

El Gran Señor estaba recostado en un divan y Zobir, uno de sus favoritos y charlatanes, de pié ante él, en actitud respetuosa, escuchaba las palabras que salian de los lábios del príncipe, cuya fisonomía lasciva y demacrada reflejaba el sueño de la inteligencia.

—Zobir,—decia,—muchos sábios me han prometido devolverme el vigor y la juventud que tan pronto he perdido, pero todas sus drogas y palabras mágicas me fueron ineficaces. Te he llamado porque, recuerda, hace poco me prometiste lo mismo y ahora quiero poner á prueba tu ciencia.

—Señor, seré el mas feliz de los hombres pudiendo satisfacer vuestros deseos, aunque de tantos favores me habeis colmado que solo con gratitud puedo corresponder á ellos; por tí llevo el turbante blanco del Consejo de los ulemas.

—¿Pero, podrás rejuvenecerme?

—Lo he dicho.

—Bien, si acostumbras á realizar lo que ofreces yo exijo que se cumpla lo que se me ha prometido.

—Así lo haré.

—¿Durará mucho tiempo la curacion?

—Forzosamente.

—Cómo! ¿no puedes abreviarla? ¿Tendré que esperar? No, eso no es posible!

—Sin embargo, mi ciencia no alcanza á reconstruir en un día lo que durante tan largo tiempo se ha ido destruyendo.

—Haz un esfuerzo.

—Será inútil.

—Te daré oro.

—Será inútil.

—Mujeres, dignidades; lo que ambiciones.

—Siempre inútil; me amenazareis de muerte y no podré complaceros.

—Creo en tus palabras, Zobir, pero, tú en quien siempre he depositado mis secretos, si supieras porque lo pido así, quizá encontraras, para servirme, algo que lo demás no te incita á buscar.

—Me parece imposible....

—Escucha,.... pero antes dime ¿hablaste con mi madre?

—Si, hoy he hablado con la sultana Kesen, la favorita de Alah.

—¿Qué ha dicho de su hijo?

—Solo tratamos de los negocios de Estado, de la guerra con los infieles.

—Ciertamente, dirige bien el gobierno que le entrego con tal de que me deje gozar en paz de los

placeres...¿pero, en realidad no hablaste de mí?
¿ella no te preguntó nada?

—Nada.

—¿Y el muftí, lee siempre el Koran?

—El muftí está enfermo.

—¿Desde cuando?

—Desde hoy.

—¿Sabes lo que le ha sucedido?

—Lo ignoro.

—Eso es lo que iba á contarte; óyeme y despues contesta si es imposible para el servidor fiel lo que es imposible para el sábio.

El príncipe se incorporó lenta y fatigosamente, su rostro adquirió cierta animacion, su mirada mas brillo y sus palabras mayor vivacidad.

—Un pueblo de mujeres de infinidad de paises,—dijo,—tengo en el Serrallo; todas son jóvenes, bellas, ardientes, voluptuosas, y mas de la mitad de ellas gimen por recibir una caricia mia, que nunca me digné otorgarles. Los sentidos están cansados, pero el corazon late ahora con mas fuerza que el dia en que ceñí la espada de los sultanes en la mezquita de Eyub. ¿Comprendes por qué es eso?

—Hannun, el poeta ha dicho: *lo que dá mas calor á la sangre y mas luz al espíritu es el amor* y yo os contesto, eso es lo que sentí.

—Recuerda que despues agrega : *él conduce á los fuertes al crimen ó la gloria, pocas veces á la dicha.*

—Dice bien el poeta.

—¿Entónces crees que no podré ser feliz ? ¿y si crees eso, para qué intentas curarme?

—Zobir no ha dicho que sereis desgraciado, sinó que Hannun habla con verdad ; más, él no se refiere á los prudentes, pues para ellos es la dicha y vos sois prudente.

—¿Lo soy, y por mi culpa me encuentro viejo á la edad en que todos están en la fuerza de la vida ?

—Habeis vivido tanto como los hombres tres veces mas ancianos que vos, porque habeis gozado mas que ellos.

—Cierto es, y ahora sufro ; ya no tienen encanto para mi, las ardientes odaliscas que se estremecen de placer ni las vírgenes que desfallecian de amor entre mis brazos. Sufro, aunque sé que ella me ama y sin embargo de que me pertenece ; pero, me siento fatigado y débil como un anciano y eso es lo que causa mi dolor. Oye y aprecia la magnitud de mi desgracia, ella es.....pero, estás mintiendo ; es imposible que no sepas lo que ha pasado, cuando en estos momentos hablarán de ello hasta los pes-

cadores del Estrecho; es imposible que ignores lo que tiene escandalizado al Divan.

Ibrahim, presa de un acceso de ira, habíase puesto de pié y fijaba una mirada escrutadora en la impasible del astuto Zobir, que conociendo demasiado á su amo, estaba acostumbrado á sus inesperados arranques de cólera, tan pasajera como la de un niño y causada por la enfermedad que lo aniquilaba.

—¿Piensas, exclamó el príncipe, que entrarás al infierno con cabeza?

—Gran señor, la perderé si lo quereis y la perderé por haber dicho la verdad sirviendoos fielmente: cuando sean pesadas mis acciones en la *balanza de las obras*, cuando Monkir y Nekir pronuncien su santo é inapelable juicio, no será el peso de la mentira lo que me impida ascender á los cielos.

—¿Dónde has estado esta mañana?

—Vine á vuestro llamamiento.

—¿Quién habló contigo?

—Nadie, pues lo he pasado leyendo un manuscrito antiguo.

—¿No visitaste al muftí?

—Fijaos que no he tenido tiempo.

—Pues bien, sabe que anoche he robado á su hija y que ni Alah podrá separarme de ella.

—¡A su hija, la belleza de Islan!

—Considera mi estado y mide por él la desesperacion que siento.

—Yo leeré en los astros la fórmula y encontraré la yerba desconocida que os volverá la juventud.

Pronto, Zobir, pronto, que esta noche la veré en el kiosko y en vez de placer encontraré angustia.

—¿Esta noche, señor?

—Sí, esta noche ¿por qué das esa entonacion á la pregunta?

—Mi voz tembló porque pensé en vuestra afliccion.

—Véte y que tu sabiduria te haga encontrar en los astros la felicidad que he perdido, siempre será una esperanza.

—La esperanza es la vida y os prometo que pronto vereis realizada la vuestra.

—Sí así fuese, si pudiera ser jóven de nuevo para borrar con el arrepentimiento los males que he cometido, si tuviera la energía que he perdido y la inteligencia que he gastado, dejándome arrastrar por mis pasiones, por mis caprichos, y entregándome por completo á los placeres del cuerpo, entonces, Zobir, entonces me verias volver

al gobierno para hacerme amar é ir á la guerra para conquistar gloria.

Y el príncipe, como si hubiese hecho un inmenso esfuerzo para coordinar los pensamientos que acababa de expresar, se dejó caer estenuado sobre un muelle cojin de Persia. En él, los intervalos lúcidos eran poco duraderos.

—Desesperacion! — murmuró, — solo desesperacion.

Zobir iba á dirigirle una de sus acostumbradas frases de consuelo, pero el Sultán, indicándole la puerta, murmuró:

—Véte.

* * *

En el Serrallo también y á la misma hora, reunidos en una apartada habitacion, se hallaban la sultana Kesen, el muftí y el Gran distribuidor de la sopa (1er. oficial de los genízaros).

—Ya sabeis, decia la sultana, que haré todo por el bien del Estado; como he propágado la religion por el filo del alfange, cumpliendo la órden del Profeta.

—Ibrahim, observó el Jefe de los genízaros, que fué bastante astuto para librarse de Amurat, fingiéndose loco, que ha sido tan cruel para con los

débiles, tan inútil, tan perjudicial para el Imperio, acaba de colmar la medida de su corrupcion y perversidad; anoche ha robado al anciano muftí, ministro del cielo, lo único que poseía en la tierra, un tesoro que ya no podrá recuperar jamás.

—Lo sé, contestó Kesen, le ha robado á su hija, á la joya de Stambul.

El muftí, enjugando las lágrimas que á pesar suyo se desprendian de sus ojos, y pasando su temblorosa mano por su larga y blanca barba murmuró con un acento, en que á pesar de la aparente resignacion, se escapaba la ira:

—Alah lo ha querido....estaba escrito,.... Así sea.

Hubo un momento de silencio.

El muftí agregó:

—Alah ha querido que este peso agregado á los otros, inclinen la balanza y decida de su suerte. La sentencia está dada, ¿os faltará valor para ejecutarla? Mirad que no lo haceis por mí, sinó por la salvacion de la religion y del Imperio; mirad que dejando impune al criminal caerá sobre todos el castigo del cielo.

—La tradicion de los Sultanes, dijo el Jefe de los genízaros, autoriza á los padres para qui-

tar la vida á los hijos, cuando su ambicion, su ineptitud ó sus crímenes perjudican á la gloria del Islam, y las ortas de genizaros tienen el derecho de derribar al que no ha sabido sostener el estandarte de las siete colas, al que no ha sabido administrar justicia ni combatir contra la cruz en defensa de la media luna.

—Teneis el derecho de deponerlo, pero no de matarlo! exclamó la sultana.

—En este caso no será necesario, pues es tan débil de cuerpo como de alma, y creo que estareis resuelta á ayudarnos, pues que ya antes habeis convenido con nosotros en poner en su lugar á Mohamet, vuestro nieto y su hijo; Mohamet, que lleva el nombre del guerrero, azote de Dios, que conquistó la ciudad y entró á caballo al templo de los infieles para probar que no hay mas Dios que Alah y que todo lo puede quién se sacrifica por él.

—Ya os he dicho; contad con mí apoyo, pero no trateis de quitarle la vida. Disponed los medios, designad la hora y comunicadme lo que hayais acordado. Mohamet será el elegido.

Diciendo esto, la sultana abrió una puerta que comunicaba con los jardines y salió.

—Es necesario sublevar todas las *ortas*—dijo el muftí al Jefe.

—Los soldados están prevenidos y difícil me será contenerlos en la inaccion y el silencio por mucho tiempo; ya sabeis que cuando ellos hablan, el incendio de un barrio es el que trasmite su voz.

—El fuego trae miseria y muerte; no usemos de él.

—Entonces, necesario será apresurarnos, para que no se cometa alguna imprudencia irreparable.

—Obremos pronto, con energia.

—¿Cuándo?

En ese instante la puerta se abrió, apareciendo, en su dintel, la siniestra figura de un mudo, que inclinándose respetuosamente, hizo una seña.

El muftí contestó con otra y el esclavo, desapareciendo por un momento, introdujo á Zobir, volviendo á cerrar la pesada batiente.

—Está todo pronto?—preguntó el recién llegado.

—Hablasteis con el sultan?—interrogó el Jefe de los genízaros.

—Sí.

—Hablasteis con él? repitió el muftí.

—He hablado con él.

—Sospecha algo?

—Nada, es un pobre imbécil, que ha tenido hoy intervalos de cuerdo.

—¿De qué habeis tratado?

—De lo de siempre: de su enfermedad y curacion.

—¿Y habeis prometido volverle la salud?

—Si, ¿cómo podia negarme, cuando me iba la vida?

—¿Y qué pensais hacer?

—Apresurar los sucesos, si teneis el mismo pensamiento.

—Necesario es terminar presto, ¿pero cuándo?

—Tengo un plan. Me ha pedido que abrevie su curacion y mañana puedo administrarle una droga....

—Nunca, dijo el muftí, nunca; no apelemos al crimen.

Que sería perjudicial, observó el Jefe, pues fácilmente se averiguaria la verdad, obrando así, y pronto nuestras manos no encontrarían el turbante.

—Hablais cuerdamente,—dijo Zobir,—pues, de hoy á mañana....

—De hoy á mañana, —murmuró el muftí,—quién sabel....y mi hija!

—Además, Ibrahim tiene ideas de reforma y de gobierno, que no podría realizar porque es impotente....

—Pero también es sanguinario.

—Otro motivo más, para que nos conduzcamos con rapidez y prudencia.

—Resolvamos pues.

—Mis genizaros están dispuestos, decidme la hora y el sitio; sinó lo haceis pronto, todo se habrá perdido.

—Pensemos, pensemos,—dijo el muftí.

—Lo sé,—exclamó de pronto Zobir. Escuchad.

—¿Cuándo? preguntaron curiosamente.

—Esta misma noche.

—Hablad.

—El sultan irá al kiosko de....donde le espera....

—Mi hija!....Alah sea bendito!—esclamó el muftí alzando con desesperacion las manos.

—Así es—continuó impasiblemente Zobir—él irá al kiosko; conocemos la senda, está poco iluminada y hay grandes plantas á los costados; podemos evitar que llegue.

—Lo impediremos, y Mohamet será proclamado.

—Y mi hija! ¿no podemos salvarla, ahora mis-

mo? ¿no me ayudais á salvarla, si sabeis donde está?

—Es imposible; todo se perderia; las guardias nos rodean y no tenemos quién nos preste ayuda. Esperemos á la noche.

—A la noche! Será preciso resignarse; así lo exige la salvacion del Estado.

—Acordaos que tambien es la nuestra y que Ibrahim no llegará al kiosko.

—Sabeis la hora?

—Eso es lo que voy á indagar; el Gran Eunuco está con nosotros,—dijo el Jefe de los genízaros—id á disponer lo demás con la sultana y á comunicarle lo que hemos acordado. Yo estaré allí, antes que el sol se oculte y mañana... mañana Mohamet IV, hijo de Ibrahim, será proclamado.

*
* *

Era un gabinete de forma octógona, con las paredes tapizadas de damasco azul y el pavimento alfombrado con riquísimos cojines de Persia; un divan de terciopelo celeste corria concéntrico á las paredes, cortándose en el sitio ocupado por una puerta que, casi oculta bajo el tapiz, comunicaba con los jardines; una lámpara de plata

alumbraba la estancia; respirábase allí un ambiente embriagador y sofocante, impregnado de aromas de ámbar, de sándalo . . . quizá de besos . . .

Cerca de la puerta, recostada de espaldas sobre uno de los divanes, estaba una mujer; una niña hermosísima con espléndidos contornos de mujer. Era la hija del muftí.

Una cascada de cabellos negros, sedosos y ondulantes, cayendo por debajo de su cuello iba á derramarse por encima de los tapices, y las formas de su cuerpo, blancas, mórbidas, voluptuosas, ocultábanse apenas bajo los ligerísimos pliegues de leve gasa, para reaparecer á intervalos en toda su soberbia desnudez. El movimiento tranquilo del seno á medio velar, los lábios entreabiertos, los párpados entornados, la actitud de reposo é inmovilidad completa en que se hallaba, hacían creer que reposaba en un sueño tan dulce como profundo.

Seguramente no soñaba con el pobre padre abandonado.

Por mucho rato permaneció de la misma manera y en el mismo sitio, hasta que, al fin, hizo un ligero movimiento con la cabeza, y entreabriendo lentamente los párpados, miró hácia la puerta. Oíase cierto ruido de pasos claramente percibidos á causa del completo silencio exterior;

el rumor cesó siendo reemplazado por un ligero y breve murmullo; sin duda el que llegaba hablaba con el eunuco de guardia, trasmitiendo órdenes; en seguida abrióse la puerta para volverse á cerrar inmediatamente, despues de dar paso á Ibrahim, envuelto en un blanco caftan; desembarazóse del manto y arrojando á su lado, sobre la alfombra, el turbante sembrado de perlas y la cimitarra guarnecida de diamantes, fué á arrodillarse al lado de la hermosa, que, recién despierta, sonreía con una expresion llena de cariño y promesa.

El levantó suavemente la cabeza de su amada, hundiendo sus manos en la sedosa cabellera, ella enlazó con abandono el cuello de su señor, y entonces uniéronse sus labios en un beso, en un prolongado y ardiente beso; éxtasis sublime de la vida que se desborda.

En este instante resonó en la puerta un gemido ahogado, seguido del choque de un cuerpo contra el suelo.

Ibrahim se incorporó con sobresalto y quedó silencioso é inmóvil, con el oído atento.

Su amante, sobrecogida de terror, fijando en él una mirada de espanto, fué á hablarle, pero le impulsó silencio con un gesto y sin atreverse á recoger su cimitarra por temor de producir algun

ruido al andar sobre los cogines, permaneció en la misma postura.

Como todo volviera á quedar en absoluto silencio, el príncipe, inclinándose al oído de la jóven, le preguntó á media voz :

—¿Has oído?

—Un grito,—balbuceó ella temblando,—siento miedo, mucho miedo.

—Eso sucede con frecuencia aquí en el serrallo, dijo él,—y sin embargo....

—Oyes?....

—No.

—Alguien mueve la puerta; estamos perdidos, será mi padre.

Ibrahim sentia algo como un presentimiento que le anunciaba una desgracia y con paso vacilante, como si fuera á pesar suyo, se dirigió á la puerta, deslizándose mas bien que caminando.

—Por Alah! no vayas ! exclamó su amada.

En este instante mismo resonó, alrededor del gabinete, un alarido inmenso y terrible, lanzado por centenares de gargantas, y las batientes de la puerta impelidas por una fuerza irresistible se abrieron con estrépito.

Ibrahim quedó inmóvil de terror; los cabellos erizados, los ojos salientes y la boca entreabierta;

su amante habia caído desmayada sobre los tapices del suelo.

Una avalancha de genízaros se precipitó dentro, con el jefe á la cabeza, y acometieron al sultan con intencion de aprisionarle, pero aquel, impulsado por el instinto de conservacion, sin poder formarse una idea clara de lo que le sucedia, saltó rápidamente hácia atrás y cojiendo la cimitarra y desenvainándola, arremetió á sus agresores, pasando instantáneamente del estremado terror á la estremada cólera.

Una espantosa vocería atronaba los jardines, repitiéndose hasta los lejanos muros y en los cortos intervalos de calma oíase dentro del gabinete octógono, en medio del choque de las armas, la voz del jefe que decia á los soldados :

—Vivo, vivo, no le mateis!

Ibrahim reconcentraba toda su energía en aquella lucha desigual, y su estremada cobardía, su inmenso horror á la muerte le hacian batirse como un leon y al mismo tiempo exclamar miserablemente:

—Salid, perdon, dejadme la vida.

Pero los genízaros, enardecidos por la resistencia, no escuchaban ya ninguna voz, ni la de su jefe, y saltando como fieras sobre el infortunado príncipe, le derribaron acribillado de heridas.

Zobir, abriéndose paso por entre la muchedumbre, consiguió sacar desmayada á la hija del muftí.

El jefe de los genízaros, al ver caer á Ibrahim, corrió hácia él para protegerle, pero solo se encontró con su cadáver desfigurado por las heridas y la sangre. Los soldados lo arrastraron hácia los jardines y seguidos de otra muchedumbre de genízaros, ébrios de libertinaje y de rapiña, anunciaron al aterrado serrallo la muerte de su señor.

Y un grito inmenso, partido de todos los puntos del palacio, proclamó á Mohamet IV señor del Islam.

*
* *

Ibrahim, la vida sin objeto es como el agua que se estañca.

Si la tuya fué estéril, al morir legaste una enseñanza á los buenos hijos del Islam, pues han dicho: « Cuántos como él, teniendo la seguridad del triunfo, esperan la hora suprema para combatir el peligro! Cuántas inteligencias poderosas duermen así, hundidas en la molicie, para que la voz de la realidad, al despertarlas, les muestre la vida y las precipite á la muerte. »

Tambien tú lo has pensado cuando el sol de los placeres, que era el de tu existencia, se hundía para siempre en el ocaso.

Pero en vano es que lo hayas comprendido; el arrepentimiento, si no consigue reparar los males del pasado, si llega tarde para manifestarse en acciones, es tan inútil para las víctimas como para el culpable.

Ibrahim, Ibrahim, todos repiten tan sencillas palabras, pero solo los sábios las practican. Los hombres, como los pueblos, tienen la recompensa que merecen, pues Alah quiere que se cumpla la sentencia que cada cual se ha escrito con sus hechos en el libro de la vida.

Los que luchan como buenos son los únicos que podrán plantar sus tiendas en los vergeles del Paraíso.

Que así sea.

DE UN MUNDO A OTRO

I

El doctor Pánax era un hombre sumamente extravagante.

Hacian cerca de dos años que le acompañaba, ayudándole á disecar sus colecciones zoológicas, y en ese tiempo solo cinco ó seis veces me habia dirigido la palabra, Jamás tuvo conmigo ningun género de expansion. Cuando deseaba decirme algo, me lo daba á entender por señas, ó bien, empleando signos taquigráficos me lo trasmitia por escrito.

Muchas veces procuraba irritarle ó hacerle reir para que hablara; mas en vano: el doctor era invulnerable.

Cierto dia que él no estaba en casa, no pudiendo soportar por mas tiempo su eterno mutismo, me decidí á abandonarle. Mientras lo esperaba para darle á conocer mi resolucion, disponia cuidadosamente varios coléopteros sobre una urna de ébano, encima de la cual me habia prohibido colocase objeto alguno.

Esta urna llamaba siempre mi atención porque tenía el aspecto de un pequeño sarcófago de mármol negro, induciéndome á creerla depositaria de la mómia de algún pequeño faraón.

Pánax tenía con ella especial cuidado: todos los días la frotaba muy suavemente con un paño de seda, á fin de quitarla el polvo; todas las noches lo observaba entreabriendo cautelosamente la tapa y examinando el fondo. Nunca salía sin echarla llave, y siempre que pasaba cerca de ella, murmuraba una palabra misteriosa que yo no podía oír.

¿Qué secreto, qué misterio, qué tesoro encerraba esa urna? ¿Y qué relación había entre ésta y la estremada reserva del doctor?

Hé ahí un problema cuya solución me había sido imposible encontrar. Mi curiosidad, al formularlo, se había empeñado en resolverlo, haciéndome permanecer en aquella casa mucho más tiempo del que buenamente hubiera podido; sin embargo, ya la paciencia se me había agotado, y estaba resuelto á salir de allí.

Ese día regresó Pánax muy tarde y, como de costumbre, nada dijo. Yo le observaba con atención para ver el efecto que le producían los coleópteros. Al principio no los apercibió, pero después, cediendo-

do á la atraccion que ejercia sobre él la urna, dirigió la vista hácia élla. Al ver á los insectos hizo un gesto de rabia y estendiendo la mano los derribó esparciéndolos por el suelo.

Me aproximé con el p̄tесто de recojerlos.

Al mismo tiempo quedóse inmóvil, y dejando caer los brazos é inclinando la cabeza con desaliento, lanzó un suspiro, exclamando:

—¡Adima!

Parecióme haber oído la palabra mágica, encubridora del misterio que trataba de penetrar y sin poderme contener iba á preguntarle *quién* era Adima; pero me detuve en mitad de la palabra, y dividiendo el diptongo, solo dije:

—Qui...?

El doctor me miró asombrado. Su rostro expresaba la alegría y el miedo á la vez; como el de un náufrago que se inunda de júbilo creyendo haber visto una vela lejana, pero que teme haberse engañado.

Tan profunda era su emocion, que habló, articulando con voz babuciente la sílaba:

—¿Qui?

No sabiendo que responder, contesté:

—Qui.

Entónces, asiéndome de un brazo y arrastrándo

me hacía una mesa, cogió una pluma y escribió dos palabras en un papel. En seguida mostrándomelas, dijo:

—¿Puede traducirlas?

—«Ki» «daçan»,—leí.—Es muy fácil: quien, diez.

El, abriendo enormemente los ojos me contemplaba estupefacto.

De pronto, dándome una violenta sacudida en el brazo, exclamó:

—¡Sanskrito! ¿Sabe V. sanscrito?

Aturdido por tan inesperado arranque de elocuencia no contesté; pero el doctor, cambiando instantáneamente de tono, volvió á repetir con acento casi suplicante:

—¿Sabe V. sanscrito?

Entonces respondí:

—Sé algo.

—¡Oh! qué felicidad!—exclamó.—Ya tengo la clave del secreto; de un secreto oculto en el seno de la tierra durante miles de años, cuyo poseedor y dueño soy. Vamos á traducirlo, á descifrarlo, á adivinarlo si fuese necesario.

—No comprendo,—le dije. Ciertamente es que el sanscrito es el único idioma que medianamente poseo, pero V. también debe saberlo, pues esas dos palabras....

Pánax no me dejó concluir.

—Son las únicas,—dijo,—que he podido aprender de ese endiablado, quiero decir, de ese divino idioma, pero en cambio sé de memoria el « Diccionario de la lengua de los Cuervos » y la « Traducción de las Canciones del ruiseñor » por Dupont de Nemours, habiéndole agregado al primero cuarenta y tres homónimos y siete sinónimos. . . .

A mi vez le interrumpí diciéndole :

—Doctor, creo que perdemos tiempo.

—Tiene V. razón,—dijo;—mi cerebro está perturbado, indudablemente por el exceso de alegría que experimento, pero su excitación se calmará en breve. Voy, pues, á referirle compendiadamente las circunstancias de mi precioso hallazgo.

« Hacen cuatro años fuí á la India, con el objeto de estudiar los saurios de aquel país, en sus costumbres é idioma, para lo cual fijé mi residencia en una aldea oculta en medio de los bosques, cerca de la ciudad de Benarés. Allí podría entregarme, á mis anchas, al estudio que me proponía.

« Para esto compré un enorme gavial ¡ nunca se me olvidará ! uno hermosísimo de ocho metros, catorce milímetros, á quien sus primitivos dueños habían tratado en vano de domesticar. Le destiné para su vivienda un cómodo estanque rodeado de

una fuerte empalizada, á orillas del cual iba mañana y tarde á conversar con él. A los dos meses ya éramos íntimos amigos, lo que no impedía que yo recelase de su lealtad. El me refería las pequeñas travesuras de su infancia; tales como engullirse á un sectario de Brahma, en el acto de bañarse en las sagradas aguas del Ganges. Yo aplaudía, reservándome, para lo venidero, el darle algunas lecciones de moral. Entre tanto procuraba sondearle sobre sus opiniones respecto á los hombres. Cuando le aseguraba que éstos eran seres inteligentes y buenos se reía, abriendo de una manera espantosa sus mandíbulas, y oponiendo á mis argumentos objeciones sumamente lógicas, citábame numerosos casos de luchas entre hombres y de cocodrilos asesinados por aquellos. Me esforzaba en probarle lo contrario, refiriéndole tenebrosas historias de sus cercanos parientes, los aligatores, caimanes y yacarés; más solo conseguía hacerle confesar que la gula era el mayor defecto de los de su familia.

« Un dia vino á demostrarme esto prácticamente. Estaba, como de costumbre, al borde del estanque cuando llegó á visitarme un francés, íntimo amigo mio; confiando en la aparente mansedumbre del cocodrilo, se aproximó á contemplarle mas de cerca. A pesar de haberle aconsejado se re-

tirára, no hizo caso y siguió acercándose descuidadamente hasta tocar el hocico del monstruo; éste hizo un movimiento, y mi amigo, asustado, intentó huir; pero, con tal precipitación, que, tropezando en un guijarro de la orilla, resbaló cayendo instantáneamente al agua. El gavial, sin dejarle sumergirse por completo, le dividió por la cintura de una dentellada. Después de muchas tentativas, y con la ayuda de varias personas, pude sacar el cuerpo horriblemente mutilado: le faltaban las piernas; estaba muerto.

« Al amanecer del siguiente día, fui á una eminencia cercana, guiando varios hombres, armados de azadones y picos. Les señalé el sitio donde debían cavar la fosa de mi amigo y me retiré.

« Por la tarde volví á examinar el estado del trabajo, encontrando á todos muy agitados con el descubrimiento que habían hecho, en una capa de terreno terciario, de una especie de estuche de piedra, que parecía encerrar algún objeto. Efectivamente, una vez roto, quedó al descubierto una hoja cuidadosamente arrollada y cubierta de caracteres rojos, dispuestos en columnas verticales; no era papel, ni pergamino, ni tela, ni papíro, sino una sustancia mas flexible, mas durable y de una blancura nítida.

«Uno de los que estaban presentes, al verla, me dijo :

—«Está en sanscrito; llamaremos á un sacerdote para que lo traduzca.

—De ningun modo,—repliqué,—me pertenece y no lo cedo á nadie.

«Más, mi interlocutor, pudo leer una palabra.

—¡«Adima!—esclamó, he ahí el nombre de nuestro padre comun. Estoy iniciado en vuestra religion y sé que nos lo habeis usurpado disfrazándolo con el nombre de Adam. Ahora pretendis robarnos su historia, su verdadera historia, que habeis encontrado cerca de Benarés, nuestra ciudad sagrada; pero os aseguro que nos vengaremos y el manuscrito será nuestro.

«Yo, continuó el doctor, temiendo el fanatismo de los indígenas, y conociendo lo impotentes que en esa clase de cuestiones son las autoridades inglesas, apresuré el entierro de mi amigo y á los pocos días salí de Calcuta, trayendo el precioso documento, para el que mandé construir esa urna de ébano. Desde entonces, siento por ella una especie de veneracion idólatra; desde entonces, mi pensamiento está fijo y mi lengua está inmóvil.»

Aquí terminó el doctor su relato que, salvo algunos detalles, me parecía muy verosímil; pero, me restaba hacerle una objecion muy importante.

—¿ Podria esplicarme,—le dije,—como habiendo vivido en la India no sabe V. sanscrito?

—Es muy sencillo, contestó.—Mi permanencia en aquel país fué, como antes he dicho, para el estudio esclusivo de la filología irracional; V. conoce mi carácter y no le será difícil creer que me dedicara completamente á ella, pues para que me entendiesen los hombres me bastaba el inglés.—Lo raro que hay en esto es que al pronunciar V. la sílaba *quí*, creyera lo hacia en sanscrito; sin embargo me lo esplico: en ese instante me encontraba muy preocupado con la urna, repitiendo mentalmente y exaltándome cada vez mas, con las palabras *ki, daçan*, cuando V. pronunciando la primera de éstas, hirió tan vivamente mi imaginacion que por un acto irreflexivo le intorrogué, continuando así hasta obtener su respuesta.

Despues de dar á Pánax la esplicacion que me correspondia, levantóse éste con aire solemne y abriendo la urna estrajo el famoso manuscrito cuidadosamente oprimido entre el pulgar y el índice.

Me precipité sobre él con avidéz, mas el doctor me contuvo con un gesto, é indicándome que le

siguiera, penetró á un gabinete inmediato y despues de encender las bugías de un candelabro, cerró herméticamente la puerta.

II.

El doctor se rascó la cabeza; señal de que alguna nueva extravagancia le ocurría.

En estos casos acostumbraba á frotarse la protuberancia que los frenólogos asignan á la secretividad.

Despues de esta operacion se notaba en él un cambio momentáneo: su reserva aumentaba ó disminuía segun activase ó entorpeciese las funciones de su cerebro con una friccion suave ó demasiado ruda. Esta vez ocurrió lo segundo.

—¿Hace frio?—me preguntó.

—Algo mas que eso,—respondí.

—Ahi tiene V. el termómetro ¿cuántos grados marca?

—Cuatro.

—No le entiendo.

—Cuatro grados sobre cero.

—Ah! bien. La temperatura del mar, en ecuador á 2200 piés de profundidad y en las regiones polares á 1400. No la olvide V; es tan

importante que siento variarla, pero... es menester hacerlo.

—Por mi parte, confieso ingénuamente que prefiero una temperatura mas modesta.

—Voy á encender la estufa; le haré ese obsequio,—murmuró Pánax.

Yo, que hubiera jurado que la estufa de ese gabinete era frigorífica, pues jamás la habia visto encendida, exclamé encantado de ese descubrimiento y de la inusitada galanteria del doctor.

—Tantas gracias!

—Si, agregó,—le haremos ese obsequio al manuscrito y en seguida, antes de traducirlo, organizaremos un festin del cual no puede V. formarse una idea; será un banquete que envidiarán todas las sociedades antropológicas y arqueológicas de mundo!

—¿Y las gastronómicas?

—Profano! En esos momentos el arte culinario se convertirá en ciencia; será un banquete fósil.

—¿Fósil? Magnífico! sublime! estupendo!

Pánax guardó silencio, y sin perder un ápice de su gravedad, conservando siempre una actitud solemne, principió á llenar de carbon la hornalla de la estufa

Entretanto yo preparaba una mecha para encenderlo y un instante despues la hoguera chisporroteaba á impulso de la columna de aire científicamente lanzada por el fuelle del doctor.

Me entretenia en hacer comentarios sobre la completa transformacion operada en su carácter, cuando vino á distraerme una pregunta salida, al parecer, de la bocina de fonógrafo. Era su voz que repetía:

—¿Cuántos grados marca?

Miré el termómetro y respondí:

—Nueve.

—Frio! balbuceó, arrojando dos enormes trozos de hulla en la chimenea, que se habia convertido en frágua.

Y así por intervalos, él repitiendo su interrogacion y yo contestándola, llegamos hasta el 25°, término medio entre la temperatura cálida y la ardiente.

Pánax se retiró de la estufa, jadeante, casi achicharrado y aproximándose á mí; que empezaba á sentir síntomas de asfixia, me dijo en tono que no admitia réplica:

—Estamos en los tiempos prehistóricos y hace tanto calor como en el Indostan actual bajo el techo de mi *verandah*, y casi el mismo que en

el interior de una caverna, en la edad de piedra; lo que equivale á decir que nos hallamos en el verdadero y justo término medio. Conseguido esto me acompañará V. á cenar.

—¿Doctor—pregunté tímidamente, —no podría conocer antes el *ménu*?

—El interpelado se habia dirigido á un ángulo de la habitacion y mientras abría una enorme caja de hierro, contestó secamente:

—La lista será por orden cronológico.

Y agregó suavizando un poco la voz:

—¿Quiere tomarse la molestia de esparcir algunas ascuas por el suelo, en la superficie de un pié cuadrado?

En el acto accedí al deseo de Pánax y éste avanzó conduciendo lentamente un trozo de una sustancia rojiza que colocó sobre los carbones encendidos.

En seguida volvió á la caja, regresando cargado con una porcion de objetos estraños cuyo uso me era completamente desconocido. Los amontonó y despojándose de su levita quedó en *mangas de camisa*.

Cruzó los brazos á la espalda, contrajéronse sus cejas y olfateando, como un sabueso que ha perdido la pista, exclamó:

—¡Qué perfume tan grato! No lo nota V.?

Enpezaba á sentir un olorcillo sospechoso, mas, por no disgustar á Pánax, respondí:

—En efecto, aspiro ciertas emanaciones que no sé de donde proceden.

—¡Ah! bien seguro estaba de que V. no lo adivinaria. Es del ozmazono de ese pedazo de carne.

E indicó al trozo puesto sobre las brasas, agregando:

—Pero V., autor de la obra «La mortalidad de los inmortales», es por ventura miembro de la Academia Argentina?

—No merezco tan alto honor, contesté;—ni comprendo qué ración puede haber entre el ozmazono y la Academia.

—Le diré: el ozmazono proviene de ese asado, que es lo que Vds llaman *carne con cuero*; frase que seguramente aparecerá en el «Diccionario de Argentinismos», pero he aquí lo que los señores académicos ignoran: carne con cuero.....de manmuth.

—¡De manmuth! Entonces, formalmente vamos á engullirnos la carne de un coloso antidiluviano.

—Palpamos verdades inverosímiles,—contestó Pánax,—desde este momento cesanos de ser contemporáneos de nosotros mismos.

Yo estaba atónito. Hacia enormes esfuerzos de

lógica para convencerme de que todo aquello era real, pero solo conseguia embrollarme cada vez mas. El manmuth me inspiraba casi tanta desconfianza como el criterio del profesor, y estaba resuelto á decir cualquier cosa para esquivarme de tomar parte en la comida. Asi es que empecé:

—Segun he oido referir, ese alimento es muy indigesto y causa terribles indisposiciones á las personas de estómago débil.

—Es falso, replicó tranquilamente Pánax. Desgraciadamente no somos los primeros que, en este siglo, gustamos esta carne; ya unos insignificantes marineros, holandeses segun creo, han tenido la audacia de anticipársenos en los hielos del norte. Su comida á pesar de ser empírica les nutrió perfectamente, pues la asimilaron en gran parte; lo que prueba que no tiene las malas cualidades que Vd. le atribuye. Por fortuna el nombre de nuestros oscuros antecesores no pasará á la historia.

Sin embargo, continué, obstinándome en mi afirmación anterior, he oido decir que Jonathan Franklin, por ejemplo, murió á consecuencia de.....

No pude concluir; el doctor devoraba con avidez un bocado del manjar cuya apologia habia empezado á hacer, y yo, convencido por respuesta tan

elocuente, influenciado por el apetito y hostigado por la curiosidad, decidí imitarle.

Me senté en el suelo, en una postura eminentemente musulmana y cojiendo un instrumento de piedra que me alargaba mi anfitrión separé una hermosísima tajada.

—Nuestros cuchillos son de pedernal,—observó Pánax.

—Si, murmuré, y el asado parece de lo mismo.

El doctor se levantó bruscamente y por tercera vez dirigióse á la inmensa caja de hierro.

Creí que mi reflexion le hubiera disgustado, pero pude notar, con placer, que era otro el motivo, pues puso entre él y yo una marmita de piedra casi llena de una materia de aspecto gelatinoso.

—¿Es también fósil?—me atreví á preguntarle.

—Algo así, respondió,— es una bebida comestible. Una vez que visité las ruinas de Pompeya, vagando á inmediaciones de la casa de Pansa, se me acercó un obrero de los que trabajaban en restaurarla y me dijo con aire reservado:—«Excellencia, acabo de encontrar un cántaro conteniendo una cosa semejante al vino y como no me conviene que vaya al Museo de Nápoles, deseo venderlo á cualquier aficionado».—Me lo enseñó y reconocí con indecible alegría que su contenido era, en efecto

vino; si, vino de mil ochocientos años, y por el cual, el mismo Baco hubiera trocado gustoso su puesto en el Olimpo!

—Doctor—esclamé en el colmo del entusiasmo, —deme un ánfora, una crátera, una copa, un jarro, cualquier cosa; quiero beber!

Pánax, alcanzándome una concha, solo dijo:

—Ahí tiene una cuchara. Es suficiente.

La cojí y armándose él de otra, empezamos simultáneamente, á disminuir el contenido de la marmita.

A la tercer cucharada yo preguntaba al doctor:

—¿Está Vd. seguro de que la ambrosía era tan fabulosa como los dioses?

Y el interpelado, por toda contestacion, se levantaba, volviendo á colocar la vasija en el mismo lugar de donde la sacara.

Acto continuo, recobrando su primera posicion, apoyó los codos sobre las rodillas y con la cabeza oculta entre las manos, permaneció como dormido.

Indudablemente, en ese momento, soñaba con millares de diccionarios fósiles (el doctor era fuerte en ambas cosas) de los cuales la mayor parte no alcanzaban á la letra A; esto es, se hallaban en la imaginacion de los futuros colaboradores.

Distrágle de tan hermosísimo ensueño preguntándole.

¿Y.el manuscrito?

Entonces sus facciones se dilataron y levantándose se como impulsado por alguna fuerza estraña repitió:

—¿El manuscrito? ¡Ah! Vá á disiparse el misterio; solo temo que la luz de las bujias no nos sea bastante.

Nos dirigimos á un escritorio que estaba en medio de la habitacion y nos situamos frente á frente.

Antes de empezar nuestra taréa, Pánax lanzó un suspiro, murmurando:

—¡Cuántas grandes ideas habia en el fondo de la marmita!

III

Y sumergió la pluma en el tintero.

Bajo la impresion de una multitud de confusos pensamientos empezé á dictar:

La pluma de Pánax corría sobre el papel, produciendo un sonido áspero y monótono.

Las brasas de la chimenea se iban cubriendo con una capa de ceniza y la temperatura descendia sensiblemente, sin embargo, preocupados con nuestro trabajo y estimulados por el licor pompeyano

proseguíamos arduosamente nuestra labor, sin que ninguna dificultad pudiera hacérsela abandonar. Había veces en que empleábamos mas de media hora para interpretar una palabra; siendo esa la causa de que despues de cinco horas y trece minutos de trabajo, segun el cronómetro del profesor, apenas hubiésemos traducido la quinta parte del manuscrito.

Un instante mas tarde, el doctor exclamando : *eureka!* me arrebatava el documento y yo, abandonánoselo, contestaba : *hosanna!*

Se levantó de la silla, rascóse la cabeza y leyó lo siguiente :

IV.

« El tiempo desfigura los acontecimientos envolviéndolos en una niebla fantástica; así, estos hombres de ahora, trasmitirán á los del futuro la narracion adulterada de nuestra historia y de generacion en generacion, de lugar en lugar, irá transformándose y originando diversas fábulas, segun el tiempo que transcurra y la índole de cada pueblo »

« Por eso lanzo esta página al acaso; si lo escrito se pierde, queda la tradicion; la tradicion es la penumbra de la historia. »

« Quizá esta hoja permanezca eternamente sepul-

tada en las entrañas de la tierra ó se hunda con ella en algun cataclismo; quizá como lo espero, algun hombre la descubra. »

« Mas suponiendo que la encuentre y la lea ¿podrá comprenderme? Y si me comprende, pertenecerá á una época tan adelantada que pueda creer lo que revelo? »

« Ah! he ahí lo que me llena de angustia; he ahí la causa que hace detener la mano y vacilar el ánimo. »

« A pesar de eso, mi deber es escribir esto y lo cumplo. Si fuese tan afortunado que una mano inteligente rompiese, durante un período de progreso, el cilindro de piedra que encierra esta débil lámina, entónces todas mis angustias actuales se verian compensadas. »

« Quién sabe! »

Ojalá no se descubra en una época de civilizacion estática, en que las naciones como viajeros fatigados, se sientan al borde del camino para tomar aliento, y seguir adelante.

« Como vais á ver; yo Adima y mi esposa Eva, vinimos á este planeta desde nuestro próximo mundo.

« Las cosas grandes deben decirse sencillamente. »

« Ah! cuan pocos son los que van. »

« ¿Y los que llegan? »

« Eso depende de la inteligencia y del valor. »

« No sabéis qué inmensidad de emociones se experimentan cuando se abandona el mundo sin abandonar la vida. »

« No sabéis cómo se apodera del ánimo la nostalgia de lo infinito, y cómo la realidad viene á superar lo que se sueña. »

« El hombre se espanta al contemplar su propia obra, y una vez terminada, el castigo no tarda en llegar; si, el inexorable castigo impuesto á todo el que imprime una nueva evolucion á la marcha de la humanidad, »

« Y mirad: cuando el sol desaparece y empiezan á centellear los astros en la misteriosa oscuridad de la noche, entónces abrumado por el dolor; permanezco silencioso y abstraído, contemplando el planeta, mi patria, que gira en el espacio, arrastrando todos los recuerdos de mi existencia. Me parece un ojo ardiente que me envía una mirada envuelta en un rayo, que abraza sin iluminar. »

« Qué triste es el recuerdo. »

« En qué pocas palabras se encierra completamente, todo lo que miles de generaciones han conquistado á través del tiempo á costa de combates supremos. »

« ¿A dónde llega el hombre? »

« Primero recorre la superficie de la tierra; en seguida surca las aguas; despues hiende los aires, y por último se lanza al espacio, al espacio infinito. »

« Al principio sus armas son toscas y groseras, ramas de árboles y fragmentos de piedra, pero van mejorándose á medida que se van adquiriendo conocimientos; la fuerza ha sido reemplazada por la destreza, que á su vez lo será por la inteligencia; la inteligencia esgrimiendo la única arma digna, sublime: la palabra.

« Se empieza por ganar una cueva; luego se somete una tribu; mas tarde un pueblo. Se llega á conquistar un país, á dominar un continente; y los hombres van acercándose y los pueblos van refundiéndose. Entonces, al llegar á la unidad por la fraternidad, el hombre vé que se ha reproducido demasiado en un mundo, cuyo suelo está empobrecido, cuya atmósfera está viciada y conocé que la felicidad que se ha labrado á costa de tanto tiempo de sacrificios, es pasajera, efímera. Pero ha estudiado y se salva.

« La ley está dada y la hora ha sonado. »

« Se apresta atravesando el espacio, para realizar

la mas grandio sa de las conquistas humanas: la conquista de un astro!. . .

« Es así como se ha descubierto este planeta; es así como hemos llegado á este mundo; quizá á poblar estas regiones con una gran familia, que trae acumulada la esperiencia de una larga vida civilizada. »

V.

El doctor, profundamente emocionado, suspendió a lectura y sentándose en un gigantesco sillón, cruzó los brazos sobre el pecho, quedando en su posición favorita.

—¿ V. sabe?—me dijo.

—¿ Qué cosa?—pregunté á mi vez.

—Que el paraíso hindu es la antigua Trapobana, Ceilan.

—¿ Y ?

—Es probable que allí sea donde abordó Adima.

—¿ En su viaje extra-planetario.?

—Justamente. Ya vé que el Adam de la Biblia, tomado de las tradiciones de la India, tiene derecho á ser un tipo real.

—Naturalmente, puesto que segun el manuscrito, Adima era un descubridor de mundos, y hasta me

parece que el progenitor de los hombres de la raza blanca.

—¿Y V. lo duda?

—Al contrario, doctor; creo algo mas.

—Sí?

—Si, fundado en la metempsícosis, voy hasta suponer que V. mismo es Adima reencarnado despues de miles de años, espresamente para recoger el perdido manuscrito.

Pánax guardó silencio.

Yo, con un codo sobre la mesa y apoyando la mano en la mejilla, me hacía la siguiente reflexion:

La sabiduría y la locura son tan opuestas como la luz y la sombra; mas, con frecuencia, la una acompaña á la otra.

Pánax es un sábio.

Luego

LENAE

(*A mi querido amigo Belisario F. Arana.*)

...No, no hagas traer luz, amigo mio; bástanos ese rayo de luna que penetra por entre las aberturas de la celosía, pues ciertas conversaciones se sostienen mejor en la oscuridad.

—Si tienes la intencion, querido Schio, de hacerme algunas confidencias, te aconsejo las suprimas porque me son algo antipáticas despues de una série de artículos, que, con ese título, publiqué en una revista literaria.

—Te conozco, Elias, mas aun, te comprendo y es por eso que no hago caso de tus palabras; no te resientas, soy justo al reconocer, bajo esa espresion de alegre aturdimiento, el verdadero fondo de tu carácter; llevas la eterna sonrisa en los labios, así como yo llevo la eterna impassibilidad en el rostro. Por eso te suplico arrojes la careta para escucharme, así como arrojo la mia para confiarte algo que me ahoga.

—Tranquilízate, estaré sério; vienes de Grecia

del país idolatrado por los poetas, de esa comarca ingrata que tuvo un Misolonghi para Byron; no es, pues, raro que regreses enfermo de nostalgia.

—¿Llamas nostalgia al amor?

—¿Al amor? quiere decir que has enloquecido por alguna hija de Atenas, dulce como la miel de Arcadia. No estrañes que me sorprenda tu declaración, pues te creía incapaz de amar.

—Cree lo que gustes, Elias; tú, como los demás, no has podido ver el alma al través del mutismo del rostro; pero ¿acaso es tuya la culpa?

—En verdad; nunca me habias hablado de eso. Empieza, que te escucho con interés... ¡ahl espera, aquí hay esquisito vino de Naxos; es griego y te dará mayor entusiasmo.... toma esa copa y apúrala de un sorbo.

—¡Ya está!... ¡qué delicioso el espíritu de la Grecia anima mi cerebro, aunque no me prestes atención voy á referirte la historia de Lenae, de la bella Lenae, pero.... no necesito, no quiero que me escuches: la casta Diana me envia uno de sus frios rayos, y ella que ha iluminado mi dicha en las lejanas riberas del Cefiso, alumbrará tambien mi dolor aquí en las orillas del Plata y hará descender, sobre mi tenebrosa desolacion,

un resplandor de esperanza. . . . véte, querido Elias, véte y déjame solo, completamente solo,

¿Estás loco, Schio? Me parece que el licor del archipiélago ha trastornado tu razon.

—Podrá ser, pero mi memoria se conserva intacta. Escucha. . . . La conocí en el verano del año pasado. . . .

—¿Y la amaste?

—Desde cierto dia en que me envió un biletito pidiéndome un libro, segun creo; qué ingenuidad, cuánta sencillez habia en sus palabras!

—Y aprovechaste esa oportunidad, esa insinuacion para contestarle?

—Sí.

—¿Manifestándole tu amor?

—No.

—¿Entonces?

—Cuando le dije que la amaba ya no le quedaba á mi corazon ni un solo latido de simpatía para ella.

—No comprendo.

—Yo tampoco; sin embargo, procuraré esplotártelo.

—Bien, pero antes bebamos.

—Si, bebamos; el vino mata las ideas y nos hace dichosos porque nos vuelve idiotas; en la

tierra, la felicidad es correlativa de la pobreza de espíritu.

—Puede ser que tengas razon, Schio, pero no debemos envidiar una dicha problemática que se compra á tan alto precio. Empieza si gustas, ya no te interrumpiré con ninguna observacion.

—Seré muy breve. Como te decia, la conocí durante el verano del año pasado. Nos veíamos con frecuencia y sabíamos hallar ocasiones para hablarnos á solas. Ella tenia padre, madre, hermanas; estas últimas quizá hayan sido la causa de nuestra separacion. Al principio le tenia ese cariño que uno siempre está dispuesto á ofrecer á cualquier mujer jóven y bonita....Una vez la escribí una carta cruel, que me hacia sufrir inmensamente á mí mismo; pasé algunos dias sin verla, y cuando nos encontramos me dijo con tal acento que no pude contener una lágrima:

—Schio, ayer padecí mucho, hoy me encuentro enferma; he intentado distraerme en el piano, pero no he podido encontrar una música que fuera bastante triste.—No puedo espresarte de qué modo me dijo esas palabras que permanecieron vibrando en mi corazon y en ese momento sentí que la amaba mucho mas.

—¿Y se lo dijiste?

—Aun no, déjame continuar, querido Elias. Pasó algun tiempo. . . . ¿Has visto qué rápida y alegremente huyen las golondrinas rozando la tierra sin tocarla?

—¡Estraña pregunta! Sí, Schio, las he visto.

—Pues bien, así pasó ese tiempo, hasta que llegó una fecha memorable en las glorias de mi patria; ella lo sabia y me envió una flor, un pensamiento, en el que su divina mano habia trazado esta inscripcion: « 11 de Setiembre—Recuerdo—Atenas. »

—¿La conservas?

—La guardaré siempre.

—Continúa.

—Una tarde, paseando con un amigo, ví á mi amada que iba con una de sus hermanas; las saludé, y mi amigo me preguntó si tenia intimidad con ellas; contestéle negativamente, afectando indiferencia, y le intertuqué para saber si él podia darme algunos datos; me dijo frecuentaban la casa de cierta mujer que no gozaba de buena reputacion. . . . ¡Ah! Elias, tú que posees esa dolorosa esperiencia, comprenderás el martirio que sufrí entonces. . . .

—Te compadezco, hermano, sigue sin intentar describírmelo.

—Sí, porque no podría hacerlo. No sé de dónde tomé fuerzas para seguir preguntando, y conseguí saber la situación de la casa. Toda esa tarde, loco de desesperación, anduve vagando por las calles, y á la noche me dirigí á la parte indicada; pasé con suma lentitud por delante de sus ventanas y arrojando una ojeada hácia dentro, con la timidez del que le obligan á mirar una cosa que le causa miedo, la ví ¡Dios mío! á ella y á un hombre, sentados juntos, el uno frente al otro, en una postura bastante familiar, se reían sonoramente y hablaban en voz muy baja. El eco de sus carcajadas, me produjo un efecto indescriptible, vacilaron mis pasos y me detuve para tomar aliento; en seguida un frío intenso circuló por mi cuerpo y volví á caminar dirigiéndome á mi habitación, cuando llegué ¡es increíble! me encontraba completamente tranquilo; solo sentía cierto dolor en el cerebro. Me encerré en mi cuarto y le escribí á ella, una carta estensa y febril.

—¿Le reprochabas su infamia?

—No, amigo mío, le hacía mi primer declaración de amor.

—¿Entonces?

—Recien entonces.

—¿Y qué te contestó?

—Esa noche había regresado algo enferma, é hizo un gran esfuerzo para escribirme; entre otras, estas fueron sus palabras: «Es la única vez que me has dicho me amas, y quieres haya nubes en nuestra felicidad? ¿Acaso es un crimen amarse para que tengamos que ocultarlo? Espera, querido Schio, pronto estaré restablecida y podremos abrazarnos. »

—¿Tuviste ocasion de verla despues?

—Si, pero no he vuelto á hablarla.... Ya todo pasó.... Solo queda el recuerdo, el triste recuerdo.

—Acerca la copa, Schio, el vino de Naxos es el dulce nepenthas del dolor; bebamos para que el cerebro fatigado, adormecido, no formule ninguno de esos melancólicos pensamientos.

Hé aquí la copa, querido Elias, llénala hasta los bordes; ella podrá borrar de mi memoria la silueta del Partenon, ó mostrarme oscurecido el magnífico cielo de la Grecia, pero jamás podré arrancar de mi alma la imájen de esa mujer, jamás su nombre dejará de despertar en mí, un deseo insaciable envuelto en el ideal perfume del recuerdo.. ¡Oh! Lenæe, Lenæe, cuanto te.... Mentira; no me creas: es el nepenthas que me hace olvidar la terrible comedia de la vida.

EL PRECIO DEL RESCATE

I.

Viajábamos de noche. La luna reverberaba sobre las arenas del Sahara, revueltas desde el último simun, como las olas de un mar petrificado en el momento de concluir la tempestad. Nuestra caravana se deslizaba bulliciosamente, levantando una estela de polvo diáfano. Los conductores de dromedarios trotaban al lado de éstos, cantando menos cadenciosamente que nunca.

A lo lejos se apercibían los primeros árboles del oasis de Aïr, á favor de la esplendente luna de los trópicos.

—Yusuf,—dije á mi compañero,—Ahora que llegamos al término de la jornada, se me agota la paciencia, quizá por que ya no la necesito.

Y Yusuf, con una tranquilidad completamente musulmana, me contestó:

—Es necesaria.

—Pero, como no siempre es posible tenerla,

me contarás una historia, para abreviar la distancia.

—Escucha,—me dijo.

Animáronse sus facciones con espresion sublime y despues de incorporarse sobre el lomo de su camello, para tomar una actitud conveniente, me refirió la historia que os voy á trasmitir, adoptando su mismo estilo.

II.

Hace muy poco acontenció esto. Fué el año de la Hegira 1276, (1859 de J. C.) en tiempo del xerif Mohamed ben Abderrahman.

En uno de los aduares diseminados al sud de Marruecos, vivía una poderosa tribu de kabilas, gobernada por un hombre odiado y temido por todos los árabes de las cercanías. Este hombre se llamaba Kafur.

Muchos combates tuvieron; mucha sangre árabe enrojeció la arena. Y los ginetes kabilas regresaban á sus tiendas, erguidos en las sillas, arrastrando triunfantes el fruto de su victoria.

Así pasó algun tiempo. Un dia del año á que hago referencia, se reunieron en consejo todos los jefes de los aduares inmediatos, y, despues de oída la opinion de los ancianos, marcharon á or-

ganizar sus guerreros, para llevar el estermínio á las tiendas de Kafur.

Bad-el-Kebir fué nombrado jefe de las tribus coaligadas. A la puesta del sol, partieron, para caer sobre el enemigo, antes de que saliera la luna.

A media noche se precipitaban, con la impetuosidad del chub, sobre el campo del contrario, que dormía con ese descuido que iufunden la superioridad y el valor.

¡Horrible matanza! Los hombres maldecían y las mujeres lloraban. Algunos tuvieron tiempo para cojer sus armas, pero en vano: fueron muertos. Solo tres cayeron prisioneros.

Al siguiente dia, la aurora iluminó un cuadro desolador.

Las tiendas destruidas y holladas por los cascos de los caballos, yacian mezcladas con muertos de todos sexos y edades. Hasta los camellos, hasta los perros, habian participado de la suerte de sus amos.

Ninguno de los cadáveres estaba del todo desfigurado. Los vencedores fuéronlos examinando uno á uno, con la esperanza de encontrar entre ellos al formidable jefe; mas todo fué inútil. La muerte huye de los valientes.

Kafur no estaba allí.

Bad-el-Kebir, reuniendo á sus jinetes, exclamó poseído de furor.

—¡Por el séptimo cielo! ¡Ochenta bendikis á quien me traiga su cabeza!

La noticia de la oferta cundió por todas partes.

Entre tanto, Kafur se habia refugiado en las montañas; solo, pobre y desesperado. Nada le quedaba. Familia, guerreros y tesoros, todo habia desaparecido.

En la noche de la sorpresa se encontraba ausente de su aduar. Al recibir la noticia de lo sucedido, pensó que era una cobardia no vengar á los que murieron; un crimen no libertar á los que fueron aprisionados. Entónces hizo la resolucíon de volver á su país natal, Argel; de donde vendria con una horda de beduinos, con el fin de atacar á sus adversarios, libertando á sus amigos.

Dió un abrazo á su caballo, y montando en él descendió á la llanura. Tan agobiado iba, bajo el peso de su desgracia, que no vió á una muger que corria llorando hácia él. Cuando se hubo acercado lo suficiente para ser oída, exclamó con desesperacion:

—¡Kafur! ¡Kafur!

Este, sacado bruscamente de su abstraccion, sujetó el caballo echando mano á sus armas; pero viendo en seguida que era una mujer quien le llamaba, díjola dulcemente.

—Alah te guardel ¿Qué quieres?

—¡Mi hijo!—respondió sollozando.—Tú me conoces. Soy la madre de Hasan, que se halla prisionero entre los árabes de Bad-el-Kebir. No tengo dinero para rescatarle, ni fuerzas para darle la libertad. Sé que te encuentras tan desamparado como yo; pero eres sábio y prudente, Mahoma hablará por tu boca y me darás un consejo.

—Mujer, anda tranquila. Solo Alah es grande. El me guía porque jamás he violado su ley, como lo hacen otros, comiendo carne de cerdo y bebiendo licores que embriagan; él me protege porque jamás he ofendido al huésped que ha gustado en mi tienda la sal y el alcuzcuz. Kafur te promete devolverte tu hijo, y debes creerle. Su palabra es sagrada como los pozos del Zem-Zem, como la Kaaba, como la Meca.

—Te creo,—dijo la anciana,—eres el mas valiente y noble de los kabilas. ¿Pero cómo podrás rescatar á mi hijo, cuando los guerreros que te rodeaban

han desaparecido? ¿Cuándo tu misma cabeza ha sido puesta á precio?

—Madre;—contestó Kafur,—siempre seré bastante poderoso para sacrificarme por los que me aman. Mañana, al salir el sol, tu hijo será libre.

Y Kafur, como si el Profeta acabara de iluminarle, cubrióse el rostro con la capucha del albornoz, partiendo á la carrera, envuelto en un torbellino de polvo.

Esa noche llegó al aduar de Bad-el-Kebir, y sin apearse le dijo á éste.

—¿Has prometido ochenta bendikis por la cabeza de Kafur?

—Es cierto,—contestó—;Pero quién éres? La noche está oscura y apenas distingo tu sombra. ¿Porqué no entras á mi tienda?

—El tiempo corre y no espera. Convoca á los ancianos de tu tribu, que hoy será noche de regocijo para vosotros.

—¿Traes, pues, noticias de Kafur?

—Sí.

—Si no mientes, te daré ochenta bendikis y otros ochenta mas.

—Nunca he manchado mis labios profiriendo lo que no es; ni he aceptado dinero cuando es pre-

LA CINTA DE ORO

(Cuento de carnaval)

En una tarde de verano, no es muy agradable, por cierto, abandonar la cómoda posición horizontal con todos los bellos ensueños que engendra, para lanzarse á la calle en busca de emociones, sobre todo cuando uno, medio cubierto con ligeras ropas y recostado en un amplio sofá, se entretiene en saborear un cigarro y en hojear un libro á favor de la suave luz difundida en la habitación.

Pero, qué quereis, cuando estamos en pleno carnaval y los pasos de los transeúntes por las aceras, los chillidos de las máscaras y la dudosa música de las comparsas van á repercutir en las paredes de nuestro cuarto y á resonar seductoramente en nuestros oídos, no tardamos en abandonar las ideas contemplativas y el dulce reposo para mezclarnos al movimiento y bullicio general, desdeñando goces positivos para correr tras placeres imaginarios. Sin embargo, uno se arroja á la calle animado por el aliciente de la diversion;—todos esos que gritan,

rien y se mueven son felices,—se piensa,—¿por qué no he de serlo yo también haciendo lo que ellos hacen?

Pero, á poco andar, despues de haber observado algunas de las máscaras y muchos de los curiosos, notamos en éstos el aturdimiento en vez de la verdadera alegría y en aquellas quizá el dolor y la miseria con caretas de polichinela y trajes de oropel.

Despues de cruzar algunas calles, observando en todos los mismos rostros y los mismos disfraces llegamos á la de Florida, al gran corso de la calle Florida.

Una numerosa muchedumbre, apiñándose á lo largo de las aceras, se desborda y llega, en algunas partes, á invadir la calle, dejando siempre en medio un espacio para el tránsito de los carruajes. De todos lados, por el Retiro, por la calle Victoria, hácia el rio y hácia el campo, se ven gruesas y compactas masas de gente que, desfilando á lo largo de las veredas, van á converger al itinerario del corso, adornado de trecho en trecho de vistosos gallardetes, cuyas astas, en su parte inferior, sostienen escudos pintarrajeados, en la superior cañerías de gas que corren longitudinalmente y arcos de luces que se cruzan en las boca-calles.

Abajo, en las ventanas de las salas, y arriba en la balaustrada de los tapizados balcones, se oprime una multitud bulliciosa, elegante y perfumada, ávida de contemplar el desfile de los carruajes y de tomar parte en la saturnal, arrojando flores, papeles cortados en pequeñas tiras ó finísimos chorros de fragantes aguas, que saltan de los *pomitos* oprimidos por blancas manos graciosamente modeladas.

¡Cuántos poemas á través de una reja! ¡cuánta mirada chispeante! ¡cuánto deseo comprimido! ¡Y qué loco amor de un segundo, entre dos seres que nunca se han visto y que no abrigan la esperanza de encontrarse jamás!

Pero, no filosofemos; nos falta el tiempo y el derecho de hacerlo. Nuestro deber es aturdirnos, cumplámoslo dignamente.

A la hora de ocultarse el sol, vienen á reemplazarle las miriadas de llamitas de los caños, las bombas de los arcos, los reverberos de los escaparates, los faroles chinescos de los balcones y las arañas de las salas, derramando torrentes de espléndida claridad sobre [la privilegiada calle, que brillá como si durante el dia absorbiese la luz del sol para resplandecer con ella por la noche.

Recien en ese momento puede decirse que empieza el corso; la multitud ondula, se choca y se

repele, tratando de ganar los parajes mas cómodos y los puntos mas estratégicos para hacer caer la leve lluvia de los *pomos* sobre las damas de los carruajes, y los gendarmes de servicio se afanan inútilmente en contenerla, y en alinearla como un ejército en día de revista.

Todos los barrios de la ciudad, el *alto*, el *bajo*, las *cinco esquinas*, el *once*, han enviado sus representantes á aquel congreso de locura, y todas las posiciones y condiciones sociales están representadas tambien, desde el jornalero hasta el primer magistrado, desde la mucama hasta la gran señora.

Las dos filas de carruajes, que se cruzan en direcciones opuestas, se han engrosado con el contingente de muchos otros y pasan con lentitud, uno á uno, por ambos lados, tirados por soberbios caballos y conduciendo hermosísimas mujeres, en traje de fantasía, con los hombros, el pecho y los brazos desnudos, recibiendo y contestando á la incesante lluvia que cae sobre ellas, ó bien, recostadas de una manera lánguida é indolente en un ángulo del coche, se contentan con defender el rostro, interceptando el agua con una pantallita de palma ó de cristal.

Numerosas comparsas de niñas, pasan alegremente en largos carros arrastrados á duras penas por

caballos de alquiler y seguidos por una cohorte de jóvenes dandys, que se esfuerzan en tomar por asalto una plaza tan encantadoramente defendida, y diversas sociedades con trajes raros y vistosos, marchan con sus bandas de música, ejecutando piezas demasiado románticas, como las canciones que entonarán mas tarde.

Cruzando las calles, deteniéndose en puertas y ventanas, dando y recibiendo estrujones de la multitud, silenciosos ó diciendo chistes y necedades, van y vienen dominós con antifaces de seda, turcos con caretas de alambre, ingleses con narices postizas y exagerados cuellos de papel, mojígangas con vestidos ridículos, y aldeanos ideales de países que no existen.

El agua sale de todos puntos y cae en todas partes: se entablan deliciosos diálogos á media voz, frases entrecortadas, suspiros inapercibidos, ligeros apretones de manos, miradas enloquecedoras.... ¡qué confusion y qué bullicio!...chillidos, carcajadas, saludos, músicas, estruendos, y, siempre dominándolo todo, mujeres deslumbradoras que llegan, pasan y se alejan, como las visiones de un hermoso sueño.

¡Oh Dionysos! ¡Oh Eros! ¡Oh Afrodita! La Grecia no ha muerto y la Roma de la decadencia ha

encontrado imitadores á través de la civilizacion y del tiempo, solo Psiquis, la pálida Psiquis, ha velado su antorcha inestinguible.

*
* *

Bosquejado á grandes y toscas pinceladas, ese es el cuadro que presenta el corso en Buenos Aires, durante los cuatro dias que dura; si visitamos los bailes de los teatros, encontraremos algo mas; quiero decir, algo menos: aquí no hay apariencias de pudor.

En todos se ven escenas análogas; la concurrencia es siempre la misma, espectadores ó indiferentes y bailarines. Los primeros pertenecen al sexo masculino y son muy escasos; los segundos pertenecen á los dos y se dividen en igual número de clases: los que pagan y las que aceptan.

Hacer una conquista con la esperanza de obtener un favor cualquiera á costa de una cena, ó, más frecuentemente, de una copa de Bieckert, es el exclusivo objeto de los hombres.

Conquistarse una cena ó su equivalente en cambio de una promesa, es el fin que llevan las mujeres.

El baile es simplemente un medio para ambos y

supongo no sereis tan indiscretos que querais saber si consiguen lo que se proponen.

Danzan las parejas mezclándose y oprimiéndose, haciendo contorsiones, gestos y señas, mas ó menos libres, y casi nunca de buen gusto.

La ardiente imaginacion de un poeta que, como la vara sagrada, hace brotar el agua de la roca, ha creído ver Margaritas y Julietas, Faustos y Romeos, Sífides Gnomos allí donde solo van disfraces sin nombre, de vivos colores y de formas vulgares, que no traen ni un recuerdo á la memoria.

Pero veo que me he estendido en digresiones, sin hablaros nada de Eduardo Kreuser, protagonista del curioso episodio que os voy á referir de la manera mas sencilla que me sea posible.

Era como de 23 años, alto, delgado, pálido y rubio; calavera completo; mas escéptico y disipado que cualquier otro.

Quería á las mujeres, se burlaba del amor y se fastidiaba siempre, á tal punto que cuando llegó el último dia de carnaval del año pasado, estaba firmemente resuelto á poner término á todo, suicidándose. A pesar de eso, quiso despedirse cumplidamente de nuestro pequeño mundo y fué al baile de la Opera, mas alegre y animoso que de costumbre.

Allí encontró á muchos de sus camaradas, que le preguntaban, estrañados de verle tan jovial:

—¿Qué tienes, Eduardo? ¿Te ha tocado la lotería?

Y él contestaba sonriendo:

—Es que la felicidad consiste en uno mismo. Cada cual puede ser dichoso cuando quiere, suprimiendo la desgracia.

Los otros le dejaban, haciendo un mohin de duda, y Kreuser, reanudando un interesante diálogo, concluía por entregarse, en brazos de alguna máscara, al torbellino de un vals.

Imposible es imaginarse todos los excesos que cometió esa noche:

A las cuatro de la mañana, con el rostro desencajado y los ojos hundidos, salía á cumplir su resolución, y siguiendo la calle Caugallo se encaminaba hácia el muelle, llevando el sombrero á la nuca, la corbata á un lado y la camisa desprendida. Algunos transeuntes de aspecto trasnochado encorbándose por la fatiga ó dando traspiés, tropezaban con él, que seguía indiferente su camino.

Al llegar á la calle Esmeralda, se detuvo antes de atravesar á la acera de enirente, para dejar

paso á un carruaje descubierto que, al lento trote de los caballos, iba en direccion al norte.

Distraído fijó en él la vista y notó con estrañeza que conducia una muger, vestida con dominó azul y medio cubierto el rostro con un antifaz negro.

En el acto, olvidándose de su fúnebre proyecto y saltando de la vereda á la calle, sin reflexionar en lo que hacia, gritó al cochero se detuviese. Este, en vez de obedecerle, sacudió un latigazo á los caballos que partieron al galope y Eduardo quedó en medio de la via, inmóvil como una estátua, sin saber lo que le pasaba.

Pero de pronto se estremeció; la dama habia hecho una seña al auriga y el carruaje se habia parado, casi en mitad de la cuadra; entonces pudo ver perfectamente que el rostro de ella se volvía hácia él.

No quedaba otro recurso que avanzar, y Kreuser, sin embargo de su inmensa audacia, se acercó á la portezuela turbado como un novicio y confundido por resolucion tan inesperada.

La dama le miraba fijamente como invitándole á que hablara, pero Eduardo apenas pudo tartamudear algunas frases de escusa.

—Señora....espero se sirva disculparme....yo creía....

—Parece que V. se ha equivocado, caballero,—dijo ella para ayudarle á salir del paso; pronunciando esas palabras con voz tan suave y acariciadora que acabó de dominarlo por completo.

—Es verdad,—contestó,—me he engañado; me pareció que era V. una persona conocida y como iba hácia Potosí....

—¿Luego V. vá?... .

—En efecto, señora, voy á esa calle.

La desconocida la invitó á subir, y él, cada vez mas admirado, se sentó frente á ella y permaneció, como en éxtasis, contemplándola.

El carruaje partió al trote largo.

Eduardo devora con la vista á su compañera, descubriendo siempre nuevos encantos en las formas esculturales que se modelaban bajo los pliegues del dominó, y olvidándolo todo en la contemplacion de aquellos contornos mórbidos y voluptuosos.

Durante el corto trayecto no hablaron una palabra ni se cambió una sonrisa.

Cuando se detuvo el coche, el jóven, tornando á la realidad, comprendió el rol estúpido que habia desempeñado y confundiéndose en excusas bajó,

se detuvo en el cordón de la vereda y la envió un saludo envuelto en una suprema sonrisa; élla, inclinando graciosamente su hermosa cabeza, dejó deslizar el brazo hácia fuera del carruaje, en el instante en que éste partía, arrastrado por los fogosos caballos.

Eduardo la miró alejarse y después, desviando la vista al suelo, observó un objeto brillante cerca de sí y recogiénolo, cercioróse de que era un magnífico galón de oro, que formaba la mitad de un lazo; era parte del mismo que un momento antes ornaba el dominó de su compañera.

Los primeros rayos del sol empezaban á teñir de rojo las cúpulas de las iglesias y las flechas de las torres, cuando Kreuser penetraba á su casa, medio loco de dolor y de alegría, oprimiendo entre sus manos el dorado trozo de cinta.

Durante muchas noches consecutivas asistió á todos los bailes á todos los paseos, á todas las reuniones, sin encontrar en ninguna parte á su bella desconocida y sin que nadie pudiera darle datos acerca de élla.

Llegó por fin la noche del *entierro del Carnaval* y Eduardo entraba á su habitación, inconsolable y desesperado, decidido á realizar su antiguo proyecto. La pieza estaba á oscuras y, al encen-

der un fósforo, notó el bulto de una persona que se destacaba junto á la cabecera de su lecho.

Interrogóla y como no contestara sacó un revolver y amartillándolo rápidamente con la mano derecha que le quedaba libre, avanzó teniendo el brazo armado, estendido en direccion al bulto.

Al hallarse cerca de él hizo un movimiento y arrojó un grito:

—Ella! Es élla!—exclamó.

En ese instante la luz del fósforo espiraba entre sus dedos y la mano derecha, contraída por una tension nerviosa, apretaba el gatillo del arma, haciendo resonar un tiro.

No se oyó ni un gemido, pero un segundo despues podia sentirse el choque de un cuerpo pesado cayendo sobre el pavimento.

Casi en el acto, saliendo de las habitaciones inmediatas, aparecieron numerosas personas trayendo luces. Levantaron á Eduardo que estaba tendido sin conocimiento sobre el suelo y cuidadosamente le colocaron en el lecho.

A la siguiente mañana, cuando se sintió mejor y supo lo que habia pasado, bendecia el suceso.

La dama del dominó azul, que él habia encontrado en su cuarto, era un muñeco, puesto allí por varios de sus amigos con la intencion de cau-

sarle una sorpresa; una inocente sorpresa de carnaval.

En cuanto al dominó, era el mismo que llevaba aquella, de quien él tenía la dorada prenda.

Le revelaron quien era y mas tarde, no queriendo restituir á su dueña la bendecida cinta, fué necesario buscar un medio conciliador, para unir ambos fragmentos, de un todo tan precioso.

Esa es la anécdota. Decidme si álguien no ha encontrado en carnaval, donde tanto se pierde, alguna otra mitad de otro dorado lazo.

.



HISTORIA DE UN PARAGUAS

I

Hace pocos años, trasladando en uno de los cementerios de Baltimore, parte del contenido de una fosa comun, á otra recientemente abierta, se encontró dentro de una vieja y carcomida caja mortuoria un enorme y extraño paraguas, descolorido y agujereado, con la particularidad de no haber cadáver alguno en el ataúd, ni restos ó indicios que autorizasen suposiciones al respecto.

Con este motivo se hicieron numerosos y absurdos comentarios y los periódicos yankees inventaron las fábulas mas estupendas.

Muchas buenas gentes, tan piadosas como poco sensatas, creyeron y divulgaron que tal mueble y en tal sitio y condiciones, no podia ser otra cosa que el cuerpo de alguien fallecido en pecado mortal y transformado en paraguas por la voluntad de alguna potencia maléfica.

Esta ridícula version fué la mas generalmente aceptada, quizá por su carácter maravilloso, y en

las noches de invierno, cuando la lluvia ó la nieve descenden sobre el árido suelo, la familia agrupada alrededor de la llama del hogar, escucha en silencio, con temor y curiosidad, la historia del hombre maldito, narrada por el mas anciano de la reunion.

Así fué como supe la noticia del encuentro del paraguas, epílogo en la narracion que voy á hacer, de sucesos que á él se refieren y en los que, desgraciadamente, me tocó ser uno de los protagonistas.

II

Gran tempestad se habia desencadenado esa noche sobre Baltimore. Una inmensa nube negra cubria el firmamento, rasgada á intervalos por relámpagos deslumbrantes á los que seguia el pavoroso estallido del rayo; las ráfagas barrian las desiertas calles apagando la oscilante luz de los faroles y produciendo lúgubres silbidos al chocar en las esquinas de los muros, y los rugidos del mar venian á unirse á este horrible concierto, mezclándose, al choque de las olas, algo como lamentos arrastrados por el huracan desde una parte lejana.

A fé de yankee, jamás habia visto una tormenta igual desde diez años á esa fecha, y probable-

mente la gran columna de Washington iba á ser derribada en esa noche terrible. ¡Pobres pescadores! ¡pobres marinos!

Yo corria por una acera con la esperanza de llegar á mi casita, situada cerca de la playa, antes de que empezara á llover. El polvo cegaba y los golpes de viento me hacian vacilar, dificultándome la marcha; sin embargo, esforzándome, conseguí llegar al portal de mi habitacion; saqué la llave del bolsillo, la introduje á tientas en el agujero de la cerradura, abrí la puerta y entré al angosto zaguán que tanto conocia, donde estaba situada la escalera. Detúveme un instante para dejar paso á una violenta bócanada de aire venida desde arriba y en seguida trepé por aquella especie de túnel ascendente, saltando los peldaños de tres en tres.

La escalera terminaba en una pequeña plataforma, dando acceso á la pieza en que yo vivia acompañado de Nathaniel Storn, mi condiscípulo y amigo de la infancia.

Habitábamos en una casa de huéspedes y nuestro cuarto era el mas vasto de todos, siendo el único que por su situacion tenia una espléndida vista sobre el mar; reducíase su mueblaje á dos lechos con sus correspondientes veladores, en un

estremo; en el otro una elegante chimenea de mármol rojo y un gigantesco caballete de pintura cerca de un diminuto aparato telegráfico; en el centro una larga mesa oblonga cubierta de libros, papeles, instrumentos de diversas ciencias y rodeada de sillas; adornando las paredes infinidad de croquis, mapas y cuadros, entre los que descollaban dos magníficos retratos representando á los héroes de la guerra de los siete años: Washington y Lafayette.

Llamé, pues, á esta segunda puerta y oí á Nathaniel que decia desde dentro:

—¡Ah! eres tú, James; voy al momento.

Descorriéronse los pasadores, entreabriéronse las batientes y apareció mi amigo en el dintel, destacándose su silueta en el fondo iluminado de la pieza.

Hice un movimiento para entrar, pero me contuvo y quedó en actitud de imponer silencio, con el índice sobre los labios.

—¿Ocurre —algo? interrogué,—ó deseas simplemente pasar esta hermosa noche en el corredor?

—Escucha,—me contestó;—¿no oyes esos golpes que se repiten de tiempo en tiempo?

—En efecto, son las hojas de la puerta que el huracan hace chocar. En la prisa por guarecerme de

la tormenta, he descuidado cerrarlas, pero, bajo á hacerlo.

Nathaniel volvió á entrar y yo descendí á saltos, para demorarme lo menos posible.

Llegué, cerré una hoja y en el instante en que iba á entornar la otra, un resplandor vivísimo é instantáneo, una detonacion violenta y ensordecedora, el estremecimiento del suelo y la conmocion del edificio me hicieron caer, dejándome ciego, aturdido y espantado, Pero, de la misma duracion que la causa fué el efecto; levantéme rápidamente; eché llave á la puerta, dejándola en la cerradura y saltando sobre los éscalones, me encontré en el umbral de mi habitacion; habia subido de un solo impulso, no sé cómo, sin mirar á ningun lado, con la desesperacion, rapidez y aturdimiento de un gato acosado que se refugia en la copa de un árbol.

Me apoyé contra el marco para tomar aliento y ví á Storn, que, de pié junto á la mesa, acercaba á la luz una tirilla de papel; estaba rígido, lívido, desencajado; la vista estraviada, fija en la blanca cinta que tenia en la mano y acercaba á la lámpara.

No pude contener una exclamacion de sorpresa; al oirla, se estremeció como si le hubiesen puesto en contacto con una bateria voltáica y mirándome con espresion despavorida, sin moverse de su sitio ni

cambiar de postura y sin notar, al parecer, nuestra posición extraña, me preguntó con voz perfectamente tranquila, que contrastaba con la alterada expresión de su semblante:

—¿James, crees que esto está en el orden natural?

—No hay nada sobrenatural, —me apresuré á contestarle, sin entender lo que quería decirme.

—Es muy extraordinario y á pesar de mi voluntad debo obedecer el mandato.

Guardé silencio, sin saber á qué atenerme, dudando del sano juicio de mi amigo.

—Bien sé,—continuó, como hablando consigo mismo,—que las nubes no son inteligentes; mas, una fuerza como la electricidad puede, sia darse cuenta por supuesto, formular un pensamiento fácilmente inteigiible y aun abrigo la esperanza de que el paraguas me haya sido reservado para alguna empresa de magnitud.

Yo habia entrado, situándome frente á él, en la parte opuesta de la mesa.

—Querido Nathaniel,—dijele suavemente,—¿ qué significa todo eso que estás hablando?

Guardó silencio y se estremeció. En seguida, como si reaccionara sobre sí mismo, sentóse y con un ademán tranquilo me indicó cerrase la puerta, agregando:

—¡Qué cosa tan complicadamente sencilla! Hazme el servicio de acercarte.

Nos sentamos juntos, frente á frente.

—¿Cuando bajaste,—continuó,—qué efecto te produjo ese rayo que acaba de caer?

—Imposible me seria explicártelo; creo que perdí el conocimiento.

—A mí me ha sucedido mucho mas; hacía imprudentes esperimentos en nuestro pequeño telégrafo, cuando empezaron á desprenderse del alambre conductor numerosas chispas azuladas y casi en el acto estalló una espantosa detonacion, quedando iluminada la pieza con una luz tan viva como la del sol, però de un color azulado tambien, debido quizá, al oxígeno del aire. Cuando me pasó la sofocacion producida por la descarga eléctrica, me aproximé al aparato receptor y quedé estupefacto al ver que en la tirilla de papel se habian impreso una série de rayas y puntos representando letras, perfectamente coordinadas para formar palabras ó iniciales de ellas. . . . Toma la prueba, léela y dime si no es como para enloquecer.

—Cogí el papel, lo examiné y por un rato permanecí atónito.

—Nada comprendo—le dije;—sabia que las tempestades suelen producir trazos y puntos disparata-

dos, en los receptores, á los que se les llama *despachos de rayo*, pero nunca he oido decir que hubiesen llegado á formar palabras, como en este extraordinario caso, ni siquiera á diseñar una sola letra. En verdad esto no es maravilloso, pero sí muy casual.

—Hay mucho mas, James, el hecho en sí mismo no tiene nada de inesplicable, pero lo asombroso es el significado de las palabras. Fíjate bien,—prosiguió cogiendo un lápiz,—he aquí el telégrama tal cual es: *Umbre, street, night, n. s.* ¿Qué interpretacion le dás?

—Ninguna,—contesté.—Las únicas que veo claramente son *street, night* (calle, noche) pues la primera no sé que exista en inglés y las dos letras finales nada representan, salvo que sean la abreviatura, por otra parte bastante usada, de *new style* (estilo nuevo.)

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—No recuerdas algun nombre que empiece así:
umbre

—¡*Umbrella!*—exclamé.

—Vaya, murmuró sonriendo, no tienes perspicacia. ¿Acaso hay en inglés otra palabra que empiece por esas dos sílabas?

—Tienes razon ¿pero N. S?

—¿No sabes cómo me llamo?

—Nathaniel Storn; respondí sencillamente, tontamente si se quiere.

—¡Y bien!

—Y bien, confieso que soy demasiado torpe.

—Si es lo mas sencillo!

—Y sin embargo, me parece lo mas difícil.

—Lo creo, James, pues se necesita ser loco de nacimiento como yo, para descubrir ciertas cosas que escapan á las inteligencias mas sólidas.

—Amado Nathaniel, no vuelvas á hablarme de eso porque llegaré á creer que tienes la mas extraña de las manías: la de creerte demente.

—¿Vas á negarme ahora los efectos fatales de la herencia?

—Nunca he notado nada en tu padre.

—Era epiléptico.

—¿Y tu madre?

—Indudablemente era cuerda; pero, en esa línea, mi abuelo era coreico y no ignoras que á la corea se le ha llamado la locura de los músculos.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho. Son neurosis y éstas como todas, se transmiten bajo una ú otra forma al engendrar al individuo y solo á un conjunto de felices circuns-

tancias, se debe el que permanezcan en estado latente en algunos miembros de familias atacadas de insanía.

—¿Y por qué no te cuentas entre este número?

—¡Bah! porque tengo algo de escrofuloso y mis excentricidades aumentan en primavera.

—¿Sabes que casi me has convencido?

—¿De qué?

—De que estás loco.

—Loco yo? ¿Quién se atreverá á decirlo?

—Vaya, hermano, ¿te burlas ó realmente has perdido el juicio?

—¿Pero de dónde sacas esa deducción?

—De todo lo que me estás diciendo, y sinó ¿qué es lo que has querido probarme?

—¿Yo? Que no estoy loco ni cuerdo.

—¡Ah! volvemos á lo mismo! no hablemos mas de eso, te lo ruego, querido Nathaniel.

—Ya concluyo: teóricamente, entre la razon del comun de los hombres y la locura, hay una línea divisoria, un término medio, una zona fronteriza, que es, respecto á ésta, como un rayo de luz que separase la sombra de la penumbra. Una línea mas arriba, la inteligencia vulgar, la penumbra; una línea mas abajo, la locura, la sombra.

—¡Ves! un relámpago, . . . otro rayo!

—¡ Otro rayo!

—¡ Qué tempestad! ¡ Qué horrible tempestad!

—James, quiero ver el mar

—Y Storn, corriendo hácia el balcon, abrió el postigo de una de las puertas que daban á él; unió el rostro á los cristales y miró. Le imité y por un momento nada vimos, hasta que allá á lo léjos, donde parece que terminan las aguas y empiezan los cielos, brilló un relámpago que tiñó el horizonte con una luz rojiza.

—Ves,—me dijo,—Mary me ha dado una flor, que tiene un perfume análogo al color de este relámpago.

Pensé tristemente en el estado de Nathaniel y el corazon se me oprimió y me ahogaron los suspiros.

Cerró los postigos diciéndome:

—¿ Qué tienes? ¿ Te has puesto malo?

Iba á responderle, pero continuó:

—Ah! ya sé; te opones á mi partida, la siento tanto como tú, mas ¿qué hacer, si es fatalmente necesaria? Convéncete de que no puedo desobedecer el telégrama, que ahora recuerdo no te he explicado aun. Mira, lo sé de memoria. «Paraguas (*umbrella*), calle, noche, Nathaniel Storn;» lo que quiere decir simplemente:

» *A Nathaniel Storn.*—*Sali á la calle estad noche con el paraguas. ¿Qué te parece?*

—Que tu interpretacion es tan sencilla como arbitraria. Y aun suponiendo fuese la única posible, te considero suficientemente cuerdo para no cumplir al pié de la letra, órdenes imaginarias de una personalidad mas imaginaria aun.

—Querido James, viendo que no me será posible convencerte, doy por terminada la discusion. Esta noche, dentro de una hora, saldré á la calle con el paraguas; no trates de impedirlo, porque entónces el asunto concluirá de un modo desagradable.

Y en seguida, como arrepintiéndose de lo que acababa de decir, añadió dulcificando la voz:

—Te ruego por lo que te sea mas querido, que no intervengas para nada en esto; ya lo ves, voy contra mi voluntad.

—¿Pero, cómo es posible?

—Si, hermano, en este momento siento una cosa estraña: dentro de mí hay dos fuerzas totalmente opuestas que me causan un malestar indecible, haciéndome cometer acciones que conozco no son razonables ¡te repito que voy contra toda mi voluntad!

—Quédate, pues.

—Te he dicho que no puedo: no estaría tranquilo sino cumplierse el telégrama.

—¿Y dónde piensas ir en una noche como ésta?

—¡Quién sabe! Espero que algo me ha de suceder luego que baje. Tengo miedo de salir y sin embargo....

—Nathaniel, exclamé alarmado, estás enfermo, voy á llamar el médico.

Abrí la puerta y corrí á la escalera, mas, antes que pisara el primer peldaño, sentí que me asía por detrás, gritándome:

—Si vas me mato ¿crees que estoy loco?

Y sacudiéndome con violencia, me dijo:

—Ya lo has oído; anda ahora.

Soltóme y volvió á entrar.

Quedé perplejo sobre la resolución que habia de tomar é inmensamente afligido al ver el estado de Nathaniel, pues ya no me quedaba duda de que su razón estaba perturbada.

Pensando en que por lo pronto seria mejor distraerlo para que olvidara la hora y con ella la partida, entré esforzándome por aparecer algo tranquilo y buscando una idea que fuera bastante poderosa para preocuparle.

En ese momento acababa de desplegar el enorme paraguas que desde hacia no sé cuanto tiempo,

había estado lleno de polvo y telarañas, tirado en un rincón, y se paseaba con él, ensayando el mejor modo de manejarlo; éra uno de esos perfeccionados, de los que tantos se fabricaron y tan gran boga obtuvieron á fines del siglo anterior. Tenía un puño de vidrio para aislar la electricidad y en la parte superior una varilla metálica, comunicando con el suelo por medio de una larga cadenita de cobre.

—¿Con que me abandonas, Nathaniel? le dije—
¿Te separas sin motivo de mí, de tu compañero, de tu hermano? ¿De qué sirve entónces la amistad?
¿Ya no recuerdas todos los dolores y todos los placeres que hemos compartido?

—Mira, hermano James, esto se ha dicho: *el hombre es libre como el pájaro en la jaula*. ¿Qué quieres pues? yo nada puedo. A la amistad no le es dado impedir lo que fatalmente ha de verificarse.

—¿Y al amor? ¿Crees que partirías si Mary te suplicara que te quedases?

—¡Oh! James, no eres mi amigo cuando has pronunciado esa terrible palabra: la has nombrado á ella, cuando no abrigo la esperanza de volverla á ver... Y te perdono; te perdono para que mi ódio no atenúe tus remordimientos.

Al decir esto último corrió á la escalera, des-

cendió, y con una rapidez asombrosa, antes de que hubiera podido detenerle, abrió la puerta, se lanzó á la calle.

Me precipité trás él.

La tempestad, en toda su plenitud, formaba un estruendoso concierto de rugidos; los relámpagos relumbraban y las sombras, mas tenebrosas aun por el contraste, eran impenetrables á la mirada.

Empujado, arrastrado por el huracan, fuí á dar hasta la esquina de una calle inmediata y allí, escudándome con la pared de un edificio, al abrigo del viento, traté en vano de sondear con la vista la oscuridad que me envolvía.

De repente, á favor de una exhalacion, ví una cosa oscura que balanceándose en el aire, de una á otra acera, descendía la calle en direccion á Broadway, cualquiera la hubiera creído un murciélago con su vuelo torpe é incierto, pero yo no dudaba que era Nathaniel asido al paraguas y arrebatado por el vendabal.

Gritéle y mi voz ahogada por los estrépidos de la tormenta se confundió á ellos. Quise correr para alcanzarlo, pero el viento y la oscuridad me impidieron hacerlo.

Un segundo relámpago se produjo, alumbrando

la calle limitada por casas de aspecto desolado ; estaba imponente y desierta.

Sintiendo que empezaba á llover con fuerza busqué refugio en una casa órcana, pues me era imposible llegar á la nuestra. Solo y desesperado sentéme sollozando en un extremo del pórtico, repitiendo, casi inconscientemente, las palabras citadas por Nathaniel: el hombre es libre como el pájaro en la jaula.

III

Pasaron cuatro meses sin que tuviera ninguna noticia de mi amigo, á pesar de todas las indagaciones que hice.

Una hermosa mañana hallábame sentado en el balcon, al sol, aspirando la pura brisa del mar. Hojeaba el último número del *Scientific American*, fumaba en mi gran pipa y bebía largos tragos de té, alternados con succulentas tajadas de sandwiches, con la misma aparente satisfaccion y tranquilidad de un honrado comerciante que ha hecho fortuna. Mas, mi pensamiento lejos de todo eso, se ocupaba en reflexionar sobre Nathaniel, tratando de darse cuenta de la verdadera causa de su extraño viaje y de su situacion actual, dado

caso de que viviera aun, como mi corazón se obstinaba en creerlo.

A ser así, á no engañarse el cariño en su preciencia, Storn no tardaria en regresar.

¡Pero, qué desengaño le estaba reservado! ¡Siempre la misma historia del amante lejos de su amada! Mary, su novia, ofendida por su brusca desaparicion habia ido cediendo poco á poco, á las sollicitaciones de un jóven elegante, Humphry Jackson, que sabia hacerse el lazo de la corbata mas perfectamente que Nathaniel, y todos mis consejos y disculpas, todas mis súplicas y reproches, fueron impotentes para reavivar las cenizas de la pasion estinguida.

Meditando sobre todo eso, pensé que el amor no es mas que una estupidez sublime; vasallaje que rendimos á esa ley natural que ahoga la razon en una impetuosa oleada de afectos y de instintos.

Repetidos golpes en los cristales de la puerta interrumpieron mis reflexiones. Arrojé brusca-mente el periódico y levantéme dejando caer la taza que tenia en la mano, en la precipitacion por acudir á la puerta; qué emocion al abrirla! Algo me anunataba la vuelta de mi amigo.

Desgraciadamente, esta vez no se realizaron los

presentimientos, solo apareció la derrengada figura del cartero que, sacando un billete, leyó en el sobrescrito, en alta voz, mi nombre y las señas de mi domicilio, á pesar de conocerme; entregóme la correspondencia y desapareció.

Rompí la cubierta y de mala gana desdoblé la epístola, pero al mirar la firma quedé gratísimamente sorprendido, pues no me habia engañado al creer que era Nathaniel quien venia á visitarme.

La carta estaba fechada en Annápolis y decia así:

«Querido hermano James:—Despues de nuestra violenta separacion, hasta la fecha, me han acontecido sucesos á los que espero no darás crédito. Figúrate que la noche esa, el paraguas, cuya estremidad superior recordarís era de metal, se habia adornado con un hermosísimo fuego de San Telmo que me servía de auréola, ya que no de antorcha; si vieras qué oscuridad y qué viento!—puedo garantirtte que son demasiado duras las paredes de Baltimore».

«Al llegar á Broadway, sobrevino un relámpago, brillante sobre toda ponderacion, en seguida.. no sé lo que pasó, pues cuando pude darme cuenta de lo que sucedia, me encontré—¡no te rias!—sentado en el suelo de un país estraño, al que

alumbraba un astro de colosales dimensiones, mucho mas resplandeciente que la luna y algo menos que el sol.»

«No podrss imaginarte, ni yo describirte, la sensacion de espanto y asombro que me sobrecogió al contemplarle; créeme que sin dificultad reconocí en él la Tierra, pues la masa deslumbrante del continente americano, se destacaba con precision sobre el fondo oscuro de los mares. ¿Te acuerdas cuántas veces en el colejio, recorriámos en el mapa, sus contornos accidentados? Yo he sido el único que ha tenido la dicha de contemplarlos de una sola ojeada, desde el mar de Kane hasta las tierras antárticas, unidas al reluciente casquete del polo».

«Como ves, de esas palabras se desprende que he sido un terrígena emigrado, que se encontró fuera de su planeta, por la influencia de una fuerza natural. Así como la electricidad desarrollada por el roce en una barra de resina, por ejemplo, atrae los pedacitos de papel y otros corpúsculos, así la inmensa cantidad de aquel fluido, acumulado en las nubes de esa noche, me ha soliviado transportándome casualmente á un bólido que gira al rededor de la Tierra, fuera de los límites de la atmósfera, como puedes comprender. ,La fuer-

za de atraccion ha sido tan inmensa que ha pasado mas allá del punto atrayente y caido en este pequeño satélite rodeado de una densa atmósfera; el paraguas me ha prestado importantes servicios en su calidad de paracaidas.»

«Cuando tengamos ocasion de vernos, que espero será bien pronto, aclararé muchos puntos que ahora te parecerán oscuros, á causa de la brevedad de ésta.»

«Paso en seguida para Washington á ver al Jefe del Observatorio Nacional, á fin de que me permita examinar los cielos con el nuevo y magnífico refractor, construido recientemente por Chance. Una vez comprobada la existencia y fijada la situacion de mi astro, que no llevará ninguno de nuestros nombres, volveré á darte un abrazo.»

«Digo que no llevará ni tu nombre ni el mio, porque estoy completamente desengañado de la gloria y de otras miserias mas ó menos doradas no hay *renombre inmortal* que alcance un paso en la medida de lo infinito ó que dure un segundo en el reloj de lo eterno; por esa via no se llega á la felicidad, pues con todos nuestros progresos materiales no seremos ni mas ni menos dichosos que al principio, mientras la union, la igualdad, el amor.... en una palabra, la virtud, que es

la verdadera gloria, no sea un hecho sobre la tierra.»

«Veo que ésta digresion, que podría no ser pertinente, pero sí muy exacta, me ha hecho olvidar que estoy de prisa; por lo que con disgusto se separa de tí,—por ahora, tu hermano—*Nathaniel*.»

«P. D.—A Mary no le digas nada, pues quiero sorprenderla. Pronto podré realizar lo que tantas veces con élla he soñado.—Un apretón de manos á todos los conocidos.»

Esta carta me llenó de desconsuelo, pues veía que la locura de ideas de mi amigo, iba adquiriendo cada vez mayor intensidad. Volví á leerla por segunda vez y no me cupo duda de que se hallaba en Baltimore; quizá en ese momento estaria en casa de Mary, quizá venia á mi encuentro.

Preocupado con este pensamiento corrí al balcón y miré en todas direcciones, pero no pude distinguirlo entre la multitud que pululaba en la calle. Impacientado por su tardanza, tomé el sombrero y salí para ir á casa de su amada, donde estaba seguro de hallarlo.

Tanta era mi precipitacion por llegar, que no sé cómo no fuí atropellado por algun carruaje, ni menos cómo no se originó algun incidente con los transeuntes en quienes tropecé.

Cerca ya del término de mi camino, recibí una sacudida tan violenta, que me hizo retroceder tambaleando; casi al mismo tiempo, un hombre me abrazaba diciéndome:

—¡Hermano!

—¡Nathaniell! exclamé, ¿dónde has andado?

—Vamos, apresúrate, corramos á casa, contestó tirándome del brazo y pretendiendo arrastrarme.

—¿Pero, por qué tienes tanta prisa? Estoy apartado de tí durante cuatro meses en que apenas si me escribes una sola vez y ahora, despues de todo eso, quieres que eche á correr?

—¿Llevas ahí la carta?

—Sí....

—Dámela pronto, pronto.

Se la entregué, por no contrariarle á causa del estado de su cerebro. La tomó y poseido de un temblor febril la hizo pedazos.

Dí un grito de asombro y le pregunté:

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás herido? Tus manos tienen sangre!

—¡Corramos! repitió. Pero no pudo ejecutar la accion espresada por la palabra. Una mano, cayendo rudamente sobre su hombro, le sujetó y una voz ronca, un tanto emocionada nos dijo:

—Presos, en nombre de la ley.

Era un agente de policia.

No intentamos desobedecerle.

Nos rodeaban muchos curiosos. Yo estaba confundido, alelado, mirando con asombro á Nathaniel, que sereno, impassible, con las manos en los bolsillos y el sombrero á la nuca, contemplaba un carro volcado en un extremo de la calle, con tanta naturalidad que se le hubiera creido ageno á lo que sucedía

Dos agentes mas, llegaron corriendo seguidos por una muchedumbre de pilluelos, y despues de hablar con el que nos había detenido, nos encaminaron á casa de la autoridad inmediata.

Las gentes se asomaban á puertas y ventanas, y parábanse en las bordes de las aceras, formando grupos en las esquinas de la calle, para vernos pasar.

Tardamos muchísimo, pues me parecia que nos hacian andar muy despacio. Cuando llegamos fuimos separados y encerrados cada cual en una pieza, prévio registro.

Al corto rato se me llamó y comparecí ante el funcionario que levantaba la indagacion del hecho.

Preguntóme nombre, ocupacion, domicilio y otros preliminares.

Tranquilizado ya, respondí á todo sencilla y

claramente y en seguida mostrándome un puñal que estaba sobre una mesa, me preguntó:

—¿Conoce V. esta arma?

—Sí, contesté.

—¿De quién es?

—Mia.

—¿Tenia V. relacion con Jakson?

—Lo conózco de vista.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Cinco meses, mas ó menos.

—¿Es V. amigo de N. Storn?

—Algo mas, tengo derecho á ser su hermano, pues siempre hemos vivido juntos.

—¿Hasta la fecha?

—No; hasta hace cuatro meses. El partió y hoy en este momento, acabo de encontrarle.

—¿Por dónde han andado ustedes?

—Vuelvo á decirle que, en el momento en que nos condujeron aquí, salia de mi casa y casualmente me encontraba con él, despues de todo el tiempo de su ausencia.

—¿Y á dónde habia ido?

—No lo sé.

—¿Cómo sabia V. cuándo y á qué horas debia llegar?

—Recibí una carta en que me decía lo espe

rara de un momento á otro; estaba fechada en Annápolis, pero no puedo asegurar que allí haya pasado ese tiempo.

—¿Y esa carta?

—No la tengo.

—¿Qué hizo V. de ella?

—Me la pidió y la rompió.

—¿Porqué?

—Lo ignoro; no tenia nada de importancia.

—¿Cuándo la rompió?

—Recien.

—¿En presencia de los agentes?

—Un momento antes.

—Pues su declaracion es sospechosa, y hay muchos puntos oscuros que es necesario esclarecer.

—Si me lo permite,—le repliqué, voy á narrarle todo, con verdad y precision; usted juzgará.

—Le escucho, advirtiéndole que no me refiera nada que no pueda probar, pues seria inútil.

—No es otra mi intencion, díjele, y en seguida espuse con toda claridad lo que habia pasado entre nosotros. Cuando hube concluido, mi interlocutor permaneció silencioso y meditabundo; la posibilidad de que Storn pudiera estar loco le preocupaba.

Al fin, dirigiéndose á un gendarme que estaba en la puerta esperando órdenes:

—Que traigan al otro, le dijo.

Y volviéndose á mí:

--Puede V. quedarse para oír el interrogatorio, pero á condicion de no hablar.

Obedecí y á poco rato regresó el agente conduciendo á Nathaniel. Al ver á éste no pude contener las lágrimas; un mundo de recuerdos pasó por mi memoria y el presente me pareció espantoso. ¡Si á lo menos hubiera sabido de qué se le acusaba!

Me miró con indiferencia y, afectando no haberme visto, avanzó hácia el magistrado y sin esperar á que le interrogase:

—Me llamo Nathaniel Storn y soy el asesino,—le dijo tranquilamente.

—¿Confiesa, pues, haber dado muerte á Humphry Jakson?

—Ya lo ve V., no lo niego.

—¿Qué motivos tuvo para obrar así?

—Como eso corresponde á los jueces, declaro que no le diré una sola palabra mas. Soy el único culpable, estoy convicto y confeso; proceda V. como crea de su deber.

—¿Es suyo ese puñal?—preguntó el funcionario desentendiéndose de lo que acababa de oír.

Storn no contestó.

Repitiósele la pregunta, pero como se obstinase en guardar silencio, el agente volvió á llevarlo á una seña de su jefe.

—Es mas cuerdo que nosotros,—me dijo éste, luego que quedamos solos.

—¡Si está loco!—exclamé desesperado;—es que oculta su manía.

—Pero eso no es creible,—contestó sonriendo, ¿Cómo puede un demente conocer que lo es? De todos modos, los jueces decidirán eso; en cuanto á V. voy á indagar si es cierto lo que me ha referido, para si es así, como lo espero, dejarlo en libertad.

—Ante todo le suplico, me permita hablar con él.

—Imposible.

—Envíeme como culpable, si lo desea, pero no me prive de verlo ahora, cuando necesita de consuelo; ahora que lo ha confesado todo.

Titubeó un momento y despues dijo al gendar-me:

—Pueden hablar un cuarto de hora, nada mas; esté V. presente.—Y salió.

Fuí conducido al encierro de mi amigo, donde habia un banco largo en que estaba recostado. Al verme se levantó y corriendo á abrazarme:

—James,—me dijo, llorando y estrechándome,—
¿es verdad que he muerto á un hombre?

—Mentira; no eres tú, hermano.

—¿Serás acaso?

—Sí, pero la culpa es de la fatalidad; el instru-
mento no es responsable.

—¿Y porqué estamos aquí, entonces?

—Porque, como los hombres están sujetos á er-
ror, su justicia no puede ser perfecta.

—¿Y la sangre de que estoy manchado? ¿Quieres
engañarme cuando estoy convencido de haber muer-
to á ese Jakson!

¡Si lo hubiera herido por ignorancia! ¡Si no hu-
biera necesitado hacer una herida para ver cómo
salía la sangre!...

—No hables así, Mary comprende que no eres
culpable y te ama.

—Escucha, James, solo tú no dudarás de mis pa-
labras y te diré la verdad; los jueces van á conde-
narme, porque no les revelaré la causa que me ha
impulsado á herir á ese hombre, pues si lo hiciera,
pensarian que me burlaba y seria condenado tam-
bien. La noche aquella, en que salí con el paraguas,
llevaba conmigo tu puñal que nunca abandono y de
que nunca he hecho uso; ahora, de vuelta de mi
viaje, que te narraré mas tarde, caminaba meditando

profundamente la teoría de la circulación de la sangre, resuelto á practicar un experimento *in anima vili*, para acabar de convencerme de que uno de sus principales puntos, admitido por los hombres de la ciencia, está fundado sobre una base completamente falsa. Pensando en esto, encaminábame á casa de Mary, cuando al aproximarme ví... á Jakson estrechándola y atrayéndola suavemente como para darla un beso furtivo... miré á todos lados y, al verme, salté hundiéndole el cuchillo. Inútilmente. Todo fué en vano, pues mi objeto era ver si la sangre salía á chorros seguidos ó con intermitencias... y como él llevaba tanta ropa...

—Te juro por nuestra amistad,—agregó, exaltándose,—que si me ha lisongeadó la venganza despues de cometer el hecno, no ha sido esa la idea que me ha inducido á perpetrarlo. ¿Porqué ha de sufrir otro y no el miserable que ultraja lo más sagrado que tengo en el mundo? El escalpelo ó el puñal, el hombre ó la bestia, podian darme la solucion del problema; justo era que optara por aquel infame para hacerlo útil á la ciencia y que no martirizara á un pobre perro leal, é inocente. Y á pesar de eso, te lo repito, no quise matar á Humphry, sino únicamente ver cuál de las dos teorías era mejor: la mia ó la de Harvey en la esposicion

de Draper. ¿Me negarás que he hecho un bien á la sociedad ?

Dí vuelta al róstro para que no me viera sollozar y despues, dominándome como pude, le dije :

— Es verdad, pero debias haberme consultado antes.

— Para hacer el bien no se consulta ni se vacila,—replicó sentenciosamente. Iré al patíbulo con la conciencia serena y satisfecho por haber descubierto el motor que hace circular la sangre.

— Pero, ¿ qué hacer ?— continuó cambiando de tono y de asunto con la volubilidad que caraterizaba su mania,—los hombres son malos y me han encerrado para que no pudiera ver á mi amada y sin embargo de eso no conseguiran que deje de verla ni de amarla, porque su imágen que siempre me acompaña, no se borrará de mi memoria sino cuando el último soplo de vida me abandone. Y aún asimismo ¿ estamos seguros de que no existe ese *mas allá* ideal.

¿ Crees que las leyes inmutables que rigen el Gran Kosmos sean solo el resultado de las fuerzas, que á su vez están sometidas á esas mismas leyes ?

En ese momento el guardian me observó que ya habia trascurrido mas tiempo del fijado y sin

embargo de mis instancias y de la desesperacion de Nathaniel, forzoso nos fué separarnos.

El infeliz me abrazó llorando nuevamente y ahogado por la emocion no pudo articular palabra; mas, alzando el índice y estrechándome una mano, me miró como si hubiera querido indicar el cielo empíreo, símbolo de la constante aspiracion del hombre hácia la dicha, refugio eterno de los que nada esperan de los hombres.

IV

Esa noche salí en libertad.

Pesábame demasiado la cabeza y, por la fiebre que empezaba á invadirme, parecíame que las repetidas descargas nerviosas que erizaban mis cabellos, eran otras tantas válvulas por donde escapaba la misteriosa potencia psíquica á través de las paredes del cráneo.

Temiendo ser atacado por un accidente cualquiera, tomé un carruaje y me dirigí á casa. Recuerdo hasta el momento en que entré en la pieza.

Despues se me declaró una intensa fiebre y fuí presa del delirio.

Recien á los diez dias, cuando empecé á convalecer, pude salir á noticiarme de lo que hubiese

acerca de Storn, viendo á las personas de nuestra relacion para que interpusiesen su influencia en el asunto.

Nathaniel habia sido pasado á la cárcél, siguiéndosele causa con actividad no acostumbrada y siendo el suceso el tema obligado de las conversaciones en la ciudad, pues Jakson pertenecia á una familia rica que contaba entre sus miembros á las mas importantes personas de Baltimore. Algunos periódicos de poca importancia llegaron hasta pedir la ley de Lynch para el asesino.

Transcurrieron quince dias mas, durante los cuales no descansé un instante, activando todas las gestiones que pudieran ser favorables á la causa de mi desgraciado amigo. Tanto anduve y á tantos rogué, interesándolos en la suerte de aquel, que al cabo del tiempo referido, conseguí que en primera instancia se le condenase á cinco años, de los veinte á que iba á ser sentenciado.

Le defendia uno de los mas notables jurisconsultos de la Union y á pesar de todos sus sólidos argumentos para probar que Storn era un alienado, vió estrellarse su elocuencia contra el criterium de la responsabilidad, adoptado por los jueces: el discernimiento entre el bien y el mal; y como Nathaniel, en los interrogatorios á que se

vió sometido, había dado pruebas de la mas completa moralidad y sano juicio, se le juzgó como á un individuo en el pleno goce de *todas* sus facultades, sin embargo del abismo existente entre el hecho y las teorías.

En vano, pues, el defensor relacionando hábilmente este hecho, con las neurósís de que habían padecido los parientes del acusado y la constitucion y temperamento heredados por éste, con su género de vida, gustos é inclinaciones, intentó probar científica y legalmente su inculpabilidad.

Los jueces se mostraron tan inflexibles ante la ciencia como dóciles á las instancias de las personas que podían serles útiles para sus miras particulares. Era, por esta razón, un gran triunfo haber obtenido la atenuacion del castigo para Nathaniel.

¡Qué alegría poder comunicarle noticia tan grata ,relativamente á la pena que se le hubiera impuesto!

Desde que entró á la cárcel no lo había vuelto á ver. Ahora podia ya hacerlo, pues llevaba con suelo á su pobre alma estraviada y afligida.

Antes de ir, resolví pasar por casa de Mary á niñormarme de lo que hubiera ocurrido, porque ¿qué cosa mas grata podia llevar al pobre preso

que favorables noticias de ella? ¡Quién sabe si no le amaba!

Al tiempo de llegar á la puerta encontré á un sirviente que salia.

—Jhon,—le dije,—¿sabes si está la señora?

—El señor viene, sin duda, á informarse de la salud de la enferma?

Ocultando mi sorpresa por tal revelacion, le contesté con naturalidad:

—Justamente. ¿Sigue mejor?

—Al contrario, los médicos no dan esperanzas de salvarla; el susto ha sido terrible ... ¡cuando creen que no vivirá dos dias!

No pregunté mas; dí una moneda al criado y con el corazon oprimido me dirigí corriendo á ver á Storn.

Entré á la cárcel y pedí al alcaide me permitiera hablar con aquel. Despues de hojear un gran libro me contestó,

—Puede Vd. verlo en la enfermeria.

—Cómo.... tambien? balbucí.

—Esta mañana ha sido conducido allí, puede Vd. verlo.

Un empleado se ofreció á guiarme y lo seguí, creyendo no poder soportar por mas tiempo la emocion.

Después de atravesar algunos corredores desnudos y fríos, llegamos á un gran patio donde estaban situadas las salas de enfermos. En la primera puerta se hallaba sentado, tomando el sol, un enfermero.

—; Nathaniel Storn ?—le pregunté.

—Primera sala; lecho segundo,—respondióme el interpelado.

Entramos. Mi corazón se contraía y dilataba de una manera espantosa; doblábanse las piernas y un temblor nervioso me recorría á intervalos el cuerpo.

Llegamos, por fin, al sitio indicado y tendí la vista con ánsia; solo pude ver, en una cama, la calva y lívida cabeza de un viejo que probablemente agonizaba. Poseído de inquietud, interrogué con la mirada á mi acompañante, que moviendo la cabeza me respondió:

—Volvamos á interrogar al enfermero; seguramente se ha equivocado.

Fuimos otra vez hasta la puerta y le interrogamos. El hombre pareció meditar, y de pronto dándose un golpe con la palma de la mano sobre la rodilla, exclamó:

—Ya ha salido!

—; Libre!—exclamé con alegría.

—¿A dónde?—preguntó el empleado.

Al cementerio,—dijo el enfermero.

No puedo pintar, no sé lo que pasó por mí en esos instantes, mas, ciertamente el dolor cuando llega á la desesperacion, desarrolla con energia brutal, enormes cantidades de fuerza.

—Iré al cementerio, pensé, para tener el consuelo ó el martirio de abrazarlo.

Atravesamos los corredores, llegamos á la Alcaldía, salí á la calle.

Pasaba un carruaje. Lo detuve, dí la direccion al cochero, ordenándole que corriera, que volara.

El coche partió á escape y yo, golpeando el cristal, escitaba al áuriga, gritándole:

—Rápido! mas rápido! á la carrera!

Devorado por la impaciencia, me paraba y volvía á sentar, ya en los asientos, ya de bruces en el fondo; tocando y escudriñándolo todo, sin fijarme en nada.

Un estrujado periódico que estaba en un rincón, fué presa de mi rábía; lo cogí, empezando á romperlo á pedacitos. De pronto me fijé en un nombre que conocia demasiado, en el de Nathaniel. El periódico era del dia y anunciaba que el asesino de Jakson habia sido nuevamente condena-

do en segunda instancia, á veinte años de presidio por muerte premeditada y alevosa. Apreté con fúria el papel, lanzándolo contra una de las paredes del carruaje.

En ese momento el cochero detenía los caballos. Habíamos llegado.

Salté al suelo, corriendo hácia el porton que franqueaba la verja. Un hombre entraba al mismo tiempo que yo; nos miramos y nos reconocimos. Era un antiguo compañero de Universidad que ejercia la medicina.

—¿Vienes tambien por él?—me dijo.

Vamos pronto, Francis,—contestéle,—porque pueden enterrarle.

—Soy el médico de la cárcel y haré que le exhumen.

—¿Vienes á eso?

—Sí; á satisfacer el cariño del amigo y el deber del hombre de ciencia; á sacar una prenda suya para recuerdo y á practicar la autopsia en su cadáver.

Por toda contestacion le estreché la mano en silencio.

En la oficina del cementerio preguntamos por el cuerpo; se nos respondió que aun no estaba enterrado, pues recién lo habian conducido, y lla-

mando á un hombre le ordenaron hiciera traer el ataud.

Un instante despues vino un sepulturero y dijo que acababa de arrojarle la última palada.

Sus palabras fueron tambien la última palada que cubrió para siempre la vaga esperanza que abrigaba de que Nathaniel no hubiera muerto. Pobre hermano! ¿Tuvo la culpa de estar loco? ¿Acaso su voluntad, dirigida por un sano juicio, le habia impulsado á cometer el hecho? ¿Era criminal no siendo consciente? ¿Por ventura cuentan todas las inteligencias con igual número de facultades, como todos los metros con igual número de decímetros, para establecer una ley absoluta aplicable á todos los casos. ¿El juicio de la parte, implica el juicio del todo?

¡Oh justicia, que juzgas á los hombres por el tipo fantástico que has forjado!

¡Oh alma simple é inmortal, cómo te perviertes en el loco y te aniquilas en el idiota! ¡cómo te degradas y te estingues.

—James,—dijo Francis, interrumpiendo mis reflexiones,—van á traer el muerto, pasemos á la sala inmediata para operar.

Al corto rato de trasladarnos allí, aparecieron dos sepultureros conduciendo una larga caja de

pino, cubierta de tierra húmeda y la colocaron sobre una gran mesa que habia en medio de la habitacion; detrás de aquellos entró otro con algunas herramientas para destaparla y en seguida un practicante para ayudar á Francis. Este despidió á todos y quedamos solos.

Por un momento permanecimos inmóviles y en silencio, contemplando la caja y aspirando el casi imperceptible olor á tierra húmeda que despedia. Francis, empuñando las herramientas y acercándose.

—James,—me dijo,—es necesario que esto empiece.

Me aproximé y armados de palanquetas empezamos á levantar la tapa; los clavos producian un chirrido áspero al salir de sus alvéolos y crugian las fibras de la madera, desprendiéndose las partículas de tierra adheridas á ella. A medida que la cubierta iba cediendo, ensanchándose las juntas, crecia mi escitacion, esperando ver arrastrarse por allí algun blanco gusano, que anunciase, para mi amigo, el beso de la eterna despedida.

De pronto abrióse la tapa produciendo un fuerte chasquido y el cadáver quedó descubierto, estizado, sin rigidez ni violencia; los ojos velados bajo sus largas y negras pestañas, sin que el globo al-

terara la suave curva de los párpados; la boca ligeramente entreabierta, mostrando apenas la blanca dentadura y la palidez mate del cútis, iluminaba su rostro con un suave resplandor de belleza.

Quedé con la cabeza inclinada sobre el pecho, apoyando mi mano temblorosa en el borde de la caja, sin atreverme á tocar el cuerpo, ni á pronunciar una palabra.

Veia, nada más.

Francis se despojó de la levita, del chaleco y desprendiéndose los puños, los dobló á la altura del codo; sacó un instrumento de una cartera, probó su filo, repasó su hoja con el pañuelo y volviendo á dejarlo en su lugar vino hácia mí y me pidió ayuda para sacar el cadáver del cajon y colocarlo sobre la mesa. A la idea de que un estraño tuviera que auxiliarlo recobré las fuerzas y, levantando penosamente el cuerpo, lo pusimos fuera.

Empezamos á desnudarle con los mismos cuidados que si hubiese estado vivo, temiendo oprimirle demasiado ó dejarle caer al sostenerle.

Faltaba solo la ropa interior, cuando me fué imposible seguir.

—No puedo más!—exclamé.

Francis se detuvo.

—Cómo! ¿Estás enfermo?

—No estoy bien; me voy.

Tienes razon, la emocion es demasiado fuerte y desde que llegaste te he notado indispuesto. Véte, alguien me ayudará en esto y cuando concluya nos veremos.

Corrí á la puerta y al llegar al dintel me detuve.

—Quiero llevar algo que le pertenezca, dije á Francis,—dáme una prenda suya.

—¿Quieres cabello?

—No; un recuerdo que pueda ser joya.

—Cabello, pues.

—No espera ¡ un diente!

—Un diente; dices bien, sacaré otro para mi.

Y cogiendo unas barritas de acero y unas pinzas, separó con aquella las mandíbulas é introdujo éstas en la boca; apretó y torciendo la mano tiró bruscamente hácia fuera.

Oyóse un grito agudo y extraño.

Francis saltó atrás espantado y yo sentí algo como el desfallecimiento del vértigo: Nathaniel se habia puesto en pié, de pronto, con la rapidez de un autómeta que obedece á un resorte y, como el Lázaro de la leyenda, nacia del sepulcro!

Anonadados de terror, le vimos destacarse de pié sobre la mesa y, llevándose las manos al pecho, desahogarse en violentas esplosiones de llanto

Reaccionó la vida en nosotros y llorando también corrimos á abrazarle, gritando con acento que no es posible imitar :

—¡ Hermano !

—¡ Vivo !

Saltamos junto á él y al tender los brazos para estrecharle, se desplomó en ellos, rígido, frío é inmóvil.

Los tres volvimos á caer. Francis rodó hasta el suelo.

No sé lo que pasó; cuando recobré el uso de los sentidos, encontré á mi lado atendiéndome, á Nathaniel y á Francis.

En ningun idioma hay frases que reflejen con verdad las grandes conmociones del ánimo; solo los que alguna vez hayan pasado por situaciones análogas, podrán comprender lo que las palabras no pueden espresar. Por eso callaré la escena que siguió, tan rica en sensaciones de distintos matices.

En verdad; Storn, habia estado loco, y atacado de catalepsia se le creyó muerto, enviándosele al cementerio sin habersele hecho la autopsia. Recien estando allí, fué ordenada ésta.

Las espantosas emociones que experimentó al oirse declarar muerto, al ver que se le colocaba

en un ataúd, al sentir el rumor de las ruedas y el vaiven del carro en que era llevado al cementerio, al sufrir la sacudida de la caja lanzada al fondo de la huesa y el choque apagado de las capas de tierra cayendo pesadamente sobre la superficie del cajon; despues, al ser sacado, el golpe del martillo impeliendo la palanqueta y haciendo saltar la tapa; nuestra presencia, las palabras que hablamos; la horrible perspectiva de ser despedazado por amigos que lloraban su muerte; toda esa desesperacion acumulada; todas esas vibraciones ascendentes en la escala del sufrimiento; toda esa impotencia desoladora de una vida de veinte años, que viéndose rodeada de luz, de bullicio y animacion, vá á hundirse, despues de un suplicio de inconcebible tormento, en el abismo de la eterna noche, y empeñando una última y suprema lucha entre la fuerza que conserva y la fuerza que transforma, vence la primera y Storn vuelve á la vida y recobra la razon.

Nunca, como en ese dia, le pareció tan puro el aire, tan hermoso el colorido de los objetos, tan suaves los olores, tan bella la naturaleza, tan querido todo lo que hubo de abandonar para siempre: era un hombre que salia del infierno y entraba niño al paraíso.

Mas, la dicha no sube tan alto como descende la desgracia. Estaba vivo, es cierto, pero no libre; sobre él pesaba una condena de veinte años y el anatema de la sociedad, formulado en la palabra asesino.

Sin embargo, meditamos y dispusimos un sencillo plan de salvacion.

Corrí á casa, saqué ropas é instrumentos que necesitaba y antes de regresar al cementerio, acudí á la cercana habitacion de Mary á informarme de la salud de ésta, pues temia alguna pregunta de Nathaniel.

Allí, muchas gentes de semblantes graves, entraban y salian, hablando en voz baja; los criados iban de una parte á otra y oíanse llantos y gemidos en las habitaciones interiores,

Supe lo que ya me imaginaba;—Mary acababa de morir.

El sirviente que me informó, me dijo que tenia encargo de entregarme un objeto perteneciente á Nathaniel que éste habia olvidado en la tarde del asesinato y del que su ama no habia querido separarse hasta el último instante; era el paraguas, el enorme paraguas, causa ocasional é inocente de todos nuestros infortunios. En lo patético á menudo se mezcla lo ridículo.

Subí al carruaje que estaba esperándome y regresé al cementerio, donde me aguardaban mis amigos con ansiedad.

Nathaniel fué vestido, encima de sus ropas, con las que le llevaba y despues de afeitado completamente, quedó desconocido.

Al tiempo de cerrar la caja mortuoria, les dije:

—Falta el criminal; esperad, voy á traerlo, para que ocupe su lugar en la fosa.

Y les presenté el paraguas.

Luegó de encerrado en el ataud, lo llevamos al osario, no retirándonos sinó cuando el último puñado de tierra niveló los bordes del pozo con el resto del terreno.

V

Tal es la historia, que ha engendrado la pavorosa fábula que cuentan las buenas gentes de Baltimore, con el temor y la veneracion que causan lo inesplicable.

Para Nathaniel, han desaparecido las ilusiones que embellecen los veinte años; el presente se ha interpuesto entre el pasado y el futuro; no le queda un padre que le aconseje, ni una madre que le consuele, y cuando el cansancio invade su alma, no tiene una voz que le dé aliento, murmurando

á su oído melodiosas frases de amor. Pero, templado su espíritu en la desgracia, tiene fé en la vida; trabaja y estudia para ser útil á los demás y así mismo, empleando sus esfuerzos en la noble tarea de contribuir con su parte, á la grande obra del progreso.

No todos quieren decir como el filósofo, al apurar la copa de cicuta: Soy inocente; que la estúpida ley sea satisfecha.

FELICIDAD

I

..... Y la choza estaba solitaria y abandonada.

Llegué ante su puerta y me detuve. Quise entrar, pero, al hacerlo, retrocedí sorprendido: una mujer estaba sentada en el umbral.

Los rayos de la luna, resbalando suavemente por su rostro y envolviéndola en una celeste auréola, me permitieron examinarla: era de una belleza sobrehumana.

Nada mas podré decir; porque no hay palabras que puedan representar la idea de su hermosura.

Quedé inmóvil, contemplándola.

¡Cuánta dicha!

Me miraba, aturdiéndome, fascinándome; y yo, sin conciencia de lo que hacia, me dejé caer á sus piés.

Cogí la extremidad de su túnica, de su túnica formada por rayos luminosos, y temblando de emoción la llevé á mis lábios.

¿Porqué quise poseerla?...

Ella se estremeció, al sentir un contacto material.

Y empezó á desvanecerse, á desvanecerse, . . . lentamente, en los rayos de la luna.

Y fué elevándose, . . . elevándose, . . . hasta confundirse con ellos y desaparecer.

Un torrente de sangre invadió mi cerebro; cerráronse mis ojos, y fuí á chocar, de espaldas, contra el muro; quedando silencioso y rígido, como un informe bajo relieve esculpido en él; como una monstruosa cariátide incrustada allí.

Despues, cuando recobré el uso de mis facultades, empecé á recordar lo que habia pasado.

Me parecia un sueño.

Pero la cruel realidad me convenció de lo contrario: entre mi razon y mis sentimientos se habia producido un vacío inmenso; inmenso y glacial, como el abismo que separa un mundo de otro mundo.

II

Y lanzándome fuera de aquella casa, empecé á correr; no recuerdo hácia donde.

Seguí huyendo, hasta que, desvanecido por el vértigo, me detuve, vacilé y caí, como una masa inerte que pierde su equilibrio.

Luego que me hubieron vuelto las fuerzas, examiné con asombro el sitio en que me encontraba.

Era un cementerio.

Al reconocerlo vino á templar mi dolor una sombría esperanza.

—Busquemos en esta necrópolis, me dije. Aquí se albergan las ilusiones, y *ella*, no era mas que una ilusion: cuando he ido á poseerla se ha desvanecido. ¡Ah! ¿Porqué me dejó contemplar su divino rostro? No volviéndola á ver, seré muy desgraciado; el mas desgraciado de todos los que se arrastran sobre la tierra! sobre esta esfera de lodo que se llama Tierra!

Una vez la he visto y la he amado. Mas, ha desaparecido llevándose mi corazon y todas las bellas ilusiones, los dulces sentimientos que él encerraba.

¡Pobre insensato! quiero reconocer una tumba

entre todas estas tumbas ; busco la suya en vez de buscar la mía.

Pero, he ahí que acabo de ver una lápida ; una lápida que tiene una palabra ; una palabra que encierra un nombre ; un nombre que es el de *ella*.

No hay duda. Lo he reconocido por los caracteres luminosos que lo forman.

Al leerlo, desfallezco, muero. Sé por intuición [iba á decir, por experiencia], que debajo de esa piedra no hay nada, absolutamente nada. Los vanidosos alquimistas del espíritu han fabricado esa nueva piedra filosófal y colocándola sobre un puñado de polvo, han robado el nombre de mi amada, para grabarlo allí.

¡Ah! Cuánto adoro ese nombre! Y sin embargo, con qué amargura sonrío al leerlo; al pronunciar esa palabra hueca, horriblemente hueca, que se llama :

Felicidad ...

MI AMIGÒ HERMAN

I

Esta vieja pipa era de Herman, y seguramente no existe para mí mayor placer que encenderla en una fria noche de invierno y, sentado al lado de la estufa, entregarme á mis meditaciones.

Nunca he querido esplicarme porqué al mismo tiempo que gozo fumando en ella, sufro al contemplar las espirales de humo que van saliendo Perezosamente de mi boca; ni tampoco he alcanzado á darme cuenta de la clase á que pertenece la estimacion que la profeso.

Esta noche hará un año á que la tengo en mi poder y es muy justo que celebre tal aniversario encendiéndola y relatándoos la historia de mi amigo el primer dueño de la vieja pipa.

Desde que aplico los lábios á la estremidad de su negro tubo, un enjambre de ideas, estrañas á mi modo de pensar y de sentir, van á tomar posesion de mi cerebro, presentándome las cosas bajo una faz diversa de la ordinaria, y estoy harto convencido de

que el tabaco no es el que me ocasiona tal trastorno, sinó que siendo esta pipa la individualizacion de un recuerdo, me trae á la memoria las reminiscencias de otra época.

Hé ahí lo que voy á relatar.

II

El año pasado, justamente en esta misma noche, nos encontrábamos reunidos varios amigos en casa de Omar ó mas bien en la nuestra, pues todo era comun entre nosotros.

Esta se componia de una sola pieza y sin embargo de ser tan reducida, experimentábamos tal gozo al encontrarnos en ella, que no la hubiéramos trocado por el mas soberbio palacio. No tenia mas que una puerta correspondiente á un zaguan largo y angosto, y estaba amueblada con sencillez espartana: en el centro de la habitacion una mesita redonda, la cama enfrente y á su lado un velador; otra mesa de pino sin pintar en un ángulo, un lavatorio de hierro junto á esta y una cómoda del tiempo del Vireynato cerca de la entrada. Alguna que otra silla aquí y á allá, y libros y periódicos desparramados por todas partes.

Allí íbamos noche á noche á comunicarnos nuestros temores del presente y á infundirnos ánimo para el porvenir. En esos instantes nos olvidába-

mos hasta de la lucha diaria por la existencia; de esa espada de Damocles eternamente suspendida sobre nuestras cabezas; solo tratábamos de forjar proyectos tan grandiosos como irrealizables. Llevábamos esa vida bohemia azarosa y pintoresca á la vez, en que la misma incertidumbre de lo que será el dia venidero encierra el irresistible encanto de lo desconocido.

Para nosotros todo era sencillo y bueno, pareciéndonos igualmente fácil y cómodo legislar el país desde el parlamento, como defender los derechos del pueblo desde lo alto de una barricada.

Así transcurría nuestra vida llena de muy hermosas ilusiones y de muy crueles desengaños; pero éramos felices porque abrigábamos la creencia de que las primeras superaban á los segundos.

La noche á que me refiero, reinaba mas animacion, mas vida, en el pequeño recinto, y sin embargo el número de los bohemios no era el mismo que de costumbre, pues solo habian nueve.

Faltaba uno, Herman, para que estuviese completo.

¡Con qué ansiedad lo esperábamos!

Esta vez tenia que comunicarnos algo muy importante, que, segun afirmaba, contribuiria á ele-

varnos ó á hundirnos: era cuestion de vida ó muerte.

El reloj de San Nicolás daba las nueve y nuestro amigo no parecia. Empezábamos á alarmarnos.

Por fin, un cuarto de hora despues, levantóse suavemente el pestillo de la puerta y entreabriéndose ésta, asomó un hermoso y simpático rostro.

—¡Herman!—esclamamos.

—El mismo, contestó sonriéndose y cerrando la puerta por dentro. Al entrar tropezó con un libro, lo alzó y fué á sentarse sobre la cama.

—¿Porqué has tardado tanto?—le preguntamos.

—Estoy tranquilo y satisfecho, contestó; figuraos que he encontrado á un amigo y cenado con él. A propósito, todos vosotros conoceis demasiado el café de don Pablo, donde se come *menestron* bajo todas las formas y se paga invariablemente por reales,—lo que es mas consolador que hacerlo por pesos; pues bien, he resuelto que para el juéves próximo organicemos en él una magnífica cena; cuento con recursos. A los postres comunicaré mis grandes proyectos.

—¡Hurra!—esclamamos,—viva el *menestron*, Herman y don Pablo!

—¡Abajo el *menestron*!—dijeron algunas voces.

Entonces Weber, insigne epicúreo, montándose á horcajadas sobre el respaldo de la silla, tomó la palabra.

—Compañeros,—dijo,—desde ahora me nombro comisionado para corregir y sobre todo aumentar la lista. D. Pablo se hará célebre, no lo dudéis, y su establecimiento vendrá á ser el centro de donde on de todos los buenos y verdaderos bohemios.

—Soy de tu parecer,—dijo Herman. Y agregó dirigiéndose á todos:

—¿Me concedéis que hable de algo serio?

—Concedido,—respondimos.

—¿Y que encienda la pipa?

—Tambien.

Herman atascó su pipa de tabaco y en seguida, rasgando una tira de la cubierta del libro que habia recojido un momento antes, fué á acercarla á la lámpara para encenderla, más, observando que el papel estaba escrito, lo examinó por curiosidad.

—Las conocidas estrofas de Malherbe, exclamó, —voy á corregirlas.

Y cojiendo un lapiz que estaba sobre el velador, escribió algunos renglones:

—¿Qué decis de la parodia?—preguntó en seguida—Es ésta:

Et ombre, j'ai vécu ce que vivent les ombres,
L'espace d'une nuit.

—Vaya, Herman,—le dije en tono de recon-
vencion—¿es eso lo serio que tenias que decirnos?

—Quizá,—contestó sonriendo;—pero hay algo
mas. Dejádme que encienda.

Arrojó dos ó tres bocanadas de humo y to-
mando una actitud meditabunda, empezó así:

—Ante todo debo advertiros que esta noche me
retiraré mas temprano que de ordinario, pues ha-
cen tres dias que no veo á mi pobre madre. Ya
veis, hermanos, me separaré de vosotros para cum-
plir con un sagrado deber.

—Haces bien, Herman,—contestamos.

—Ahora, hecha esta salvedad, os hablaré del
otro asunto. La mayor parte de nosotros somos
pobres y sin embargo, no desesperamos de la suerte;
siempre acojemos con entusiasmo las ambiciones
nobles y los sentimientos generosos, aspirando á
labrarnos un porvenir por medio del trabajo y
del estudio. . .

Aquí, interrumpiéndose, colocó la pipa en la
boca y cruzando los brazos sobre el pecho quedó
inmóvil y silencioso.

Todos permanecemos ca^l ^{uado} esperando sus
palabras.

Trascurrió un minuto y Herman no se movía; su cabeza inclinada hácia un hombro le daba cierto aire pensativo.

Nos mirábamos unos á otros con estrañeza, pero sin atrevernos á romper el silencio.

Por último, Omar lo hizo :

—En qué piensas, hermano?—dijo—¿Porqué no continúas?

Mas, él no contestó; ni siquiera varió de postura.

Entonces yo, que estaba sentado en el otro extremo de la cama, me aproximé y tocándole muy suavemente en el brazo, preguntéle:

—¿Qué tienes, Herman?

Antes que terminara mi interrogacion, su cuerpo, cediendo al impulso que le habia comunicado, cayó pesadamente sobre el lecho.

Al acudir á levantarle cojí una de sus manos, y en el acto retiré la mia instintivamente, exclamando:

—¡ Está helado!

Los demas bohemios habian acudido en su auxilio y le prodigaban toda especie de cuidados. Agrupándose á su rededor trataban, en vano, de sorprender un gesto sobre aquel rostro inmóvil.

Yo habia quedado casi tan frio como él. Estaba

aturdido y miraba estúpidamente la terrible escena que tenia ante mis ojos.

Solo mucho despues, pude comprender lo que habia sucedido.

Al ver su rigidez, una misma idea traducida por idéntica frase, brotó del corazon de cada uno.

—Nos ha abandonado!—balbucearon.

—Imposible!—gritó Omar, desesperadamente; no se muere así á los diez y ocho años!

Weber, como mas práctico, por ser estudiante de medicina, aproximóse al cuerpo de nuestro amigo y empezó á reconocerlo.

Dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos, y volviéndose á nosotros, dijo con voz pausada y conmovida :

—Todo ha concluido.

Entonces yo, segun me han referido despues, separé los apretados dientes del cadáver y quitando de entre ellos la pipa, guardéla, despues de besarla relijiosamente.

Desde entonces mi vieja compañera me dá valor y resignacion en los momentos de prueba; y cuando el goce dilata mi alma, ella recordándome siempre lo precario de la vida, me impulsa á hacer el bien.

III

¿Pero, porqué os empeñasteis en escuchar la historia de Herman, mi compañero y amigo?

¿Acaso hay alguno entre nosotros cuyo espíritu no se haya elevado con sus mismas aspiraciones?

Acaso hay uno solo entre todos vosotros, que no termine su jornada persiguiendo esa quimera que llamamos « esperanza »?



EL DRAGON ROJO

—Narrais fogosamente, comandante Anselm, páreceme que el calor de la India ha evaporado vuestra nieve de Inglaterra, como se evapora el *spleen* ante una botella de rom. Ahora que tenemos tiempo, hacedme el gusto de contarme algo; algo sembrado de esas exageraciones exactas que tan bien empleais; algo que tenga cierto sabor asiático.

—Voy á complaceros, amigo mio, refiriéndoos una corta historia, cuyos capítulos, para evitar confusion, los iremos dividiendo con una copa de brandy.

—Apruebo la idea, es ingeniosa, pero os suplico no acorteis los capítulos ni amplifiquéis el cuento, pues en ese caso....

—Comprendo,—dijo Anselm,—una botella no nos bastaria.

Y llenando una copa, y apurándola, empezó así:

I

El sol está en el zénit; sus [rayos de fuego inundan de luz, calor y vida las aguas de un mar del Asia tropical, del mar de China.

Una ligera embarcacion, un junco, se balancea fuertemente en sus aguas, ajitadas por tempestuoso viento del S. O.

Torbellinos de humo se escapan por sus flancos, envolviendo y cegando á los tripulantes que, al parecer, tratan de extinguir el fuego que los produce. Segun se vé, la confusion reina en la cubierta del navío: los hombres corren en todas direcciones con azorados rostros, intentando cooperar con su ayuda individual á la salvacion de todos, pero en realidad, sin hacer nada; todos hablan y ninguno escucha; resuenan voces de mando, y nadie las obedece.

Entretanto, el fuego avanza cauteloso como una pantera, astuto como una serpiente; avanza, avanza siempre.

El hombre lucha pero retrocede y la hoguera se agiganta.

Agítase convulsivo el mar, bajo su pié, como un mónstruo encadenado que vá á recobrar su libertad. Los dos enemigos, el agua y el fuego,

hacen causa comun contra su señor natural y ¡ay de éste! cuando el esclavo quebranta sus hierros se transforma en tirano, en verdugo.

II

Veamos qué barco era ese, quienes sus tripulantes y cuál el origen del incendio.

Un junco, como todos saben, es una embarcacion de no muy grandes dimensiones y de no mucha resistencia, lo que no obsta para que los piratas del Celeste Imperio lo empleen en sus correrias.

Este, á que me refiero, era un viejo tiburon, conocido desde el Océano Indico hasta el mar Amarillo; su estandarte rojo y negro, tan lúgubre como la fama de sus hazañas, habia ondeado constantemente simbolizando la rapiña, la matanza.

Sin embargo, no era ese el objeto de todos los de abordó, bien es verdad que solo habia uno que no lo tuviera; Mahanava el cipayo, uno de los que en 1857 se rebelaron intentando sacudir el yugo inglés.

¡Sublevacion grandiosa! El amor pátrio era el representante de la barbárie, las bayonetas el de la civilizacion. Hablaron éstas y aquel enmudeció: el derecho vino á estrellarse ante la fuerza.

Tippo-Saib, no pereció en las luchas de 1779, porque su nombre es un ejemplo sublime, porque su memoria es eterna en el corazón del hindu, porque los héroes no mueren, desaparecen.

El fué el cuerpo del primer levantamiento, el alma del segundo, al que concurrió Mahanava, como todos los cipayos, esponiendo su vida, derramando su sangre.—Ni Brahma, ni Vichnú le prestaron su divino auxilio, y el pobre hindu, de pueblo en pueblo, de desgracia en desgracia, llegó á una aldea en la costa de Coromandel, donde estaba un buque (el junco de que trato) tripulado por chacales humanos; alistóse con ellos y desde ese instante fué su compañero, su cómplice; nunca su amigo.

En su país, despues de la derrota, hubiera vivido esclavizado, sucumbiendo sin honor. En el mar creyó ser libre y dichoso, pero á causa de su valor é inteligencia, se atrajo el ódio del capitán; por otra parte, las cadenas del crimen le oprimieron luego, hundiéndole en la mas tenebrosa de las servidumbres, la esclavitud del espíritu.

III

El resto de los piratas, incluso el Capitán, eran chinos, perversos y cobardes. Este que se llama-

ba Yang-Tchu, diferia de Mahanava, tanto en lo físico como en lo moral. El primero, era de baja estatura, rechoncho, de color amarillento, ojos angostos, cejas extraordinariamente oblícuas, nariz roma y labios delgados, revelando su fisonomía traicion, ferocidad, egoísmo, al par que inteligencia, no la que crea sino la que destruye; el segundo era alto, delgado, en él los músculos habían cedido el lugar á los nervios, de tez cetrina, ojos grandes rasgados, profundamente negros, cabellos del mismo color, nariz recta y labios algo gruesos. Espresivo, bello era su rostro, aunque algun tanto afeado por el constante uso del betel que habia ennegrecido su dentadura. Reflejaba en su fisonomía la nobleza y generosidad de su alma, á pesar del crimen, á pesar de las circunstancias.

Estos dos caracteres tan esencialmente distintos no podrian nunca estrecharse en los lazos de la amistad. Al hindu le era antipático el chino, á éste enormemente odioso aquel; asi es que, esos sentimientos ocultos hasta entonces en lo mas recóndito del alma, no debian tardar en manifestarse, fatalmente para uno de ellos ó para ambos, segun la corriente de los sucesos.

El momento oportuno habia llegado.

IV

En cambio de los pequeños goces que proporcionaba el betel al hijo del Indostan ¡qué suplicio debía ocasionarle!

La noche anterior, mejor dicho, la misma mañana en que ocurrió el siniestro, Mahanava bajó á un desvan del navio, cercano al depósito de la pólvora. Allí guardaba su tesoro, su precioso betel de An-nam; la imprudencia le indujo á llevar una luz, la fatalidad hizo destacar de ella una chispa imperceptible, que despues de vagar de una parte á otra, posóse por fin sobre un fardo de materias inflamables.

El hindu no se apercibió de nada, llenó su bolsa de betel y salió con tardo y descuidado paso. Mientras tanto, el fuego con esa actividad espantosa que le es propia, fué creciendo, creciendo por grados: el átomo se convirtió en chispa, en llama, en hoguera, en incendio, en volcan.

Como impulsado por una inteligencia satánica presiente la pólvora, y se dirige hácia ella. Mina y consume cuanto encuentra á su paso, heterogénea mezcla de barricas y fardos, tabiques y vigas, se retuercen, crugen, estallan, envueltos por el ardienté torbellino, que brama ruiendo sorda-

mente como el trueno subterráneo, que anuncia una erupcion.

Los piratas se dealientan, huyen; la confusion y el espanto los dominan. Es ya demasiado tarde para intentar salvarse.

Solo Mahanava no desespera, porque su valor y audacia crecen con el peligro,

Estinguir el incendio es infinitamente mas fácil que reanimar aquellas gentes; árdua era la empresa, mas, no superior á las fuerzas del hindu, quien despues de arengarles brevemente, uniendo la accion á la palabra, dando á la vez el precepto y el ejemplo, se lanzó contra la inmensa hoguera, iniciando la lucha. Todos le siguieron, le ayudaron y lo que antes parecia irrealizable vino á ser posible, gracias al cipayo.

El fuego primero atacó furiosamente, luego se mantuvo á la defensiva, en seguida fuése estinguendo y concluyó por apagarse totalmente.

La casualidad tuvo la culpa, Mahanava la gloria.

V

Algunas horas despues, hácia el fin de la tarde, habian sido ya reparadas las averias que causara el destructor elemento.

Reinaba á bordo esa calma terrible, precursora de las grandes catástrofes.

Efectivamente, en el rostro de los marineros que apiñados sobre cubierta contemplan á Mahanava, se nota algo de solemne: en la fulgurante mirada de Yang-Tchu, que preside aquella asamblea de bandidos, se descubre mucho de siniestro.

Todos callan, guardan ese silencio absoluto que daña al oído, que ensordece como un continuado estrépito.

Yang-Tchu le interrumpe diciendo:

—Soy el capitán, el jefe supremo y como tal estoy en el derecho, tengo el deber, de premiar ó castigar á mis subordinados, segun sean sus acciones buenas ó malas, provechosas ó perjudiciales para la comunidad. El mundo se reduce á nuestro navío que está en él y que, á pesar de eso, es mas estenso porque es mas terrible; vosotros no comprendéis cómo puede haber lo grande en lo pequeño, pero yo sí y esto me basta. Os he reunido porque voy á hacer justicia. Hoy, la vida de todos, mas que eso, la vida de nuestro buque ha peligrado; en esos terribles instantes solo uno ha hecho su deber, ese es Mahanava el cipayo y merece recompensa.

El auditorio continuó guardando el mismo si-

lencio: no se oía ni una palabra, ni un murmullo, ni un rumor.

Prosiguió el capitán con voz firme é imperiosa:

—El sabio Konng-fu-tzi me ha inspirado y la justicia vá á quedar satisfecha ¡Adelante aquel que yo indicare!

Y estendiendo su índice señaló al hindu.

Avanzó éste, altivo y tranquilo.

—Acercaos mas—dijo el chino.

Mahanava se aproximó y aquel continuó diciendo:

—¿Que merece recompensa, he dicho? pues me he engañado, porque no puede esperarla quien atenta, de la manera mas cobarde, contra la vida de sus compañeros, y que, al verse víctima de su propia obra, trata de destruirla con el único propósito de salvarse haciendo aparecer como laudable una acción criminal. Este golpe en falso le ha puesto en descubierto, revelando la doblez de su alma. Si hoy han fracasado sus planes, mañana, obrando con mas prudencia, podrá ejecutarlos. Hé ahí lo que debemos evitar.

Y haciendo rápidamente una seña á dos piratas, antes de que el hindu se diera cuenta de lo que veía, exclamó:

—Atadlo!

Precipitáronse todos sobre él y, sin darle tiempo para defenderse, lo maniataron.

Entonces, el chino con refinada hipocresía, dijo: Si yo pudiera estar seguro de su arrepentimiento, si supiera que solo intenta mi pérdida y no la de mis subordinados, creed que experimentaría el mayor placer en perdonarlo.

—¡Cobarde!—gritó el hindu, con desprecio,—no solicito un perdon que no me dignaría aceptar.

Escuchóle Yang-Tchu y dirigiéndose á la tripulacion, dijo:

—Con este hombre no debemos tener compasion, merece que lo arrojemos al mar.

—¡Al mar!—rujieron todos.

—Ponedle una bala de cañon al cuello, que le impida reaparecer en la superficie de las aguas y balanceadlo pausadamente para que apure su martirio. Que horrible como su vida sea su muerte.

—¡La muerte!—repetieron todos con un eco sombrio.

—Vichnú es omnipotente y justo,—dijo el cipayo—él permite que sufra las angustias de este trance para espiar el error de haberme convertido en compañero vuestro, porque hay errores que son crímenes y éste es uno de ellos. Las olas del Océano serán para mí lo que las sagradas aguas

EL VIEJO HULLOS

—¡Oh, qué cosa tan buena es la cerveza, querido Eduardo, sobre todo en estas frías y lluviosas noches de invierno.

—En efecto, este kilm-bacher es delicioso; pero, al solapado fuego líquido del alcohol, prefiero ese calor franco que irradian los encendidos carbones de la estufa.

—Bah! Sin el calor interno que activa las funciones puramente psíquicas, no hubiéramos descubierto y utilizado ese otro, que, cuando mas, favorece los cambios fisiológicos contribuyendo al desarrollo de los organismos, pero no á la elaboracion de las ideas.

—Y sin embargo, esas palabras abonan muy poco en favor de tus teorías, pues el líquido que has bebido, ciertamente no ha aclarado tus pensamientos; pero, vamos al caso, ¿crées que hayan dos clases de calor?

—No.

—¿Y entonces?

—Afirmo, simplemente, que la cerveza es superior á la hulla; que el fuego de aquella ha engendrado el de ésta.

—Pero eso no es exacto.

—¿Ignoras que todo eso es relativo? Por lo tanto, si aquella no es verdad para tí, ¿por qué no ha de serlo para mi, estando en condiciones distintas á las tuyas?

—En realidad, creo que estás en situacion diferente á la mia, pues no entiendo ni palabra de lo que dices.

—Y sin embargo, para mi, la cerveza es superior al carbon de piedra.

—¿Por qué?

—Porque soy belga y belga de Lieja.

—¡Vaya una razon! ¿Aprecian, pues, los flamencos, mas á aquella que á éste?

—No sé si todos harán lo mismo, aunque me permita creerlo, pues, como yo, deben preferirla por....

—Por?...

—Simplemente por gratitud.

—¡Ah! ya comprendo.

—No, no comprendes.

—¿Cómo? Piensas que estoy....

—No digo eso, pues al fin y al cabo, apenas has vaciado dos botellas. No puedes entenderme porque ignoras la historia.

—¿Ignorar historia yo?....

—Si, la historia del viejo Hullos.

—¿Es un cuento?

—Es una tradicion, con la que voy á convencerte de que el carbon es inferior á la cerveza, sobre todo para nosotros los flamencos.

—Refiéremela, pues.

—¿No conoces algo de ella?

—Ya te digo, nunca la he oido.

—Verdad es, que aunque la hubieses visto antes, no la conocerias; solo un liejano puede narrarla tal cual es.

—Empieza entonces.

—Pues bien: hace ya cerca de.... ¡Dios mio! ¡qué memoria!.... la verdad es que hace mucho tiempo....

—Continúa, la fecha no es lo mas importante en una leyenda.

—En esta sí, porque es completamente histórica. Hacen, pues, como ochocientos.... espera que vuelva á vaciar la copa... ¡ah! ¿no ves? ya se me ha

despejado la memoria; hacen ya como ochocientos treinta y....

—Bueno, vaya por los ochocientos treinta.

—No, de ningun modo; en cuestiones de fechas me gusta ser de una escrupulosa exactitud; hacen, pues, ochocientos treinta y.... ¡caramba con la añadidural... ¡otro vaso de cerveza!... bien, ¿no ves como despeja el kulm-bacher? hacen ochocientos treinta y un años.

—Al fin salimos del paso! Continúa, aunque temo que si sigues refrescando la memoria no alcances á concluir el cuento.

—¿Cuento? Te juro que es leyendal

—Eso es, dije una cosa por otra: no cuestionemos por insignificancias, porque sino será una leyenda sin fin.

—Bien, prosigo: hacen, pues, ochocientos treinta y un años; era en el mes de.... ¡otra vez con la memorial... recurramos á la cerveza... ah! si era el mes de Novienmbre; pero ¿no te he dicho la fecha?

—¿Llenarás el vaso para acordarte?..

—No, tengo buena memoria para los números? era el primero de Noviembre. A ver, voy á decirte el santo del dia.

Justamente, era el día de Todos los Santos. El viejo hullo era un viejo.....

---Ya lo veo.

—Déjame seguir. Era un viejo muy pobre. Ese invierno hacia un frío terrible; la nieve obstruía los caminos, en Lieja había muy poco combustible y era muy difícil traerlo de otra parte, á causa del tiempo.

Hullo era herrero. Tenía una mujer y tres hijos, tres criaturas tan hermosas que no parecían engendradas por un cíclope como él. La fragua estaba apagada y sus cenizas tan frías como el hielo.

La familia se moría de frío y de hambre; y el buen viejo estaba loco de desesperación.

—Ese día acababa de regresar del convento, en la montaña, á donde los monjes le habían llamado para encargarle la construcción de un cofre; él les había pedido algunas monedas con qué comprar leña para la fragua y alimentos para la familia, y los monjes le habían contestado dándole una vaga esperanza para dentro de ocho días. En ese tiempo,—había dicho el viejo,—todos habremos perecido. Y volvió á su casa amargamente desolado.

Era muy temprano y, al llegar, las primeras

campanadas del *angelus* resonaban en la iglesia de San Pablo.

Hullos se santiguó devotamente y se detuvo á reflexionar. En seguida tomó el camino de la iglesia.

Allí, arrodillándose delante de la urna que contenia las cenizas del milagroso San Lamberto, hizo una larga y fervorosa oracion. Cuando salió sentíase más animoso y consolado, porque tenia fé.

—Ves, Eduardo, que bueno es creer.

—Tienes razon, es casi tan bueno como la cerveza; pero no me interrumpas.

El herrero volvía á su casa pensando en los medios de procurarse dinero, iba cabizbajo, con las manos metidas en los bolsillos, hasta el codo, hablando solo y tropezando con todos los transeuntes que encontraba.

De repente, su pié tropezó con un pequeño objeto que, al rodar, produjo un sonido metálico imposible de confundir con el de cualquier otro. Una moneda exclamó el viejo, recojiendo el objeto, y apretando su nervuda mano. Tanta era su emocion, que no atreviéndose á reconocerla de pronto, fué entreabriendo poco á poco los dedos para mirarla por entre los intersticios; entonces

pudo ver que era una insignificante moneda de cobre, con la que no podía satisfacer ninguna de las necesidades de su familia; ni siquiera comprar leña para la fragua.

Y volvió á continuar su camino mucho mas desesperado que antes.

El dolor llegaba al colmo, cuando Hullos se detuvo medio enloquecido, en la puerta de su vecino Paaf, el cervecero.

Dentro de la taberna habia infinidad de conocidos suyos, que bebian alegremente para santificar la fiesta de aquel dia. Las carcajadas, el canto, los gritos y mas que todo el ruido de las fuentes y el choque de los jarros, estaban á punto de trastornar la cabeza del pobre herrero, cuando éste, oprimiendo febrilmente la moneda al pensar en el sufrimiento de sn familia, tomó una resolucion heróica y se retiró hácia su casa, caminando despacio y deteniéndose de tiempo en tiempo, como si fuera á pesara suyo.

Por el camino encontró á su gran amigo el comerciante de paños, que ya otras veces le habia socorrido y que en ésta se empeño en llevarlo consigo á la taberna de Paaf.

El honrado Hullos empezó por resistirse: pero, considerando que no debia ser ingrato, concluyó

por acceder á la invitacion de su camarada, á quien tantos favores debia.

Entraron á la tienda. Allí en contraron un numeroso grupo de amigos que les obligaron á comer con ellos; ambos, no pudiendo escusarse, tuvieron que aceptar. ¡Que opípara comida! El buen herrero, cenó por los ocho dias, que llevaba de ayuno é hizo provision para otros tantos.

Estaba hinchado como un camello que ha bebido, disponiéndose para un largo viaje.

¡Sí vieras qué postres y que esquisitos *habanos* á los postres.

—Pero, Eduardo, cometes un anacronismo: entonces no se conocia el tabaco en Europa.

—Tienes razon, y sin embargo de eso, me parece imposible no se haya fumado en cualquier tiempo, despues de una comida semejante. En fin, alcánzame la botella; voy á refrescar la memoria. Continúo:

En esos momentos, el infeliz viejo no pensaba en el cofre, en la miseria, ni en la familia. Al finalizar el banquete pidió una gracia á sus anfitriones que se la concedieron de buena gana, riendo y sin saber de qué se trataba.

Hullos llamó al çerveçero, y poniendo su moneda de cobre sobre la mesa, le dijo con tono

solemne:—Traed cerveza en un jarro, por todo el valor de esta moneda; quiero beberla á la salud de San Lamberto. Todos sus compañeros estallaron de risa, creyendo que su amigo habia querido decir una chuscada, pero este permaneci6 callado y sério, conservando su aire, de dignidad.

Paaf volvi6 al rato, trayendo asido con ambas manos, abrazado, oprimido contra su pecho, un jarro enorme, un barril un tonel; ¡qué se yo? aquello era algo gigantesco; un recipiente inmenso lleno de cerveza, coronado con montañas de blanca espuma esfervescente, que dilatándose y subiendo, se licuaba y descendía en dorados hilillos, cayendo gota á gota sobre el piso.

A la vista del líquido, Hullo hizo chasquear la lengua, contra las paredes siempre secas de su paladar, y haciendo colocar cuidadosamente el precioso barril sobre la mesa, desprendi6se el jubon para dejar mas libre el abd6men, se puso de pié y dijo:—¡Compañeros, á la salud de San Lambertol —y levantando el recipiente, aplic6 los lábios á la espuma, que desapareci6 como absorbida de pronto por ura bomba aspirante y despues, lentamente, empez6 á beber el líquido.

Cuando hubo concluido, volvi6 á sentarse, que-

dando grave, y mudo, sin tomar parte en la alegría de los demas.

Al cabo de un instante se levantó y despidiéndose de sus camaradas, salió de la taberna.

El banquete habia durado mucho; el juego y la conversacion le habian entretenido de tal manera, que cuando se encontró en la calle quedó sorprendido y desconcertado al ver que ya era muy entrada la noche, y entonces á su cerebro sobreexcitado por el alcohol, acudieron mas terribles que antes, los tenebrosos pensamientos sobre la situacion de su familia; representándosele su miserable estado, creyó sentir el llanto de sus hijos, los lamentos de su mujer y al reconocerse impotente para librarles de la miseria, juzgó que valia mas suicidarse para huir á los sufrimientos que le amenazaban en la vida. Y tambaleando, con la vista empañada, zumbándole los oidos, se dirigió hácia el Mosa, para tirarse al agua.

Nadie se mata despues de haber comido y bebido en abundancia, y Hullos fué salvado por la cerveza que trastornaba su cerebro. Recordando confusamente los sucesos del dia, pensó en San Lamberto, que era lo que mas le habia impresionado á causa del hallazgo de la moneda despues de la oracion. La idea fué aferrándose

mas y mas en él; tomó proporción y colorido extraordinario en su imaginación, hasta representarsele completamente la imagen del santo, envuelto en una auréola luminosa y flotando en la superficie del río.

Hullos, convencido que su patrono había adivinado sus pensamientos, cayó de rodillas hasta tocar el suelo con su gorra de pieles, murmurando palabras de arrepentimiento.

Y entonces, la cerveza, actuando con mayor fuerza sobre su razón, le hizo oír estas palabras, que él las atribuyó al fantasma que tenía delante: — « *Vuelve á la montaña. Cava con fé al pié del monton de nieve que viste esta mañana, en el camino del convento, y hallarás unas piedras negras, mucho mejores que la leña para forjar el hierro.* »

El herrero, admirado y agradecido, volvió á su casa y tomando las mayores precauciones para no ser sentido, cogió un saco y un azadon.

Tomó el camino del convento y al llegar al pié del montículo indicado, empezó á cavar con actividad incansable. Despejada la capa de nieve y ahondado un poco el terreno, aparecieron las codiciadas piedras y el viejo llenó con ellas el saco.

En seguida, cargando con éste, regresó corrien-

do á su casa, con tanta presteza, como si no llevara carga alguna, é insensible al intenso frio de la noche.

Fué á la fragua y disponiendo convenientemente los carbones, probó encenderlos muchas veces, pero el fuego no prendia. Hullos, sin desesperar de sus primeras tentativas, teniendo la fé recomendada por su celeste patrono y con la obstinacion característica de los ébrios, volvió á ensayar de nuevo y siempre con mal éxito.

En su estado normal y despues de sus numerosas esperiencias, hubiera concluido por creer que esas piedras eran tan incombustibles como las demás; pero la embriaguez, haciéndole cobrar nuevos bríos ante el obstáculo, hizo que la constancia triunfara de la dificultad, y al fin de una prolongada lucha, el carbon fué encendido: una llamita amarillenta y humeante lamió, al principio, el borde de los carbones, luego saltaron algunas chispas rojizas y, por último, el fuego, comunicándose de una á otra piedra, tomó las proporciones de una hoguera.

El viejo herrero aullaba, brincando de alegría.

Despertada por ruido tan extraño, acudió la esposa, encontrándose con aquella inesperada escena. Hubo reproches, esplicaciones y llantos de júbilo.

Un año despues, todas las casas de Lieja tenían algun objeto de hierro forjado por Hullos y en todas las chimeneas se quemaba el carbon de piedra que llamaron *hulla* en obsequio á su descubridor.

A los dos años, el herrero era inmensamente rico, y por lo tanto, respetado en la misma proporcion.

Considera bien la ingratitud y estupidez humanas: San Lamberto tuvo una urna de oro en la iglesia de San Pablo, mientras que el pobre jarro de cerveza quedó siempre en la taberna de Paaf, para ser, como antes, impúdicamente besado por todo el que pagara una gran moneda de cobre.

Para colmo de ingratitud, Hullos no volvió á probar jamás esa bebida. Por eso, nosotros los liejanos, bebemos ahora, y beberemos siempre, hasta completar la cantidad suficiente para pagar un servicio tan inmenso. Al fin y al cabo, él es compatriota nuestro!

Quizá, como éste, muchos descubrimientos atribuidos á la necesidad, al estudio ó al génio, solo han sido obra de un momento de embriaguez.

Amigo, brindemos por la cerveza!

H A N S

I

¿Te acuerdas Fritz? ¡Qué horrible noche!

Era el hermoso tiempo de las vacaciones. Acabábamos de llegar de Goetingue á nuestra aldea natal, perdida entre la bruma de las orillas del Rhin.

Estábamós todos. Entre todos estaba Hans.

Pobre Hans! Tenia una hermana de una belleza ideal. Ella le socorría mientras él se desvelaba por adquirir renombre. Ambos eran huérfanos.

Contaban con lo suficiente para vivir; más, no se hubiera podido llamarles ricos. Sin embargo, él recibia de élla thalers en abundancia y gastaba como el hijo de un elector.

Alarmado, al principio, interrogóla sobre la procedencia de tanto dinero; mas, Olga le tranquilizó, diciendo:

—Es de nuestro millonario tío Wiess, que ahora recuerda fué hermano de nuestra madre y consiente en socorrernos. No se atreve á enviártelo directamente por temor de que se lo rechaces.

Y Hans, despues de reconvenirla, concluia por darla un beso en la frente.

II

Una noche estábamos en una taberna, éramos seis.

Bebíamos sendos jarrós de cerveza y fumábamos en enormes pipas, tabaco de Baviera.

Envueltos en nubes de humo que se elevaban en blanquecinas espirales hasta el techo, discutíamos sobre las doctrinas de Meleschott.

Todos éramos materialistas y Hans mas que ninguno, precisamente porque tenia mas espíritu.

Permanecimos allí hasta muy tarde, saliendo en seguida á recorrer el dormido pueblecito.

Al pasar frente á una casa donde se cenaba alegremente, encontramos á un jóven, ébrio.

—¡Adios! ¿Quereis entrar y beber?—nos dijo.

—Gracias Karl—le contestamos;—ven con nosotros, el aire helado de la noche te refrescará. Despues del paseo cenaremos.

—¡Vaya! ¿Y por qué no cenamos aquí?

—Hemos acordado que será en casa,—dijo Hans ;
—mi hermana nos espera.

—¡ Tu hermana !—balbuceó el ébrio—En seguida soltó una carcajada de idiota.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Hans, poniéndose pálido y avanzando hasta cojerle por un brazo.

—¡ Tu hermana....ja! ja! ja!....

E indicó con la mano, las luces que filtraban á través del leve cortinado de unas ventanas.

—¡ Miserable! Mañana te habrás arrepentido de lo que acabas de decir! Te arrancaré la lengua.

—Entra; si miento ahórcame en el acto.

Soltóle Hans, por un movimiento espasmódico. Y con paso de fantasma penetró en la casa.

Le seguimos.

Entró el primero, mas, al franquear la puerta de una de las piezas, cayó exánime, arrojando un grito.

Corrimos á levantarle. Tambien acudió *ella*.

La rechazamos con un ademan enérgico y silenciosamente salimos llevando á nuestro amigo.

El aire frio de la noche le hizo volver en sí. Recordó lo que habia pasado, y con una calma espantosa, nos dijo :

—Tengo sueño ; es tarde ; no hay cena. Hasta despues, amigos mios.

III

Al siguiente dia, muy temprano, fuimos á casa de Hans. Ciertamente, algo horrible debia haber sucedido.

No encontramos á nadie. La casa estaba sola, reinando en ella un silencio de tumba.

Dimos cuenta de todo al burgomaestre, y éste nos dijo :

— Anoche se ha encontrado una demente recorriendo las calles. Esta mañana se trajo de la rivera el caláver de un suicida.

El dolor que experimentamos solo se espresa enmudeciendo. Llegó hasta lo insensible.

Desde esa tenebrosa fecha abandonamos nuestras ideas negativas.

El, viendo á su hermana deshonorada, rompió el hilo de su existencia.

Tenía amigos, amores, ilusiones.

Respetaba la memoria de sus padres.

Crefa en la gloria.

¿Porqué le preocupaba esto, si todo era materia?

Y porqué éramos ateos, si creíamos en eso?

¡Ah! Porque el alma goza en torturarse.

¡Pobre Hans!

EL GNOMO

—Así es como hacen los jitanos para adivinar lo que se piensa,—me dijo Antonio.

—Pero,—contesté,—esa operacion tiene algo de cábala, algo de sortilegio, algo de nigromancia.

—Sí, Pedro, es una caricia de vampiro á su presa; una conversacion de bruja con un poseído del espíritu maligno.

—No creo en tales cosas Antonio; mi razon se resiste á ello y las personas que refieren ingénua-mente esos hechos maravillosos, me inspiran profunda lástima.

—Bah! no es que no creas, sinó que nadie acepta un buen fondo bajo una mala forma y si hubiese tratado de explicarte el caso por medio de la fisiología, ó mejor, por las misteriosas corrientes magnéticas que ponen en comunicacion á los individuos, mediante el contacto y la voluntad, te hubiera parecido lo mas verosímil y sencillo.

—¿Entónces crees sinceramente en eso?

—Ya te lo he dicho: no tengo la menor duda;
— ¿Te atreverías á hacer la prueba en alguien?

—En nadie; se me erizan los cabellos al solo pensarlo, porque temo causar al operado algun trastorno mental.

—Pues yo que niego el hecho me atrevo á ponerlo en práctica, para convencerte de su ineficacia.

—No me estraña, pues siempre ejecutas experiencias tan raras como inútiles.

—Con eso no hago mas que realizar lo que me cuentas.

—Vaya, déjate de epigramas.

—Bueno, esplicame detalladamente cómo haré para saber lo que piensa una persona dormida.

—Bien has visto que lo que sé es muy poco y quizá no baste para conseguir el efecto deseado. Por otra parte, el procedimiento es bastante vulgar.

—No importa, dímelo otra vez, pues quiero que no se me olvide nada. ¿Qué se hace primero?

—Algunos pases mesméricos sobre los ojos.

—¿Y despues?

—Despues, esto es todo : pones la mano derecha sobre el corazon del durmiente, de manera que ejerza una suave presion en la epidermis. Los dos fluidos se comunican por el poder de la vo-

luntad; la corriente queda establecida y entonces se ordena al que duerme, que obedezca, que hable, que revele sus mas ocultos pensamientos.

—¿Nada mas?

—Nada menos, Pedro. El otro abre para tí, la sagrada puerta de su conciencia.

—Perdóname Antonio, si dudo de tus palabras pero me hablas con la seguridad y el entusiasmo del que no pudiendo realizar algun hermoso proyecto, por creerlo imposible, induce á otro á llevarlo á cabo, enumerándole las probabilidades, ocultándole los obstáculos, y haciendo de él la pintura mas sencilla y mas encantadora.

—Luego: ¿crées que miento?

—No, sinó que estás engañado.

—En fin, no haré cuestion de esto. Dime ¿qué horas tienes?

—La una de la noche.

—Me voy.

—Yo tambien. Oscar dormirá profundamente

—¿Vas á experimentar en él la operacion de que hemos hablado?

—Si, me distraeré en despertarlo con eso, ántes de acostarme, para convencerte de tu error, mañana cuando nos veamos.

—Ten cuidado, mira que no despertará fácilmente.

—Bah! tiene el sueño muy ligero. Ya verás como nos reimos de tus cuentos de hadas.



Entré á la pieza furtivamente, con el sigilo, del que se prepara á cometer una mala accion; encendí la mecha de la lámpara, abriendo y cerrando con grandes precauciones, el anillo de bronce que sostiene el tubo, é intercepté la luz colocando un libro entre élla y el lecho de Oscar.

Luego, indeciso, cruzado de brazos, esperé á que un ruido cualquiera viniese á libramme del completo silencio que me rodeaba, intimidándome y haciendo que no me atreviera á interrumpirlo. En esos momentos todo parecia reposar en una inmovilidad absoluta: no resonaban en el piso, ni en el cielo-razo, las corridas que los ratones solian emprender todas las noches; el viento no susurraba en las plantas del patio, ni estremecía las batientes de las puertas; la respiracion de Oscar no era sensible al oído y hasta el gato de la casa dormia á esas horas, contra su costumbre, haciéndome desear ardientemente el imperceptible rumor de sus pisadas. En la calle tampoco podia percibir los pasos de ningun transeunte, el

silvato de ningun gendarme; ni el canto de un gallo, ó el lejano ladrido de algun perro.

Me encontraba en una situacion anormal de espíritu producida por la conversacion con Antonio y el experimento, estraño para mí, que iba á ejecutar; concurriendo tambien á determinarla, la noche, la soledad, el silencio y lo maravilloso de los resultados que, como aquel me aseguraba, iba necesariamente á obtener. La inteligencia recibia la sensacion del silencio completo y, confundiéndola con él, engendraba la nocion de la nada absoluta.

Al fin, hice un gran esfuerzo y quedô vencida la influencia del medio moral en que me habia colocado. Me aproximé al lecho de Oscar y sentándome suavemente en el borde, contemplé su rostro envuelto en la penumbra. El perfil de esa fisonomía, dibujándose con precision sobre la blanca tela de la almohada, destacaba nétamente la silueta de una correccion poco comun: la línea média del cráneo, desde el cerebelo hasta la base de la frente, se desplegaba en un arco suave, gracioso, no alterado por ninguna protuberancia; la nariz arrancaba en una curva ligera, continuando despues en línea recta, perfectamente regular, ocupando la tercera parte del rostro, y á una distancia casi

igual, entre su terminacion y la de la barba, se dibujaba la boca, bajo los contornos mal diseñados del bigote naciente.

Oscar dormia. A primera vista y por causa de la gran regularidad de ese rostro, me pareció que su sueño era tranquilo; pero, observando con mas atencion, noté el lábio inferior lijeramente avanzado hácia fuera, con las comisuras hácia abajo; las mandíbulas apretadas, dibujando los ligamentos sobre las mejillas, y, en la frente, dos surcos paralelos, profundamente señalados, cayendo perpendicularmente á las cejas.

Evidentemente, Oscar sufría algun secreto dolor y el malestar interno se reflejaba vagamente en la fisonomía, alterando su habitual espresion de calma.

—Esta es la ocasion para hacer el experimento, me dije.—Si, voy á saber en qué piensa Oscar; no, no le preguntaré lo que piensa, porque cometería un crimen arrancando á un amigo que duerme lo que no me revelaria despierto. ¿Y entonces perderé esta oportunidad? No podré realizar nunca la esperiencia? Todo es falso, Antonio me ha engañado; se ha divertido burlándose de mi ingenuidad. ¿Y si fuese cierto? Si respondiese á mis interrogaciones? Ah! le preguntaré lo que

sueña; nada mas que eso y quedaré satisfecho. ¿Y si no sueña?

Pero eso es imposible, el cerebro no puede estar inactivo; tiene que producir algo, ideas razonables ó disparatadas, pero algo, en fin, que él pueda traducir en palabras. Ya veo que me alarmo infundadamente, pues habrá tanto que preguntar que el tiempo me será insuficiente, y en todo caso, con tal de que responda sin despertar, quedaré satisfecho. Animo, hagamos la prueba y saldremos de la duda.

Delicadamente, con lentitud, una por una, descorrí las cubiertas que le abrigaban, hasta dejar parte de su cuerpo al descubierto y despues de hacer los indicados pases magnéticos, desprendí la camisa y temblando de emocion pasé mi mano sobre el costado izquierdo de su pecho.

Movió los brazos, variando la posicion de la cabeza hasta quedar de frente y produciendo un sonido gutural, semejante al gruñido de un perro que sueña, estremeciósese convulsivamente, quedando en seguida inmóvil.

Renové los pases, temiendo fuese á despertar; reconcentré toda la voluntad de que era capaz y sin apartar mi mano de su corazon, queriendo firmemente dominar su espíritu:

—¿Sueñas?—le pregunté.

Nada dijo. Volvió á agitarse, pero esta vez mas débilmente.

Y yo insistí:

—Contesta, te lo mando.

Debatióse, pareciéndome que trataba de desobedecer la órden recibida, mas cediendo á pesar suyo al esfuerzo de mi volicion:

—Sí, duermo y sueño,—contestó;—la escritura es el signo de la idea como el sueño es el geroglífico de la vida. ¿Quieres interpretar?

Esta pregunta hizo vacilar mis resoluciones, produciéndome cierta inquietud parecida al remordimiento, por obligarle, cuando le era imposible resistir, á confiarme lo que quizá no queria; pero al ver su aspecto sufriente y al considerar que revelándome la idea que le agitaba, podia yo calmar sus angustias, desaparecieron mis temores y, viendo que era preciso ordenar para saber, con el tono apasible del que aconseja á un niño obediente, le dije:

—Escucha bien; no pierdas la hilacion de tus pensamientos; trata de recordar lo que imaginas y trasmite todo, sin omitir el mas mínimo detalle.

—¿Lo ves?—respondió:—si, lo ves. Puedes creer que esas oscuras y pesadas ruinas son de

una fortaleza ó de un castillo, perdido entre las montañas, las nieblas y las sombras; puedes creer que todo eso vá á juntarse, piedra por piedra, con los inertes guijarros que yacen para siempre, olvidados y perdidos para los hombres, en el fondo de los precipicios.

«El horizonte resplandece; el viento trae en sus ráfagas vibraciones de armonías.»

«Los lagartos huyen fuera de las cavidades húmedas y tenebrosas de las rocas; los buhos graznan, precipitándose fuera de esas almenas seculares, los buitres se siernen con la mirada centelleante y la garra entreabierta, y los murallones de las rocas tiemblan y vacilan.»

«Allí, detrás de los lejanos picachos de los montes, la luz diñunde la vida; la alegría que es la plenitud de la vida y la manifestacion del placer; y yo ¿lo ves? estoy encerrado en esta vieja y decrepita fortaleza que se derrumba. El gnomo ha descornado el velo ante mis ojos y me ha mostrado los abismos, los profundos y tenebrosos abismos; ha evocado á los génius que conocen los secretos de la naturaleza y trasformado todo lo bello que me rodeaba, en estas ruinas miserables.»

Calló, y nuevamente volvió á reinar el sileneio.

A pesar de mi voluntad, sentí que sus pensa-

mientos se confundían con los míos, formando un conjunto armónico é imponiéndose, en cierto modo, á la razón que se esforzaba por rechazarlos. Por otra parte, una curiosidad tan pueril como irresistible me óstigaba á seguir preguntando.

—Oscar, le dije, acaba el cuadro que acabas de pintarme, concluye la narración; pon en orden tus ideas. Te serviré de guía; contesta ¿dónde imaginas las ruinas de que hablas?

—Todo me parece oscuro é indeciso; los contornos de las cosas, vagos como las fábulas en que ocultaban la verdad los hombres de las épocas primitivas. El fondo de lo que veo escapa á mi inteligencia; no distingo mas que la *forma*, así como en los cuerpos no transparentes solo es posible ver la superficie.

—Pero el castillo, las ruinas, dónde crees que están.

—No sé en qué país. Las veo elevarse sobre un gran peñon rodeado de precipicios; en un sitio igual á cualquier paraje desolado de los que conozco y aún, ignoro porqué, á cualquiera de los que nunca he visto. Todos deben ser lo mismo y muchos desgraciados se lamentarán, como yo, de la fuerza que les obliga á permanecer en ellos.

—¿No estás solo en el castillo?

—Ahí tienes á algunos de mis compañeros. Espera....¿no me ves?...me encuentro en medio de un gran salon de paredes altas, macisas y desnudas. Hace mucho frio. Una luz apenas visible, plomiza como la niebla, penetra en el vasto recinto, por las claraboyas donde estuvieron las puertas y por los interstiscios de las piedras desunidas.

«Estos ancianos es lo único que venero. El horrible gnomo ha venido, de tiempo en tiempo, á visitarme y una por una ha destruido mis creencias, cambiando á mi vista el aspecto de las cosas y transformando los horizontes que limitan la planicie, en otros siempre mas sombríos. Apesar de todo su inmenso poder mágico, nada ha podido hacer contra estos sábios.»

«Ellos están sentados en el pavimento, al rededor de la habitación, con la espalda apoyada contra el muro; grandes mantos negros los envuelven y enormes capuchones ocultan sus rostros: Permanecen inmóviles, de bruces, con los brazos estendidos y las manos entrelazadas sobre las rodillas, por debajo del manto, en actitud de reposo, como descansando de grandes agitaciones y fatigas.»

«Yo me he refugiado entre ellos, para estar libre de las asechanzas del gnomo.»

—¿Y por qué no abandonas esas regiones?

—¿Por qué no huyo? ¿Acaso no lo sabes? Mira hácia fuera, contempla esas dos blancas siluetas de mujer; flotan con sus cuerpos intangibles, puras entre el fango de la planicie, luminosas entre la bruma y las tinieblas.

«Ellas me impiden dudar de la ciencia de estos ancianos; su presencia me consuela; alientan y vivifican mi espíritu, y, á través de las brumas, me envian sus resplandores, infundiéndome la esperanza de alcanzar á las comarcas de la luz, y fé para soportar con valor mi encierro en estas regiones malditas.

«Entónces creo que esos ancianos meditan, tranquilamente, sobre grandes y terribles problemas, cuya solución encontrarán en la inmensidad de su sabiduría.»

«La fé y la esperanza, inundándome con un baño de su luz empirea, me adormecen en un sueño, en un éxtasis, suave, placentero é intenso.»

—«Oh! no preguntes más; no me despiertes. Bellezas ideales me rodean, sensaciones voluptuosas recorren mis nervios en vibraciones armónicas. Creo estar mas allá de las montañas, insuperables para nosotros; qué placer! ¡qué felicidad inmensa! los goces del alma y los del cuerpo se confunden en uno solo, formado por todos y distinto de

todos. Mi sér se difunde, se desvanece personificándose con el placer; soy una cosa abstracta y él una sustancia corpórea; yo mismo soy el placer, que tiene conocimiento de su propia existencia.»

«Tú que no me comprendes, déjame gozar de esta dicha extra-terrestre; deja que esas dos imágenes luminosas, que la fé y la esperanza, me alienten y purifiquen.»

—Recuerdo que Platon ha dicho,—pensé,—que un sueño profundo, no agitado por ningun placer ni turbado por ningun dolor, es preferible á la mas bella de las realidades, y mañana la sensacion de ese sueño sin ensueños, será la única que subsista en la conciencia de Oscar.

La fisonomía de éste, que un momento antes expresaba la tranquilidad y la dicha, adquirió de pronto un aspecto horrible, mezcla de dolor y de rábía.

Alarmado por su salud, creyéndome culpable por haber prolongado el experimento más de lo que aconsejaba la prudencia, iba á despertarlo, cuando él pronunció, ó mejor, tartamudeó unas palabras, con un temblor, esfuerzo é inseguridad para articular los sonidos, que me trajo á la memoria los dementes, atacados de locura paralítica. Recordé con inquietud y remordimiento lo que me habia dicho Antonio, sobre trastornos mentales; pero

Oscar mismo disipó mis temores, volviendo á pronunciar la palabra, fuerte y claramente:

—El gnomo!—dijo

Y sin que yo le interrogara, trasmitiendo lo que pasaba en su cerebro, como anteriormente se lo habia ordenado:

—El gnomo se acerca,—agregó,—viene á turbar mi más bello sueño, como ya lo ha hecho otras veces; viene á volverme á la vida, á mostrarme las cosas bajo un aspecto que no desearia conocer; él destruye mis alegrías, disipa los encantos que me rodean, aparece de improviso en medio de mis placeres, para amargarlos; conturba el alma y llena de sombras la inteligencia.

«Pedro ¡por piedad! no dejes que se aproxime á helarme con su contacto frio, á convencerme con su palabra ponzoñosa.»

«Imágenes, bellas imágenes, imploro la proteccion de vuestros divinos resplandores. ¡En vano; El gnomo os ha hecho huir con su presencia, se ha estinguido para siempre el brillo de vuestra silueta y desapareciendo confundidas con la oscuridad y la bruma, me dejais desamparado y débil.»

«El se aproxima; temo su palabra de conviccion irresistible; llega hasta mí y vierte en mi oído frases diabólicas.»

«Me impele hácia los ancianos y venerables sábios que quizá meditan absortos, grandiosos asuntos, impenetrables para el resto de los mortales; me ordena que descubra sus rostros y los despoje de sus mantos, y permanezco inmóvil, sin atreverme á obedecer, temblando de respeto y veneracion ante ellos.»

«El gnomo, descubre entonces una lámpara que tenia oculta. La reconozco : es la lámpara de Psiquis, que indudablemente le ha sido robada por este demonio.»

«Alumbra, y me repite la órden.»

«Parte de este espíritu del mal toma posesion de mi. Me acerco á uno de los sabios, estiendo el brazo para despojarlo de sus ropas; pero me detengo sin atreverme á ejecutar la operacion; el temor y la veneracion paralizan mis movimientos»

«El génio dirige hácia él los rayos de la lámpara y con sus poderosos razonamientos me determina á realizar la obra.»

«Obedezco y derribo bruscamente la capucha de aquel hombre—¡qué asombro! ¡qué terror! ¡qué hecho inesplicable!—no tenia cabeza; la lámpara de Psiquis confirmaba su no existencia: El manto recogido en anchos pliegues sobre los hombros,

caía hasta el suelo, dibujando las formas del cuerpo que cubría.»

—«Sigue, sigue!—me grita el gnomo, y yo, cogiendo un extremo de esta túnica, hago un violento esfuerzo, tiro, y la estiendo en el pavimento ¡nueva admiración!—nada hay debajo del capuchon, nada tampoco debajo del manto.»

—«Descubre á los demas,—me dice el génio,—despójales de esas apariencias venerables y encontrarás, en muchos, debajo de los pliegues de esas ropas, lo hueco y lo repugnante.»

«Vuelvo á obedecer y el encanto desaparece otra vez. La luz de la lámpara penetra en mi alma, que entristecida y desconsolada, contempla la realidad miserable de lo que ántes era objeto de su culto.»

Y Oscar, haciendo una pausa agregó:

—Pedro, eso es lo que he soñado. No me interrogues mas, porque no podré contestarte.

—Disípame esta última duda, te lo ruego,—le dije.—¿Qué es el gnomo? Responde, ya que tu inteligencia tiene mayor lucidez que la mia.

Con tono triste y sério contestóme:

—Pregúntalo á esos jóvenes rebosantes de inteligencia y de vida, que llevan una profunda amargura, un inmenso hastio, un incurable excep-

ticismo, engendrado por el conocimiento de las cosas. A esos que la *esperiencia* del mundo ha hecho egoistas y descreídos; pregúntales si han escuchado la palabra envenenada del Gnomo.

Entonces desperté á Oscar.

—Pobre amigo,—le dije,—no eres el único á quien atormentan estos sueños.

EL BESO

Los primeros resplandores de la aurora, hacían palidecer la luz de las estrellas.

Después de una noche de orgía, Julio regresaba al hogar, deslumbrado aun con las luces del festín, aspirando los perfumes, oyendo las músicas, mirando derramarse los vinos generosos y rodar embriagadas por las alfombras, mujeres resplandecientes de juventud y belleza.

La calle estaba solitaria; el ruido de sus pasos repetido en la acera opuesta, por el eco de la mole alta y sombría de los edificios, retumbaba en su cerebro de una manera fantástica y la luz de los faroles, próxima á extinguirse, brillaba con intermitencias, iluminando unas veces la calle y otras sumiéndola en oscuridad profunda.

Julio era valiente, y apesar de eso sentía que el malestar, mezcla de desconfianza y presentimientos que al principio le dominara, se iba cambiando en miedo; en un miedo sin fundamento real y quizá, por eso mismo, irresistible.

El pavor acabó de trastornar su razon, ófuscada ya por los vapores del alcohol: miró hácia atrás y al ver su sombra negra, estenderse por la vereda para ir á rematar en la pared, en una cabeza grande y deforme, apresuró el paso, ensayando correr; más, por igual motivo, la sombra se acortaba ó alargaba con mayor rapidez, presentando el frente, el perfil ó la espalda; dibujándose delante, detrás ó al costado, segun la posicion de Julio relativamente á la luz.

En su criterio de ébrio, juzgó que la sombra dotada de inteligencia, giraba á su rededor burlándose de él, y para librarse de élla, corrió hácia el medio de la calle, emprendiendo tambaleante, una penosa carrera: era una encarnizada lucha entre el temor que lo impulsaba y la ebriedad que lo detenía; por fin, cuando sobrevino el cansancio, desapareció el miedo quedando solo la embriaguez. Entónces tranquilo y sin acordarse del objeto de la huida, volvió á seguir por la acera y, á pasos lentos, continuó su camino.

¿Pensaba en algo? ¡Quién sabe cuántas locas ideas bullian en ese espíritu! ¡Pobre espíritu que se turba con una copa de vino!

Al aproximarse á su casa, detúvose Julio y re-

gistrando varias veces los bolsillos, pudo con dificultad encontrar, en alguno de ellos, la llave de la puerta.

Avanzó y al tocar el dintel se detuvo sorprendido, al contemplar una mujer vestida de negro y sentada en el umbral: las primeras luces de la aurora, bañándola con un resplandor casi tan pálido como su rostro, no le permitían distinguir netamente sus facciones, suavizando los contornos al envolverlos en la luz difusa. Tenía los brazos desnudos, cruzados sobre el pecho, y su boca parecía entreabierta y su mirada dirigida al cielo.

Repuesto de la primera impresion, Julio pensó que esta mujer seria alguna de sus antiguas conocidas que venia á mendigar á nombre de un amor que nunca habia sentido.

—¿Quién eres?—preguntóle.

Ella desplegó los labios, como para sonreir, abriendo completamente la boca: pero no habló; solo lanzó una mirada estraña á Julio, que á causa de su estado y de la penumbra que los rodeaba, no pudo distinguir la espresion.

—¿Me buscas?—insistió en preguntar. Y la mujer respondió con los mismos gestos.

—Contesta: ¿me conoces?

Pero, la desconocida persistiendo en su mutismo, volvió á repetir las mismas muecas.

Julio, irritado y más aturdido que ántes, iba á usar de algun recurso extremo, cuando la enlutada estendió hácia él sus brazos, inclinando muy suavemente la cabeza hácia la espalda.

Parecióle tan bella, que algo como una oleada de fuego pasó por el cerebro del libertino y arrojándose en los brazos que se le tendian, estampó un sonoro beso en los lábios de la hermosa.....

Al mismo tiempo, un frio glacial penetró desde los lábios hasta su corazon.

—Está muerta,—balbuceó,—y quiso afirmarse en el reborde del friso para levantarse y correr, pero tambaleándose cayó sin sentido, con la sangre helada por el contacto frio de aquel beso.

Lo que él habia tomado por gestos provocativos y miradas de amor, eran solo las últimas convulsiones de la agonía.

.....

Así, en la vida, cuando el corazon late con entusiasmo en la embriaguez de la juventud; al tratar de alcanzar una ilusion, nos rechaza el helado beso del desencanto.

DEL CANTO A EDUARDO (*)

PLIEGO

PARA

A. N. V.

I.

Descíñome la tizona
Para descolgar la péñola,
E asentado en un sitial
Que fué de aquel de Cardeña,
Empiezo este pergamino
Rogando á Dios me dé fuerzas;
Cá, siempre, á fuer de cristiano,
De leal vasallo con tierras,
De fidalgo é bien nascido,
Al dar comienzo á una empresa,

(*) Aquí he tenido que luchar con dos grandes dificultades: no haber escrito nunca en verso y hacerlo en castellano que tiene la pretension de pasar por antiguo. Por tales razones, espero que mi amigo, el poeta Alberto Navarro Viola, o critique, á su vez, esta crítica de su poema naturalista. *Eduardo*.

(Sea guerreando en los campos
ó bien con la pluma sea)
Me encomiendo á Dios, al rey
E sobre todo á mi dueña.

*

Dexaré correr la pluma
Como al discurso convenga
Pues ¡vive dios! que son tantas,
E tan diversas ideas
Las que me ocurren al punto,
Que mas pocas las quisiera;
Cá, por ende, siendo tantas
No sé cómo componellas;
E por ser un buen fidalgo
Falto de achaques de letras,
Quizá, (sin quizá tambien)
Se me haga la senda estrecha.

*

Ya una vez mi ánima en salvo
E tranquila mi conciencia,
Saludo al noble doncel
E me calo la visera,
Que, para entrar en combate,
Armada está la ballesta;
La cuerda voy apretando,
Acomodo bien la flecha,

Le doy un impulso . . ¡ sus ! . .
Ha partido la saeta.

II.

Mal haya de mi, que agora,
Retornando á las mis tierras,
Véome que en castellano
Se facen cosas de aquestas.
¿ Será joglar el que canta
De Eduardo la gran torpeza ?
¿ O será un home fidalgo
Que ha perdido la cabeza ?
¡ Várame dios ! en qué oficios
Se entretienen los poetas !
¿ Son por ventura pecheros
Perdidosos de vergüenza,
Magüer que en la su escarcela
Vayan echando pe etas ?
—No, que non es de tal guisa
Don Navarro, cá en las letras
Ha mostrado ser muy sábio
E muy noble á las derechas ;
El, que rompiera sus cañas,
En las justas de la ciencia ;
El, que ha gran amor al arte ;
El, que lo bueno respeta ;

El, que la virtud defiende
Como el guerrero la almena,
En verdad. ¿E si así es,
Qué alimaña se le asienta
A mordelle, que le azuza
A embestir con la decencia?
Ah! qué filtro le ha escantiado
Alguna mala hechicera,
Que ha fecho ser sarracena
La fabla de su conseja?
¿O es que al escrebir *Eduardo*
Vió que así la verdad era:
El mundo es malo, y en él
El vicio es el que gobierna,
Cá, la virtud, luengos años
Ha que partió de la tierra,
(Eso si alguna vez la hubo
Qué non es cosa credera.)

*

De aquese modo discurren
Los letrados de los tiempos
Que alcanzamos; deste siglo
Que han llamado de progreso,
Magüer que aun haya ignorancia
Guerras, señores é siervos;

Magüer que venzan los fuertes
A despecho de los buenos;
Magüer que yá no haya un dios
Que nos dé vida é aliento.
¿Qué importa? Si la virtud
Se sabe que solo es cuento;
En el que creen los garzones
A quienes les falta seso,
Pues los homes bien templados
Ríen de tal embelecco.
Diráisme:—¿No tienen patria
Esos bravos caballeros?
¿Tienen dama, tienen madre,
Un amigo por lo menos?
—Teneos y non sigais—
Todo pasó,—vos contesto,—
Oh! vosotros, camaradas
De la bella edad de hierro:
Todo lo que fué sagrado
Con vosotros está muerto;
Non removais los sepulcros,
Que son tristes los recuerdos.
—Pero, al menos,—insistís,—
Si ya no creen en el cielo,
Ni con amor aquí abajo
Cuidan de unir sus esfuerzos,

Para hacer llevadera
Esta vida que es un sueño,
¿Con todas sus invenciones
Serán felices, al ménos?
—Las verdades que ellos saben
Tienen sabor á veneno,
Pues facen mas desgraciados
Que de sabios verdaderos ;
E aquella esperanza en Dios
Que daba tan gran consuelo,
E aquella grandeza de ánimo
No la dan, no, los inyentos.
Ah! Pasaron, ya pasaron
De antaño felices tiempos :
Aquí se tienen orgías
Cuando allí habia torneos.

*

Dexad á mí, pobre bardo
Errante á través del tiempo,
Que pulse la dulce cítara
Para cantar un momento ;
Tierno canto, amargas trovas
Del espíritu reflejo,
Acordes tristes é suaves
Del divino sentimiento,

Dexad: trovador humilde
Nada pido, nada espero;
Alzaré sencillas rimas
Sin blasfemias ni lamentos,
Ca, desprecio la blasfemia
E del lamento reniego,
Bien que en pró razones sobren
Ya que muchos lo hicieron,
¿Pero para el bien ó el mal
Acaso faltan exemplos?
¿E quién es azás dichoso
De un hado tan falagueño
Que el mundo con torpe mano,
Por apagar los deseos,
De su alma en la copa de oro
Non derramara veneno?

*
* *

De seguro non soy yo,
Ni es Eduardo, segun veo,
Ca él, al narrar sus cuitas
Devuelve lo que le dieron,
Gota á gota destilando
El amargor de sus versos.
Pero ¡ay! nada mas esprime:
Veneno, solo veneno;

Ni una palabra de amor,
 Ni una palabra de aliento ; ,
 Todo en él es desencanto,
 Desencanto y desenfreno,
 Ironía en las palabras,
 Sarcasmo en los pensamientos ;
 Hay briales que desprendidos
 Muestran encantos soberbios,
 Hay danzas, miseria, vicio,
 F. besos de lábios trémulos.

••

Primavera de la vida
 Que te han trocado en invierno,
 Pones pavura en el ánimo,
 El corazón dexas yermo,
 Enjendrando acerba duda,
 De si es mundo ó si es infierno,
 Aqueso que habeis pintado
 Con tintas de desconsuelo.

III

Bien; aqueso es el *Eduardo*,
 ¿E lo habedes fecho vos
 Don Navarro, home sapiente,
 Que de bueno habeis blason?
 ¿Al escribillo pensaistes

Que no infundiria horror?
¿E las gentes que lo vieren,
Creis que vos darán razon?
¿Soñais que el fidalgo honrad,
Non haya, dél escozor?

*
*

Mas; non pensemos en díceres,
Que nunca en ellos penso
El que sabe lo que face
E á quien no causa pavor
El ruin é cobarde juicio
De la vil murmuracion.
Si habeis dicho lo que pasa
E pintado en fiel color
Las gentes é las costumbres,
Retos de la opinion
De aquellos que son hipócritas
O á quienes falta valor
Para llamar á las cosas
Lo que en realidá ellas son:
Para decir: *yo lo afirmo,*
E soy un home de honor.

*
*

Si tal ficisteis, alabo
El vueso noble teson

Para pintar la verdad
E desafiar la opinion:
Pero, si non lo habeis fecho,
Si non fué por el amor
A lo cierto é á lo bello
Que alzades vuesa cancion;
Si diciendo la verdad
Callasteis en vuestro pró
La parte que era contraria
A la dicha relacion;
E sin non hubo lo adverso
Pero elejisteis lo peor,
Lo nauseabundo é vicioso;
E por desgracia mayor
Si habeis cojido palabras
Groseras ó de mal son,
Vos lo digo abiertamente.
Mereceis reprobacion.

*
* *

Fatigado del romance
E de la su mala rima,
Cambiaré (como vos dixé
De aqueste pliego allá arriba)
Por trovas, que son mas dulces
Que aquestas ásperas líneas,

Por hermosas y noveles
Trovas que ogaño se estilan.

IV

Si costumbres describimos,
Y malas solo pintamos,
Como allí,
¿Será que en donde vivimos,
Y el siglo en que nos hallamos
Es así?
No, todo en él no es falsía
Miseria ni descreimiento •
Bien sabeis,
Y si elegís una orgia
Para tejer vuestro cuento
Mal haceis.

V

En Eduardo, ya tentado
Estaba por concederos
La razon;
Pero no habeis retratado
Caractéres verdaderos
Ni pasion.
Sin embargo, en las escenas
De locura, habeis tenido
Gran verdad,

Tan completa, que dá pena
Ver tanto vicio reunido
E impiedad

VI

¡Qué dolorosa cadena
Es, en el mundo, la vida
Tan odiada!
Mezcla de placer y pena,
Una carga maldecida
Y adorada.
Los hombres van á porfía
A disolverse en la muerte
Formidable,
Y el interés es la guía
Que agita esa turba inerte,
Despreciable.

VII

Mercaderes! su victoria
En la venta que adelanta
Allí está.
Nadie piensa ya en la gloria
Y seco el mirto en la planta
Morirá.
La paz, dicen, en la tierra
Es el bien hácia el que tiende

La razon,
Y entre tanto ¿cuánta guerra
Por egoismo se enciende
Y ambicion?

*
* *

No existe ya el heroismo
Que es cualidad no envidiable
Por fatal:
Lo bueno es el egoismo
Porque es útil, razonable,
Natural.

VIII

¿Y el santo amor, el cariño
Que aun el alma hace dichosa
En el sufrir?
—Es un juguete de niño
Que en la guerra se destroza
Del vivir.
Sueño de la menté inquieta
Que repele la conciencia
Por banal;
Devaneos de poeta,
Que ignorante de la ciencia,
Juzga mal.

*
* *

—Amor, condicion terrible
Impuesta á la humana grey
En su mal;
—Atraccion irresistible,
Fuerte incontrastable ley
Universal,
Que á la creacion animada,
Desde el hombre á la monera
Te impondrás.
—Solo eres fuerza gastada
De los nervios por cualquiera;
Nada mas.

IX

Decidme: ¿Dios es tambien
Un mito, como todo eso
Qué creía?
—Bah! si él existiera, el bien,
En el mundo, siempre opreso
No estaría
Por el mal, que en cruda guerra
Vence el bueno sin piedad,
Con furor.
Un dios creando la tierra

No haria la humanidad
Para el dolor.

*
* *

La muerte es triste final
De la penosa jornada
Del vivir;
Gozar bien es racional
Antes de hundirse en la nada,
Que es morir.
Tal es con exactitud
El retrato que haceis vos,
Sin maldad.

.....

Vanas sombras de virtud,
De amor, de patria, de Dios,
Ah! pasad!

X

Pasad! si tal es el mundo
Yo lo maldigo y reniego
De mí mismo;
Pasad, torbellino inmundo
De séres, rodando ciego
Al abismo.

Pero, no á todos deslumbra,
No á todos arremolina
El turbion;
A muchos la luz alumbra
De la antorcha que encamina:
La razon.

XI

Folgá que non siga lo mesmo cantando,
Que dexé las trobas aquezas de ogaño
E torne á los tiempos felices dantaño
Que luengas vegadas pasélas guerreando,
Folgá que prosiga con mucha más calma
Pensando en Eduardo, las penas allende,
E de aqueste pliego, él sea por erde,
La luz é la tea, *la vida y el alma.*

XII

Muy mucho es lo escrito, lo dicho muy poco,
E ya el pergamino pesado vá siendo;
Si en cortas razones facerlo pudiendo,
Lo fice á la larga, la meta ya toco.
Diré á vos Navarro, con amplia franqueza,
En breves conceptos de sano sentido:
En vez de armonía nos disteis ruido;
Dixisteis lo cierto, más, fué con crudeza.

XIII

Teniendo criterio, talento que brilla,
Prolijo buscásteis material precioso
E habedes dexado el oro fermoso
Tomando en su cambio la mas vil arcilla;
Loasteis aquello que nunca se debe,
E gala haciendo de la indiferencia,
Tuvisteis en poco la noble decencia
Cantando sereno la peor de la plebe.

XIV

Pero sois fidalgo de azás *bona fide*:
Si aquese fué el canto, así lo sentísteis,
E noble firmasteis el hierro en que fuisteis
Cargando valiente las faltas que vide.
E doy ya remate al pliego presente,
Acordes las partes que son en desórden,
Unid las razones, é, puestas en órden,
Veríais que digo la cosa siguiente:

XV

Yo non vos critico el vuestro poema,
Cá él representa la vida real,
E della es pintura esacta y leäl;
Pero, vos repruebo la eleccion de tema;

Que el home que nasce cual vos, con anhelos,
Se aparta del fango, mansion del gusano,
E uniendo lo grande que existe en lo humano
Se labra la gloria y escala los cielos.



INDICE

	Página
Prefacio.....	5
La botella de champagne.....	9
Ibrahim.....	19
De un mundo á otro	41
Lenae	65
El precio del rescate	72
La cinta de oro	79
Historia de un paraguas.....	92
Felicidad	138
Mi amigo Herman.....	142
El dragon rojo.....	151
El viejo Hullos.....	164
Hans	177
El Gnomo.....	182
El beso	199
Del canto á Eduardo	203



